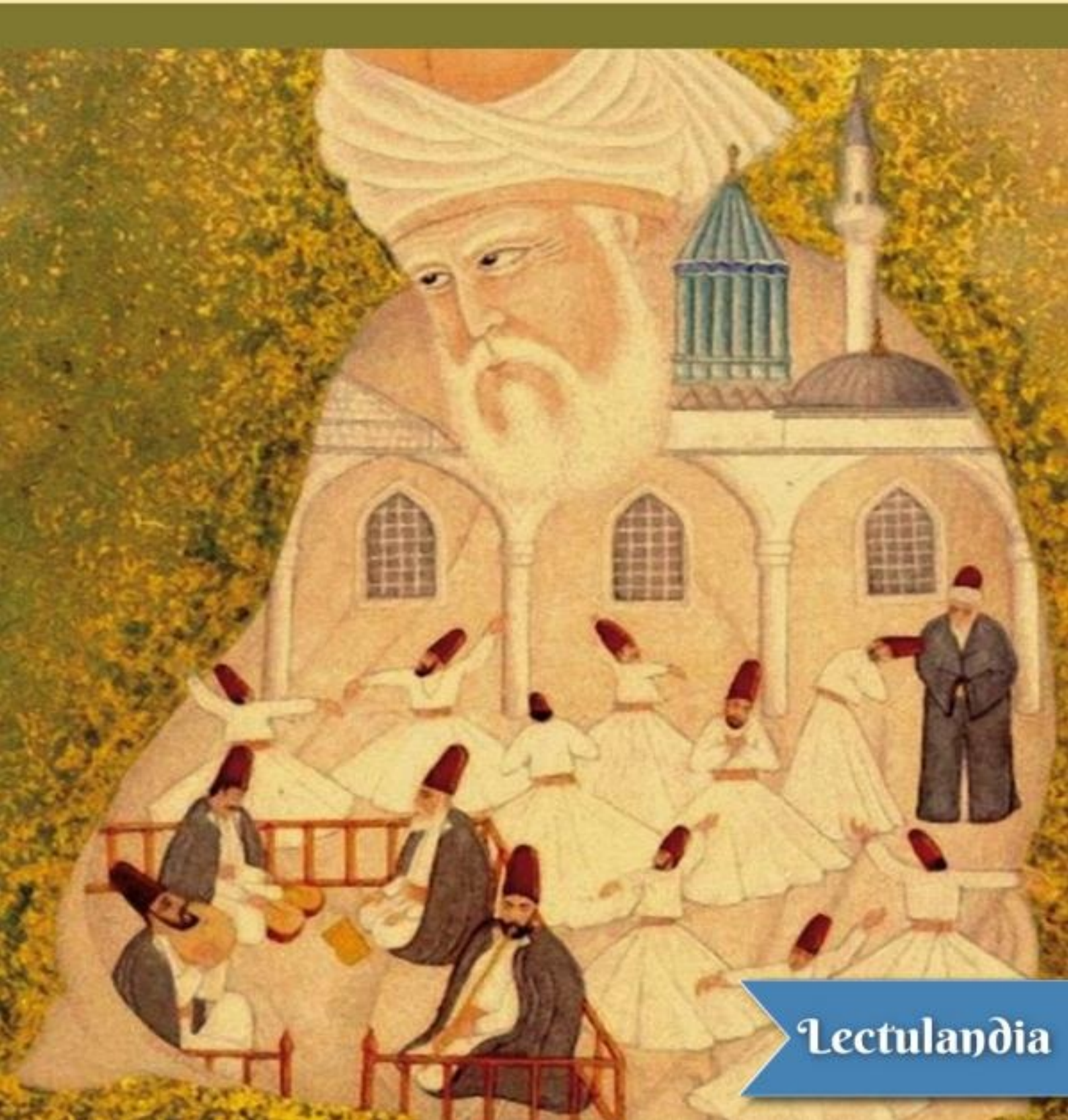
Rumi

150 cuentos sufíes

Extraídos del Matnawi.

Seleccionados por Ahmed Kudsi-Erguner y Pierre Maniez



Lectulandia

Los cuentos incluidos en este volumen han sido extraídos del Matnawi, obra esencial de Rumi, fundador de la orden de los derveches girómagos, poeta, místico y sabio del siglo XIII. Considerado como un comentario del Corán, el Matnawi no sólo se estudió en el marco de las cofradías, sino también en las mezquitas. Aparecieron comentarios y traducciones del persa y la obra se convirtió en una de las fuentes reconocidas de la enseñanza tradicional. Versículos del Corán, Hadizs, leyendas bíblicas, cuentos hindúes o budistas, anécdotas de la vida diaria: todo ello provoca la inspiración de Rumi e ilustra la enseñanza sufí, que se muestra así como tradición viva, sencilla y accesible para todos, es decir, como sabiduría universal.

Lectulandia

Maulana Jalāl al-Dīn Rūmī

150 Cuentos sufíes

ePub r1.0
Titivillus 04.09.15

Maulana Jalāl al-Dīn Rūmī, 1993
Traducción: Antonio López Ruiz
Selección: Ahmed Kudsi-Erguner & Pierre Maniez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA HERMOSA SIRVIENTA

Érase una vez un sultán, dueño de la fe y del mundo. Habiendo salido de caza, se alejó de su palacio y, en su camino, se cruzó con una joven esclava. En un instante él mismo se convirtió en esclavo. Compró a aquella sirvienta y la condujo a su palacio para decorar su dormitorio con aquella belleza. Pero, enseguida, la sirvienta cayó enferma.

¡Siempre pasa lo mismo! Se encuentra la cántara, pero no hay agua. Y cuando se encuentra agua, ¡la cántara está rota! Cuando se encuentra un asno, es imposible encontrar una silla. Cuando por fin se encuentra la silla, el asno ha sido devorado por el lobo.

El sultán reunió a todos sus médicos y les dijo:

«Estoy triste, sólo ella podrá poner remedio a mi pena. Aquel de vosotros que logre curar al alma de mi alma, podrá participar de mis tesoros».

Los médicos le respondieron:

«Te prometemos hacer lo necesario. Cada uno de nosotros es como el mesías de este mundo. Conocemos el bálsamo que conviene a las heridas del corazón».

Al decir esto, los médicos habían menospreciado la voluntad divina. Pues olvidar decir «¡Insh Allah!» hace al hombre impotente. Los médicos ensayaron numerosas terapias, pero ninguna fue eficaz. La hermosa sirvienta se desmejoraba cada día un poco más y las lágrimas del sultán se transformaban en arroyo.

Todos los remedios ensayados daban el resultado inverso del efecto previsto. El sultán, al comprobar la impotencia de sus médicos, se trasladó a la mezquita. Se prosternó ante el Mihrab e inundó el suelo con sus lágrimas. Dio gracias a Dios y le dijo:

«Tú has atendido siempre a mis necesidades y yo he cometido el error de dirigirme a alguien distinto a ti. ¡Perdóname!».

Esta sincera plegaria hizo desbordarse el océano de los favores divinos, y el sultán, con los ojos llenos de lágrimas, cayó en un profundo sueño. En su sueño, vio a un anciano que le decía: «¡Oh, sultán! ¡Tus ruegos han sido escuchados! Mañana recibirás la visita de un extranjero. Es un hombre justo y digno de confianza. Es también un buen médico. Hay sabiduría en sus remedios y su sabiduría procede del poder de Dios».

Al despertar, el sultán se sintió colmado de alegría y se instaló en su ventana para esperar el momento en el que se realizaría su sueño. Pronto vio llegar a un hombre deslumbrante como el sol en la sombra.

Era, desde luego, el rostro con el que había soñado. Acogió al extranjero como a un visir y dos océanos de amor se reunieron. El anfitrión y su huésped se hicieron amigos y el sultán dijo:

«Mi verdadera amada eras tú y no esta sirvienta. En este bajo mundo, hay que acometer una empresa para que se realice otra. ¡Soy tu servidor!».

Se abrazaron y el sultán añadió:

«¡La belleza de tu rostro es una respuesta a cualquier pregunta!».

Mientras le contaba su historia, acompañó al sabio anciano junto a la sirvienta enferma. El anciano observó su tez, le tomó el pulso y descubrió todos los síntomas de la enfermedad. Después, dijo:

«Los médicos que te han cuidado no han hecho sino agravar tu estado, pues no han estudiado tu corazón».

No tardó en descubrir la causa de la enfermedad, pero no dijo una palabra de ella. Los males del corazón son tan evidentes como los de la vesícula. Cuando la leña arde, se percibe. Y nuestro médico comprendió rápidamente que no era el cuerpo de la sirvienta el afectado, sino su corazón.

Pero, cualquiera que sea el medio por el cual se intenta describir el estado de un enamorado, se encuentra uno tan desprovisto de palabras como si fuera mudo. ¡Sí! Nuestra lengua es muy hábil en hacer comentarios, pero el amor sin comentarios es aún más hermoso. En su ambición por describir el amor la razón se encuentra como un asno tendido cuán largo es sobre el lodo. Pues el testigo del sol es el mismo sol.

El sabio anciano pidió al sultán que hiciera salir a todos los ocupantes del palacio, extraños o amigos.

«Quiero, dijo, que nadie pueda escuchar a las puertas, pues tengo unas preguntas que hacer a la enferma».

La sirvienta y el anciano se quedaron, pues, solos en el palacio del sultán. El anciano empezó entonces a interrogarla con mucha dulzura:

«¿De dónde vienes? Tú no debes ignorar que cada región tiene métodos curativos propios. ¿Te quedan parientes en tu país? ¿Vecinos? ¿Gente a la que amas?».

Y, mientras le hacía preguntas sobre su pasado, seguía tomándole el pulso.

Si alguien se ha clavado una espina en el pie lo apoya en su rodilla e intenta sacársela por todos los medios. Si una espina en el pie causa tanto sufrimiento, ¡qué decir de una espina en el corazón! Si llega a clavarse una espina bajo la cola de un asno, éste se pone a rebuznar creyendo que sus voces van a quitarle la espina, cuando lo que hace falta es un hombre inteligente que lo alivie.

Así nuestro competente médico prestaba gran atención al pulso de la enferma en cada una de las preguntas que le hacía. Le preguntó cuáles eran las ciudades en las que había estado al dejar su país, cuáles eran las personas con quienes vivía y comía. El pulso permaneció invariable hasta el momento en que mencionó la ciudad de Samarkanda. Comprobó una repentina aceleración. Las mejillas de la enferma, que hasta entonces eran muy pálidas, empezaron a ruborizarse. La sirvienta le reveló entonces que la causa de sus tormentos era un joyero de Samarkanda que vivía en su barrio cuando ella había estado en aquella ciudad.

El médico le dijo entonces:

«No te inquietes más, he comprendido la razón de tu enfermedad y tengo lo que necesitas para curarte. ¡Que tu corazón enfermo recobre la alegría! Pero no reveles a

nadie tu secreto, ni siquiera al sultán».

Después fue a reunirse con el sultán, le expuso la situación y le dijo:

«Es preciso que hagamos venir a esa persona, que la invites personalmente. No hay duda de que estará encantado con tal invitación, sobre todo si le envías como regalo unos vestidos adornados con oro y plata».

El sultán se apresuró a enviar a algunos de sus servidores como mensajeros ante el joyero de Samarkanda. Cuando llegaron a su destino, fueron a ver al joyero y le dijeron:

«¡Oh, hombre de talento! ¡Tu nombre es célebre en todas partes! Y nuestro sultán desea confiarte el puesto de joyero de su palacio. Te envía unos vestidos, oro y plata. Si vienes, serás su protegido».

A la vista de los presentes que se le hacían, el joyero, sin sombra de duda, tomó el camino del palacio con el corazón henchido de gozo. Dejó su país, abandonando a sus hijos, y a su familia, soñando con riquezas. Pero el ángel de la muerte le decía al oído: «¡Vaya! ¿Crees acaso poder llevarte al más allá aquello con lo que sueñas?».

A su llegada, el joyero fue presentado al sultán. Éste lo honró mucho y le confió la custodia de todos sus tesoros. El anciano médico pidió entonces al sultán que uniera al joyero con la hermosa sirvienta para que el fuego de su nostalgia se apagase por el agua de la unión.

Durante seis meses, el joyero y la hermosa sirvienta vivieron en el placer y en el gozo. La enferma sanaba y se volvía cada vez más hermosa.

Un día, el médico preparó una cocción para que el joyero enfermase. Y, bajo el efecto de su enfermedad, este último perdió toda su belleza. Sus mejillas palidecieron y el corazón de la hermosa sirvienta se enfrió en su relación con él. Su amor por él disminuyó así hasta desaparecer completamente.

Cuando el amor depende de los colores o de los perfumes, no es amor es una vergüenza. Sus más hermosas plumas, para el pavo real, son enemigas. El zorro que va desprevenido pierde la vida a causa de su cola. El elefante pierde la suya por un poco de marfil.

El joyero decía: «Un cazador ha hecho correr mi sangre, como si yo fuese una gacela y él quisiera apoderarse de mi almizcle. Que el que ha hecho eso no crea que no me vengaré».

Rindió el alma y la sirvienta quedó libre de los tormentos del amor. Pero el amor a lo efímero no es amor.

EL PREDICADOR

Había un predicador que, cada vez que se ponía a rezar no dejaba de elogiar a los bandidos y desearles toda la felicidad posible. Elevaba las manos al cielo diciendo: «¡Oh, Señor: ofrece tu misericordia a los calumniadores, a los rebeldes, a los corazones endurecidos, a los que se burlan de la gente de bien y a los idólatras!».

Así terminaba su arenga, sin desear el menor bien a los hombres justos y puros. Un día, sus oyentes le dijeron:

«¡No es costumbre rezar así! Todos estos buenos deseos dirigidos a los malvados no serán escuchados».

Pero él replicó:

«Yo debo mucho a esa gente de la que habláis y por esa razón ruego por ellos. Me han torturado tanto y me han causado tanto daño que me han guiado hacia el bien. Cada vez que me he sentido atraído por las cosas de este mundo, me han maltratado. Y todos esos malos tratos son la causa por la que me he vuelto hacia la fe».

ABANDONAR LA COLERA

Un día, alguien preguntó a Jesús:

«¡Oh, profeta! ¿Cuál es la cosa más terrible en este mundo?».

Jesús respondió:

«¡La cólera de Dios, pues incluso el infierno teme esta cólera!».

El que había hecho la pregunta dijo entonces: «¿Existe algún medio para evitar la cólera de Dios?».

Jesús respondió: «¡Sí! ¡Hay que abandonar la propia cólera! Pues los hombres malvados son como pozos de cólera. Así es como se convierten en dragones salvajes».

Es imposible que este mundo ignore los atributos contrarios. Lo importante es protegerse de las desviaciones. En este mundo, la orina existe. Y la orina no podrá convertirse en agua pura sin cambiar de atributos.

LA INCITADORA

Un día, un sufí volvió a su casa de improviso. Ahora bien, su mujer recibía a un extranjero, procurando incitarlo.

El sufí llamó a la puerta. No era su costumbre abandonar la tienda y regresar tan pronto a la casa, pero, dominado por un presentimiento, había decidido regresar ese día por sorpresa. La mujer por su parte, estaba muy segura de que su marido no volvería tan pronto. Dios pone un velo sobre tus pecados para que un día te avergüences de ellos. Pero ¿quién puede decir hasta cuándo dura este privilegio? En la morada del sufí no había escondrijo alguno ni otra salida que la puerta principal. Ni siquiera había una manta bajo la cual habría podido ocultarse el extranjero. Como último recurso, la mujer vistió al extranjero con un velo para disfrazarlo de mujer. Después abrió la puerta.

El extranjero con su disfraz parecía un camello en una escalera. El sufí preguntó a su mujer:

«¿Quién es esta persona con la cara velada?».

La mujer respondió:

«Es una mujer conocida en la ciudad por su piedad y su riqueza».

«¿Hay algún favor que podamos hacerle?» —preguntó el sufí.

La mujer dijo:

«Quiere emparentar con nosotros. Tiene un carácter noble y puro. Venía a ver a nuestra hija, que, desgraciadamente, está en la escuela. Pero esta señora me lo ha dicho: “¡Sea o no hermosa, quiero tenerla como nuera!” pues tiene un hijo incomparable por su belleza, su inteligencia y su carácter».

El sufí dijo entonces:

«Somos gente pobre y esta mujer es rica. Semejante matrimonio sería como una puerta hecha mitad de madera y mitad de marfil. Ahora bien, un vestido hecho a medias de seda y de paño avergüenza a quien lo lleva».

«Es justamente lo que acabo de explicarle —dijo la mujer— pero me ha respondido que no le interesan los bienes ni la nobleza. No ambiciona acumular bienes en este bajo mundo. ¡Todo lo que desea es tratar con gente honrada!».

El sufí invocó otros argumentos, pero su mujer afirmó haberlos expuesto ya a su visitante. A creerla, aquella señora no tomaba en cuenta su pobreza, aunque ésta fuese extremada. Finalmente, dijo a su marido:

«Lo que busca en nosotros es la honradez».

El sufí añadió:

«¿No ve nuestra casa, tan pequeña que no podría esconderse en ella ni una aguja? En cuanto a nuestra dignidad y nuestra honradez, es imposible ocultarlas pues todo el mundo está al corriente. ¡Tiene, pues, que suponer que nuestra hija no tiene dote!».

Te cuento esta historia para que dejes de argumentar. Pues nosotros conocemos tus vergonzosas actividades. Tu creencia y tu fe se parecen, hasta confundir a

cualquiera, a los discursos de esta mujer. Eres un mentiroso y un traidor como la mujer de este sufí. Te avergüenzas incluso ante gente que no tiene rostro limpio. ¿Por qué no habrías de avergonzarte, por una vez, ante Dios?

LA CALDERA DE ESTE MUNDO

Los deseos de este mundo son como una caldera y los temores de aquí abajo son como un baño. Los hombres piadosos viven por encima de la caldera en la indigencia y en la alegría. Los ricos son los que aportan excrementos para alimentar el fuego de la caldera, de modo que el baño esté bien caliente. Dios les ha dado la avidez.

Pero abandona tú la caldera y entra en el baño. Se reconoce a los del baño por su cara, que es pura. Pero el polvo, el humo y la suciedad son los signos de los que prefieren la caldera.

Si allí no ves suficientemente bien como para reconocerlos por su rostro, reconócelos por el olor. Los que trabajan en la caldera se dicen: «Hoy, he traído veinte sacos de boñiga de vaca para alimentar la caldera».

Estos excrementos alimentan un fuego destinado al hombre puro y el oro es como esos excrementos.

El que pasa su vida en la caldera no conoce el olor del almizcle. Y si, por azar, lo percibe, se pone enfermo.

LOS EXCREMENTOS

Un día, un hombre cayó desvanecido en medio del mercado de perfumes. Ya no tenía fuerza en las piernas. Le daba vueltas la cabeza, por lo molesto que se sentía a causa del incienso quemado por los comerciantes.

La gente se reunió a su alrededor para ayudarle. Algunos le frotaban el pecho y otros los brazos. Otros incluso le vertían agua de rosas en el rostro, ignorando que aquella misma agua era la que lo había puesto en ese estado.

Otros intentaban quitarle sus vestiduras para permitirle respirar. Otros le tomaban el pulso. Los había que diagnosticaban un abuso de bebida, otros un abuso de hachís. Nadie, en definitiva, encontró el remedio.

Pues bien, el hermano de este hombre era curtidor. Tan pronto como supo lo qué sucedía a su hermano, corrió al mercado, recogiendo en su camino todos los excrementos de perro que pudo encontrar. Llegado al lugar del drama, apartó a la multitud diciendo:

«¡Yo conozco la causa de su mal!».

La causa de todas las enfermedades es la ruptura de los hábitos. Y el remedio consiste en recobrar esas costumbres. Por eso existe el versículo que dice: «¡La suciedad ha sido creada para los sucios!».

Así pues, el curtidor, ocultando bien su medicamento, llegó hasta su hermano e, inclinándose hacia él como para decirle un secreto al oído, le puso la mano en la nariz. Al respirar el olor de esta mano, el hombre recobró enseguida el conocimiento y las gentes alrededor, sospechando algún truco de magia, se dijeron:

«Este hombre tiene un aliento poderoso, pues ha logrado despertar a un muerto».

Ya ves. Toda persona que no se convenza por el almizcle de estos consejos se convencerá ciertamente por los malos olores. Un gusano nacido en los excrementos no cambiará de naturaleza al caer en el ámbar.

LA TIERRA Y EL AZÚCAR

Erase un hombre que había adquirido la costumbre de comer tierra. Un día entró en una tienda para comprar azúcar.

El tendero, que no era un hombre honrado, usaba terrones de tierra para pesar. Dijo a nuestro hombre:

«Este es el azúcar mejor de la ciudad, pero utilizo tierra para pesarlo».

El otro respondió:

«Lo que necesito es azúcar. ¡Poco me importa que los pesos de tu balanza sean de tierra o de hierro!».

Y pensó para sí:

«Siendo un comedor de tierra, no podía uno caer mejor».

Se puso el tendero a preparar el azúcar y el hombre aprovechó para comerse la tierra. El tendero notó su maniobra, pero se guardó mucho de decir nada, pues pensaba:

«Este idiota se perjudica a sí mismo. Teme ser sorprendido, pero yo sólo tengo un deseo: que coma el máximo de tierra posible. ¡Ya comprenderá cuando vea lo poco de azúcar que quedará en la balanza!».

Experimentas un gran placer cometiendo adulterio con la vista, pero no te das cuenta de que, al hacerlo, devoras tu propia carne.

EL ORO DE LA LEÑA

Un derviche vio un día en sueños una reunión de maestros, discípulos todos del profeta Elías. Les preguntó:

«¿Dónde puedo adquirir bienes sin que me cuesten nada?».

Los maestros lo condujeron entonces a la montaña y sacudieron las ramas de los árboles para hacer caer la fruta. Después, dijeron:

«Dios ha querido que nuestra sabiduría transforme estos frutos, que eran amargos, en aptos para el consumo. Cómelos. Se trata desde luego de una adquisición sin contrapartida». Al comer aquella fruta, el derviche sacó de ella tal sustancia que, al despertar, quedó pasmado de admiración.

«¡Oh, Señor! dijo, ofréceme, también a mí, un favor secreto».

Y, en el mismo instante, le fue retirada la palabra y su corazón quedó purificado.

«Aunque no hubiese otro favor en el paraíso, pensó, éste me basta y no quiero ninguno más».

Ahora bien, le quedaban dos monedas de oro que había cosido a sus vestiduras. Se dijo:

«Ya no las necesito puesto que, en adelante, tengo un alimento especial».

Y dio estas dos monedas a un pobre leñador pensando que esta limosna le permitiría subsistir durante algún tiempo. Pero el leñador iluminado por la luz divina, había leído en sus pensamientos y le dijo:

«¿Cómo puedes esperar encontrar tu subsistencia si no es Dios quien te la procura?».

El derviche no comprendió exactamente lo que quería decir el leñador, pero su corazón quedó entristecido por estos reproches. El leñador se le acercó y depositó en el suelo el haz de leña que llevaba al hombro. Después dijo:

«¡Oh, Señor! En nombre de tus servidores cuyos deseos escuchas ¡transforma esta leña en oro!».

Y, al instante, el derviche vio todos los troncos brillar como el sol. Cayó al suelo sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, el leñador dijo:

«¡Oh, Señor! En nombre de los que empañan tu fama, en nombre de los que sufren, ¡transforma este oro en leña!».

Y el oro volvió al estado de leña. El leñador volvió a echarse el haz al hombro y tomó el camino de la ciudad. El derviche quiso correr tras él para obtener la explicación de este misterio, pero su estado de admiración, así como su temor ante la estatura del leñador lo disuadieron de ello.

¡No formes parte de esos tontos que dan media vuelta una vez que han adquirido intimidad con el sultán!

EL LORO

Un tendero poseía un loro cuya voz era agradable y su lenguaje divertido. No sólo guardaba la tienda, sino que también distraía a la clientela con su parloteo. Pues hablaba como un ser humano y sabía cantar… como un loro.

Un día, el tendero lo dejó en la tienda y se fue a su casa. De pronto, el gato del tendero divisó un ratón y se lanzó bruscamente a perseguirlo. El loro se asustó tanto que perdió la razón. Se puso a volar por todos lados y acabó por derribar una botella de aceite de rosas.

A su vuelta, el tendero, advirtiendo el desorden que reinaba en su tienda y viendo la botella rota, fue presa de gran cólera. Comprendiendo que su loro era la causa de todo aquello, le asestó unos buenos golpes en la cabeza, haciéndole perder numerosas plumas. A consecuencia de este incidente, el loro dejó bruscamente de hablar.

El tendero quedó entonces muy apenado. Se arrancó el pelo y la barba. Ofreció limosnas a los pobres para que su loro recobrase la palabra. Sus lágrimas no dejaron de correr durante tres días y tres noches. Se lamentaba diciendo:

«Una nube ha venido a oscurecer el sol de mi subsistencia».

Al tercer día, entró en la tienda un hombre calvo cuyo cráneo relucía como una escudilla. El loro, al verlo, exclamó:

«¡Oh, pobre desdichado! ¡Pobre cabeza herida! ¿De dónde te viene esa calvicie? ¡Pareces triste, como si hubieras derribado una botella de aceite de rosas!».

Y toda la clientela estalló en carcajadas.

Dos cañas se alimentan de la misma agua, pero una de ellas es caña de azúcar y la otra está vacía.

Dos insectos se alimentan de la misma flor, pero uno de ellos produce miel y el otro veneno.

Los que no reconocen a los hombres de Dios dicen: «Son hombres como nosotros: comen y duermen igual que nosotros».

Pero el agua dulce y el agua amarga, aunque tengan la misma apariencia, son muy diferentes para quien las ha probado.

EL POZO DEL LEÓN

Los animales vivían todos con el temor del león. Las grandes selvas y las vastas praderas les parecían demasiado pequeñas. Se pusieron de acuerdo y fueron a visitar al león. Le dijeron:

«Deja de perseguirnos. Cada día, uno de nosotros se sacrificará para servirte de alimento. Así, la hierba que comemos y el agua que bebemos no tendrán ya este amargor que les encontramos».

El león respondió:

«Si eso no es una astucia vuestra y cumplís esta promesa, entonces estoy perfectamente de acuerdo. Conozco demasiado las triquiñuelas de los hombres y el profeta dijo: “El fiel no repite dos veces el mismo error”».

«¡Oh, sabio! —dijeron los animales—, es inútil querer protegerse contra el destino. No saques tus garras contra él. ¡Ten paciencia y sométete a las decisiones de Dios para que Él te proteja!».

«Lo que decís es justo —dijo el león—, pero más vale actuar que tener paciencia, pues el profeta dijo: “¡Es preferible que uno ate su camello!”».

Los animales:

«Las criaturas trabajan para el carnicero. No hay nada mejor que la sumisión. Mira el niño de pecho; para él, sus pies y sus manos no existen pues son los hombros de su padre los que lo sostienen. Pero cuando crece, es el vigor de sus pies el que lo obliga a tomarse el trabajo de caminar».

—Es verdad, reconoció el león, pero ¿por qué cojear cuando tenemos pies? Si el dueño de la casa tiende el hacha a su servidor, éste comprende lo que debe hacer. Del mismo modo, Dios nos ha provisto de manos y de pies. Someterse antes de llegar a su lado, me parece una mala cosa. Pues dormir no aprovecha sino a la sombra de un árbol frutal. Así el viento hace caer la fruta necesaria. Dormir en medio de un camino por el que pasan bandidos es peligroso. La paciencia no tiene valor sino una vez que se ha sembrado la semilla.

Los animales respondieron:

«Desde toda la eternidad, miles de hombres fracasan en sus empresas, pues, si una cosa no se decide en la eternidad, no puede realizarse. Ninguna precaución resulta útil si Dios no ha dado su consentimiento. Trabajar y adquirir bienes no debe ser una preocupación para las criaturas».

Así, cada una de las partes desarrolló sus ideas por medio de muchos argumentos pero, finalmente, el zorro, la gacela, el conejo y el chacal lograron convencer al león.

Así pues, un animal se presentaba al león cada día y éste no tenía que preocuparse ya por la caza. Los animales respetaban su compromiso sin que fuese necesario obligarlos.

Cuando llegó el turno al conejo, éste se puso a lamentarse. Los demás animales le dijeron:

«Todos los demás han cumplido su palabra. A ti te toca. Ve lo más aprisa posible junto al león y no intentes trucos con él».

El conejo les dijo:

«¡Oh, amigos míos! Dadme un poco de tiempo para que mis artimañas os liberen de ese yugo. Eso saldréis ganando, vosotros y vuestros hijos».

—Dinos cuál es tu idea, dijeron los animales.

—Es una triquiñuela, dijo el conejo: cuando se habla ante un espejo, el vaho empaña la imagen.

Así que el conejo no se apresuró a ir al encuentro del león. Durante ese tiempo, el león rugía, lleno de impaciencia y de cólera. Se decía:

«¡Me han engañado con sus promesas! Por haberlos escuchado, me veo en camino de la ruina. Heme aquí herido por una espada de madera. Pero, a partir de hoy, ya no los escucharé».

Al caer la noche, el conejo fue a casa del león. Cuando lo vio llegar, el león, dominado por la cólera, era como una bola de fuego. Sin mostrar temor, el conejo se acercó a él, con gesto amargado y contrariado. Pues unas maneras tímidas hacen sospechar culpabilidad. El león le dijo:

«Yo he abatido a bueyes y a elefantes. ¿Cómo es que un conejo se atreve a provocarme?».

El conejo le dijo:

«Permíteme que te explique: he tenido muchas dificultades para llegar hasta aquí. Había salido incluso con un amigo. Pero, en el camino, hemos sido perseguidos por otro león. Nosotros le dijimos: “Somos servidores de un sultán”. Pero él rugió: “¿Quién es ese sultán? ¿Es que hay otro sultán que no sea yo?”. Le suplicamos mucho tiempo y, finalmente, se quedó con mi amigo, que era más hermoso y más gordo que yo. De modo que otro león se ha atravesado en nuestros acuerdos. Si deseas que mantengamos nuestras promesas, tienes que despejar el camino y destruir a este enemigo, pues no te tiene ningún temor».

—¿Dónde está? dijo el león. ¡Vamos, muéstrame el camino!

El conejo condujo al león hacia un pozo que había encontrado antes. Cuando llegaron al borde del pozo, el conejo se quedó atrás. El león le dijo:

«¿Por qué te detienes? ¡Pasa delante!».

«Tengo miedo, dijo el conejo. ¡Mira qué pálida se ha puesto mi cara!».

—¿De qué tienes miedo? —preguntó el león.

El conejo respondió:

«¡En ese pozo vive el otro león!».

—Adelántate, dijo el león. ¡Echa una ojeada sólo para verificar si está ahí!

—Nunca me atreveré, dijo el conejo, si no estoy protegido por tus brazos.

El león sujetó al conejo contra él y miró al pozo. Vio su reflejo y el del conejo. Tomando este reflejo por otro león y otro conejo, dejó al conejo a un lado y se tiró al pozo.

Esta es la suerte de los que escuchan las palabras de sus enemigos. El león tomó su reflejo por un enemigo y desenvainó contra sí mismo la espada de la muerte.

SALOMÓN Y AZRAEL

Un hombre vino muy temprano a presentarse en el palacio del profeta Salomón, con el rostro pálido y los labios descoloridos.

Salomón le preguntó:

«¿Por qué estás en ese estado?».

Y el hombre respondió:

«Azrael, el ángel de la muerte, me ha dirigido una mirada impresionante, llena de cólera. Manda al viento, por favor te lo suplico, que me lleve a la India para poner a salvo mi cuerpo y mi alma».

Salomón mandó, pues, al viento que hiciera lo que pedía el hombre. Y, al día siguiente el profeta preguntó a Azrael:

«¿Por qué has echado una mirada tan inquietante a este hombre, que es un fiel? Le has causado tanto miedo que ha abandonado su patria».

Azrael respondió:

«Ha interpretado mal esa mirada. No lo miré con cólera, sino con asombro. Dios, en efecto, me había ordenado que fuese a tomar su vida en la India y me dije: “¿Cómo podría, a menos que tuviese alas, trasladarse a la India?”».

¿De quién huyes tú? ¿De ti mismo? Eso es algo imposible. Más vale poner uno su confianza en la verdad.

EL MOSQUITO

Tú te pareces a un mosquito que se cree alguien importante. Al ver una brizna de paja flotando en una charca de orina de asno, levanta la cabeza y se dice:

«Hace ya mucho tiempo que sueño con el océano y con un barco. ¡Aquí están!».

Esta charca de agua sucia le parece profunda y sin límites, pues su universo tiene la estatura de sus ojos. Tales ojos sólo ven océanos semejantes. De repente, el viento desplaza levemente la brizna de paja y nuestro mosquito exclama:

«¡Qué gran capitán soy!».

Si el mosquito conociese sus límites, sería semejante al halcón. Pero los mosquitos no tienen la mirada del halcón.

LAS AVES

El profeta Salomón tenía como servidoras a todas las aves. Como entendía su lenguaje, se habían hecho buenos amigos. Existen así Indios y Turcos que se hacen buenos amigos, aunque hablen lenguas diferentes. También existen Turcos que hablan la misma lengua y llegan a ser extraños entre sí. La que importa es la lengua del corazón y más vale ponerse de acuerdo por esa lengua que por la palabra.

Así, pues, todas las aves se pusieron un día a enumerar sus virtudes y su ciencia ante el profeta. No actuaban así por presunción, sino sólo para presentarse a él pues un servidor hace valer ante su amo las cualidades que puede poner a su servicio. Cuando un esclavo está descontento de su comprador, finge estar enfermo.

Al llegar el turno a la abubilla se presentó ella en estos términos:

«Yo, mirando desde lo alto del cielo, puedo adivinar la situación de los arroyos subterráneos. Puedo precisar el color de esta agua y la importancia de su caudal. Tal facultad puede ser preciosa para tu ejército. ¡Oh, sultán, concédeme tus favores!». Salomón dijo entonces:

«¡Oh, amiga! Es cierto que el agua es importante para mis soldados. ¡Quedarás, pues, encargada de proveer de agua a mi ejército!».

El cuervo, que estaba celoso de la abubilla, tomó entonces la palabra:

«¡Es vergonzoso sostener semejante extravagancia ante el sultán! Si la abubilla tuviese realmente el don que pretende tener, vería entonces las trampas que los hombres le tienden en el suelo.

Pero no sucede eso y más de una abubilla ha ido a parar a las jaulas que los hombres fabrican para ellas».

Salomón se volvió hacia la abubilla:

«Es verdad, ¡oh, abubilla! Estas palabras pueden aplicársete. ¿Por qué te atreves a mentir en mi presencia?».

La abubilla respondió:

«¡Oh, sultán! ¡No me avergüences! No escuches las palabras de mis enemigos. Si he mentido, córtame entonces la cabeza con tu espada. El cuervo es el que niega el destino. Cuando las circunstancias no enturbian el ojo de mi inteligencia, veo muy bien las trampas que se me tienden. Pero, a veces, algún incidente viene a adormecer la ciencia y la inteligencia. Oscurece incluso el sol y la luna».

LA JAULA

Un comerciante poseía un loro lleno de cualidades. Un día decidió viajar a la India y preguntó a todos qué regalo querían que les trajese del viaje. Cuando hizo esta pregunta al loro, éste respondió:

«En la India hay muchos loros. Ve a verlos por mí. Descríbeles mi situación, esta jaula. Diles: “Mi loro piensa en vosotros, lleno de nostalgia. Os saluda. ¿Es justo que él esté prisionero mientras que vosotros voláis en este jardín de rosas? Os pide que penséis en él cuando revoloteáis, alegres, entre las flores”».

Al llegar a la India, el comerciante fue a un lugar en el que había loros. Pero, cuando les transmitía los saludos de su propio loro, uno de los pájaros cayó a tierra, sin vida. El comerciante quedó muy asombrado y se dijo:

«Esto es muy extraño. He causado la muerte de un loro. No habría debido transmitir este mensaje».

Después, cuando hubo terminado sus compras, volvió a su casa, con el corazón lleno de alegría. Distribuyó los regalos prometidos a sus servidores y a sus mujeres. El loro le pidió:

«Cuéntame lo que has visto para que yo también me alegre».

A estas palabras, el comerciante se puso a lamentarse y a expresar su pena.

«Dime lo que ha pasado, insistió el ave. ¿Cuál es la causa de tu pesar?».

El comerciante respondió:

«Cuando transmití tus palabras a tus amigos, uno de ellos cayó al suelo, sin vida. Por eso estoy triste».

En aquel instante, el loro del comerciante cayó inanimado, también él, en su jaula. El comerciante, lleno de tristeza, exclamó:

«¡Oh, loro mío de suave lenguaje! ¡Oh, amigo mío! ¿Qué ha sucedido? Eras un ave tal que ni Salomón había conocido nunca una semejante. ¡He perdido mi tesoro!».

Tras un largo llanto, el comerciante abrió la jaula y lanzó al loro por la ventana. Inmediatamente, éste salió volando y fue a posarse en la rama de un árbol. El comerciante, aún más asombrado, le dijo:

«¡Explícame lo que pasa!».

El loro respondió:

«Ese loro que viste en la India me ha explicado el medio de salir de la prisión. Con su ejemplo me ha dado un consejo. Ha querido decirme: “Estás prisionero porque hablas. Hazte, pues, el muerto”. ¡Adiós, oh amo mío! Ahora me voy. También tú, un día, llegarás a tu patria».

El comerciante le dijo:

«¡Dios te salve! También tú me has guiado. Esta aventura me basta pues mi espíritu y mi alma han sacado partido de estos acontecimientos».

EL VIEJO MUSICO

En tiempos del califa Omar, había un viejo músico que amenizaba las reuniones de hombres de buen gusto. Con su hermosa voz, incluso al ruiseñor embriagaba.

Pero pasaba el tiempo y el halcón de su alma se transformaba en mosquito. Su espalda se curvaba como la pared de una cántara. Su voz, que en otros tiempos acariciaba las almas, empezaba a arañarlas y a aburrir a todo el mundo. ¿Hay en esta tierra alguna mujer hermosa que no haya sufrido al deteriorarse su belleza? ¿Hay algún techo que no haya terminado por venirse abajo? Así cayó nuestro hombre en la penuria y hasta el pan llegó a faltarle. Un día, dijo:

«¡Oh, Señor! Me has concedido una larga vida y me has colmado de tus favores. Durante setenta años, no he dejado de rebelarme contra ti, pero tú siempre me has ofrecido con qué subsistir. Hoy, ya no gano nada y soy huésped tuyo. Por tanto, cantaré y lloraré por ti».

Tomó el camino del cementerio. Allí tocó el laúd y cantó, vertiendo amargas lágrimas. Luego, el sueño se apoderó de él y, tomando su instrumento como almohada, se durmió. Su cuerpo quedó liberado de las vicisitudes de este mundo. Era tan feliz en su sueño que se decía:

«¡Ah! ¡Si pudiera quedarme aquí eternamente!».

Pues bien, en aquel mismo instante, el sueño se apoderó también de Omar, el califa del Islam, que se dijo:

«No es desde luego hora de dormir, pero acaso haya una razón para esto».

Entonces, una voz de lo Desconocido se dirigió a él y le dijo:

«¡Oh, Omar! ¡Ve a socorrer a uno de mis servidores! Ese pobre está en este momento en el cementerio. Ve a darle setecientos dinares. Y dile que recobre el reposo del corazón. Ruégale que acepte esta suma y que vuelva a verte cuando se haya agotado».

Al despertar, Omar puso la suma indicada en una bolsa y se trasladó al cementerio. Al no encontrar allí sino a un anciano dormido, se dijo:

«Dios me ha hablado de un hombre puro, de un elegido. No puede ser este viejo músico».

Y como un león cazando, dio varias veces la vuelta al cementerio. Viendo que no había nadie, aparte el anciano, se dijo:

«Hay corazones iluminados en los más olvidados rincones».

Se acercó al músico y tosió para despertarlo.

El músico, al ver ante él al califa del Islam, quedó atemorizado y se puso a temblar pero Omar le dijo:

«¡Oh, anciano! No tengas miedo. Te traigo una buena noticia de parte de Dios. Él te ha considerado digno de sus favores. Aquí hay algún dinero. Gástalo y vuelve a verme».

A estas palabras, el anciano se puso a llorar y, tirando su instrumento al suelo, lo

rompió diciendo:

«¡Tú eras el velo entre Dios y yo!».

Omar le dijo:

«Son tus lágrimas las que te han despertado. Es bueno recordar el pasado. Pero para ti, en adelante, el pasado y el futuro son velos. Tú te has arrepentido de tu pasado y debes ahora arrepentirte de tu arrepentimiento».

LA QUEJA

Un día, la mujer de un pobre beduino dijo agriamente a su marido:

«padecemos sin cesar pobreza y necesidad. La pena es nuestro legado, mientras que el placer es el de los demás. No tenemos agua, sino sólo lágrimas. La luz del sol es nuestro único vestido y el cielo nos sirve de edredón. A veces llego a tomar la luna llena por un trozo de pan. Incluso los pobres se avergüenzan ante nuestra pobreza. Cuando tenemos invitados, siento deseos de robarles sus vestidos mientras duermen».

Su marido le respondió:

«¿Hasta cuándo vas a seguir quejándote? Ya ha pasado más de la mitad de tu vida. La gente sensata no se preocupa de la necesidad ni de la riqueza, pues ambas pasan como el río. En este universo, hay muchas criaturas que viven sin preocuparse por su subsistencia. El mosquito, como el elefante, forman parte de la familia de Dios. Todo eso no es más que preocupación inútil. Eres mi mujer y una pareja debe estar conjuntada. Puesto que yo estoy satisfecho, ¿por qué estás tú tan quejosa?».

La mujer se puso a gritar:

«¡Oh, tú, que pretendes ser honrado! Tus idioteces ya no me impresionan. No eres más que pretensión. ¿Vas a seguir mucho tiempo profiriendo tales insensateces? Mírate: la pretensión es algo feo, pero en un pobre es aún peor. Tu casa parece una tela de araña. Mientras sigas cazando mosquitos en la tela de tu pobreza, nunca serás admitido cerca del sultán y de los beyes».

El hombre replicó:

«Los bienes son como un sombrero en la cabeza. Sólo los calvos lo necesitan. ¡Pero los que tienen un hermoso pelo rizado pueden muy bien prescindir de él!».

Viendo que su marido se encolerizaba, la mujer se puso a llorar, pues las lágrimas son las mejores redes femeninas. Empezó a hablarle con modestia:

«Yo no soy tu mujer; no soy más que la tierra bajo tus pies. Todo lo que tengo, es decir, mi alma y mi cuerpo, todo te pertenece. Si he perdido la paciencia sobre nuestra pobreza, si me lamento, no creas que es por mí. ¡Es por ti!».

«Aunque, aparentemente, los hombres vencen a las mujeres, en realidad, son ellos, sin duda alguna, los vencidos. Es como con el agua y el fuego, pues el fuego acaba siempre por evaporar el agua».

Al oír estas palabras, el marido se excusó ante su mujer y dijo:

«Renuncio a contradecirte. Dime qué quieres».

La mujer le dijo:

«Acaba de amanecer un nuevo sol. Es el califa de la ciudad de Bagdad. Gracias a él, esta ciudad se ha convertido en un lugar primaveral. Si llegaras hasta él, es posible que, también tú, te convirtieras en sultán».

El beduino exclamó:

«pero ¿con qué pretexto podría yo presentarme ante el califa? ¡No puede hacerse una obra de arte sin herramientas!».

Su mujer le dijo:

«Sabe que las herramientas son signo de presunción. En esto, sólo necesitas tu modestia».

El beduino dijo:

«Necesito algo para atestiguar mi pobreza, pues las palabras no bastan».

La mujer:

«Aquí tienes una cántara llena con agua del pozo. Es todo nuestro tesoro. Tómala y ve a ofrecerla al sultán, y dile que no posees otra cosa. Dile además que puede recibir muchos regalos, pero que esta agua, por su pureza, le reconfortará el alma».

El beduino quedó seducido por esta idea:

«¡Un regalo así, ningún otro puede ofrecerlo!».

Su mujer que no conocía la ciudad, ignoraba que el Tíber pasaba ante el palacio del sultán. El beduino dijo a su mujer:

«¡Tapa esta cántara para que el sultán rompa su ayuno con esta agua!».

Y acompañado por las plegarias de su mujer, el hombre llegó sano y salvo a la ciudad del califa. Vio a muchos indigentes que recibían los favores del sultán. Se presentó en el palacio. Los servidores del sultán le preguntaron si había tenido un buen viaje y el beduino explicó que era muy pobre y que había hecho aquel viaje con la esperanza de obtener los favores del sultán. Lo admitieron, pues, en la corte del califa y llevó la cántara ante este último.

Cuando lo hubo escuchado, el califa ordenó que llenasen de oro su cántara. Hizo que le entregaran preciosos vestidos. Después pidió a un servidor suyo que lo condujese a la orilla del Tíber y lo embarcase en un navío.

«Este hombre, dijo, ha viajado por la ruta del desierto. Por el río, el camino de vuelta será más corto».

Pues, aun cuando poseía un océano, el sultán aceptó unas gotas de agua para transformarlas en oro.

El que advierte un arroyuelo del océano de la verdad, debe primero romper su cántara.

EL BORRACHO

Un transeúnte encontró en plena noche a un borracho dormido junto a una pared. Lo sacudió y le dijo:

«¡Oh, borracho! ¿Qué has bebido para verte en este estado?».

El otro respondió:

«¡He bebido lo que había en esta cántara!».

—¿Y qué había en esa cántara?

—¡Lo que he bebido!

—Pero eso es justamente lo que te pregunto: ¿Qué has bebido?

—¡Lo que había en esta cántara!

—¡Escucha! dijo el transeúnte, ¡levántate y ven conmigo! ¡Te llevo a la cárcel porque estás borracho!

—¡Déjame ya tranquilo!

—¡Vamos, levántate y sígueme a la cárcel!

Entonces el borracho exclamó:

«¡Pero, bueno, si tuviera fuerza para andar, volvería a mi casa!».

LA DUDA

Muaviya, tío de todos los fieles, estaba durmiendo en su palacio. Su palacio estaba cercado y las puertas tenían cerrojos. Era imposible que un extraño pudiese penetrar en él. Sin embargo, alguien tocó a Muaviya para despertarlo. Cuando abrió los ojos, no vio a nadie y se dijo:

«Es imposible entrar en mi palacio. ¿Quién ha podido hacer esto?».

Después de muchas búsquedas, encontró a alguien que se ocultaba tras una colgadura. Le dijo:

«¿Quién eres y cómo te llaman?».

—¡El pueblo me llama Satanás!

—¿Y por qué me has despertado?

—Porque es la hora de la oración y tienes que ir a la mezquita.

No olvides que el profeta dijo que no debía tolerarse ningún retraso en la oración.

Muaviya le dijo:

«¡Es extraño que tú invoques esta razón, pues nada bueno ha venido nunca de ti! ¡Es como si un ladrón viniera pretendiendo querer montar la guardia!».

—En otros tiempos, replicó Satanás, yo era un ángel y mi alma se alimentaba con mis plegarias. Era entonces compañero de otros ángeles y eso ha quedado en mi naturaleza. ¡Me es imposible olvidar el pasado!

—Es cierto, pero eso no impide que hayas cerrado el camino a muchos sabios. ¡No puedes ser fuego sin quemar! Dios te ha hecho abrasador y quien se acerca a ti, necesariamente se quema. Tu pretendida sabiduría se parece al canto de las aves imitado por los cazadores.

—Aparta la duda de tu corazón, dijo Satanás, yo soy una piedra de toque para la verdad y la falsedad. No puedo afear lo hermoso. Mi existencia no es sino un espejo para lo hermoso y para lo feo. Soy como un jardinero que corta ramas muertas. El árbol protesta: «¡Soy inocente! ¿Por qué me destruyes?». Y yo respondo: «No porque estés torcido, sino porque estás seco y sin savia. Tu naturaleza, la esencia de tu semilla es mala. Nunca has sido cruzado con una buena esencia. Sin embargo tu naturaleza habría salido ganando si te hubiesen injertado un esqueje de buena esencia».

—¡Cállate! exclamó Muaviya, ¡es inútil que intentes convencerme!

Se volvió hacia Dios y le dijo:

«¡Señor mío! ¡Sus palabras son como niebla! ¡Ayúdame! Él es muy fuerte argumentando y temo su astucia».

Satanás dijo:

«El que es presa de una mala duda se vuelve sordo ante millares de testigos. No te lamentes ante Dios por mi causa. Llora más bien ante tu propia maldad. ¡Me maldices sin razón pero harías mejor mirándote a ti mismo!».

Muaviya respondió:

«¡Es la mentira la que hace nacer la duda en el corazón!».

—¿Y tienes tú un criterio para distinguir lo verdadero de lo falso?

—La verdad procura la paz del corazón, pero la mentira no lo conmueve. Es como un aceite que se ha mezclado con el agua: ya no puede arder. Dime: tú, el enemigo de todos los que velan, ¿por qué me has despertado? ¡Respóndeme y sabré si dices verdad!

Satanás intentó eludir la respuesta, pero Muaviya lo instó a que se explicara y acabó por confesar:

«Voy a decirte la verdad. Te he despertado para que no te retrases en la mezquita. Pues si te hubieras retrasado, tu arrepentimiento habría anegado el universo. Las lágrimas habrían brotado de tus ojos y el arrepentimiento de alguien para quien la oración es un placer es aún más fuerte que la oración. ¡Te he despertado, pues, para que tu arrepentimiento no te permita acercarte más aún a Dios!».

Muaviya exclamó:

«¡Ahora dices la verdad! No eres sino una araña en busca de moscas. ¡Y me has tomado por una mosca!».

HUELLAS

Un hombre corría tras un ladrón. Justo en el momento en que iba a apoderarse de él, oyó gritar a alguien:

«¡Socorro! ¡A mí! ¡Pronto!».

Pensando que había un segundo ladrón en los alrededores, dio media vuelta para socorrer a quien había gritado.

«¿Qué pasa? preguntó.

—¡Mira esas huellas! ¡Corre deprisa en esa dirección!

—¡Pedazo de imbécil! ¿Qué me dices? Yo había encontrado ya al ladrón casi lo tenía. ¡Si lo he dejado escapar, ha sido sólo por tu llamada!

—¡Yo te señalo sus huellas y esas huellas bastan para establecer la verdad!

—O eres idiota o eres cómplice de ese ladrón. ¡Porque lo has salvado en el momento en que iba yo a cogerlo! ¡Y todo para mostrarme sus huellas!».

LA MEZQUITA

Unos hipócritas se reunieron y decidieron construir una hermosa mezquita para honrar la fe. Construyeron, pues, una, justamente al lado de la que el profeta había edificado él mismo. Su fin era en realidad, dividir a la comunidad. Cuando hubieron terminado el tejado, la cúpula y el techo, llegaron ante el profeta y, arrodillándose ante él, le pidieron que honrase su nueva mezquita con su presencia.

«Esta mezquita, dijeron, ha sido edificada para convertirse en un lugar de paz, en un lugar de abundancia para los necesitados. Ven a honrar este lugar con tu presencia para que todos se alegren».

¡Qué maravilla si tales palabras hubieran salido realmente de su corazón!

El profeta, que era comprensivo con todos, los escuchaba sonriente y nuestros hipócritas pensaban, por tanto, que iba a aceptar, pero él distinguía sus pretextos tan claramente como un pelo en un tazón de leche. Iba, sin embargo, a decidirse a ir allí, cuando Dios lo inspiró diciendo:

«¡Te han dicho todo lo contrario de lo que piensan!».

En efecto, su intención era hacer venir a esta mezquita a un predicador de Sham. El profeta les respondió:

«Habría aceptado con gusto vuestra petición, pero es la hora del combate y tengo que salir de viaje. Cuando estemos de vuelta, iremos a haceros una visita».

A su vuelta, los hipócritas le recordaron su promesa y Dios dijo a su profeta:

«Desenmascara su hipocresía, ¡aunque sea a costa de una guerra!».

El profeta dijo entonces a los hipócritas:

«No insistáis más si no queréis que yo desvele vuestros secretos ante todo el mundo».

Pretendía mostrar así que no lo engañaban, pero los hipócritas protestaron:

«¡Dios nos proteja! ¡Juramos que nuestras intenciones son puras!».

Juraron con gran insistencia, pero los justos no necesitan jurar.

El profeta preguntó:

«¿A quién debo creer a vosotros o a Dios?

—¡Juramos sobre el libro de Dios de que hemos edificado esta mezquita en su honor!».

A pesar de esas manifestaciones, el profeta se negó finalmente a ceder.

Ahora bien, uno de los compañeros del profeta se puso a pensar:

«¿Qué significa esto? El profeta siempre ha evitado avergonzar a cualquiera. ¿Qué quiere decir esta nueva manera de actuar? ¿No son los profetas los que cubren la vergüenza de los pecadores?».

Al mismo tiempo que pensaba esto, se arrepentía de este pensamiento y, con la cabeza llena de contradicciones, acabó por dormirse…

Tuvo entonces un sueño en el que vio la mezquita de los hipócritas llena de boñiga de vaca. De los muros de la mezquita rezumaba un acre humo negro que

quemaba su nariz. Se despertó entonces y se puso a llorar:

«¡Oh, Señor mío! ¡Perdóname mi rebeldía para con tu mensajero!».

EL CAMELLO PERDIDO

En el momento en que la caravana ha llegado para hacer un alto, se te ha perdido tu camello. Lo buscas por todas partes. Finalmente, la caravana sale de nuevo sin ti y cae la noche. Toda tu carga ha quedado en el suelo y tú preguntas a todos:

«¿Habéis visto mi camello?».

Incluso añades:

«¡Daré una recompensa a quien me dé noticias de mi camello!».

Y todo el mundo se burla de ti. Uno dice:

«¡Acabo de ver un camello de pelo rojizo y muy gordo. Se fue en esa dirección!».

Otro:

«¿No tenía tu camello una oreja rota?».

Otro:

«¿No había una manta bordada en la silla?».

Otro más:

«¡He visto irse por allí un camello con el ojo reventado!».

Así, todo el mundo te da una descripción de tu camello con la esperanza de aprovecharse de tu largueza. En el camino del conocimiento, son numerosos los que evocan los atributos de lo Desconocido. Pero tú, si no sabes dónde está tu camello, sí que reconoces la falsedad de todos estos indicios. Encuentras incluso a gente que te dice:

«¡También yo he perdido mi camello! ¡Busquemos juntos!».

Y cuando por fin viene alguien que te describe realmente tu camello, tu alegría no conoce límites y haces de ese hombre tu guía para recobrar tu camello.

PLEGARIAS

Cuatro indios entraron en la mezquita para prosternarse ante Dios, con el corazón en paz. Pero, de pronto, el almuédano entró también en la mezquita y uno de los indios dejó escapar estas palabras:

«¿Se ha recitado la llamada a la oración? ¡Si no es así, nos hemos adelantado!

—¡Cállate!, le dijo el otro; ¡con tus palabras, has invalidado tu oración!

—¡Cállate tú también, porque acabas de hacer lo mismo!».

Y el cuarto añadió:

«¡Gracias a Dios, yo no he hablado, y mi oración sigue siendo válida!».

Es una verdadera bendición el no ocuparse uno sino de su propia vergüenza.

MIEDO

Después de haber vertido mucha sangre, unos guerreros turcomanos saquearon un pueblo. Capturaron a dos campesinos y decidieron matar a uno de ellos. Mientras lo ataban, el campesino preguntó:

«¿Por qué matarme así, sin razón?».

Los guerreros respondieron:

«¡Para atemorizar a tu amigo y forzarlo a que nos revele dónde ha ocultado su oro!».

El campesino exclamó:

«¡Pero él es más pobre que yo! ¡Mejor matadlo a él y, entonces yo, presa del terror, os diré dónde he escondido mi oro!». ¡Es un favor de Dios que vivamos hoy y no en aquella época!

SETENTA AÑOS

Un anciano fue a casa del médico. Cuando le hubo explicado que sus facultades intelectuales declinaban, el médico respondió:

«¡Eso se debe a tu avanzada edad!

—¡También mi vista se debilita!

—¡Claro, porque eres viejo!

—¡Me duele mucho la espalda!

—¡No es más que un efecto de la vejez!

—No digiero nada de lo que como.

—¡Si tu estómago es débil, es por culpa de tu mucha edad!

—Y cuando respiro siento como una opresión en el pecho.

—¡Es normal! ¡Eres viejo! ¡Y la vejez trae muchos males!».

El anciano, entonces, se enfadó:

«¡Gran idiota! ¿Qué significa toda esa palabrería? No sabes nada de la ciencia de la medicina. ¡Eres más ignorante que un asno! ¡Dios ha creado un remedio para todos los males, pero tú lo ignoras! ¿Así es como has aprendido tu oficio?».

El médico respondió:

«¡Tienes más de setenta años! ¡De ahí es de donde proceden también tu cólera y tus amargas palabras!».

FÉRETRO

Un niño se lamentaba ante el féretro de su padre:

«¡Oh padre mío! ¡En adelante tu sitio estará bajo la tierra! ¡Querido padre! ¡Estás en una morada tan estrecha, tan desprovista de todo! ¡Ni manta, ni cojín, ni jergón! ¡Sin una vela en la noche ni pan durante el día! ¡Sin puerta, sin techo, sin vecinos compasivos! ¡Ni siquiera el olor de una comida! ¡Sólo una morada tan estrecha que cualquiera perdería en ella el color de su tez!».

Entre los asistentes, había un niño, llamado Dyuha. Se volvió hacia su padre y le dijo:

«¡Oh, padre! ¡Tengo la impresión de que lo que describe este niño es nuestra casa!».

EL ARCO

Un guerrero, armado de la cabeza a los pies, dirigía su caballo hacia el bosque. Al verlo llegar, tan altivo, un cazador se asustó. Tomó una flecha y tensó su arco.

Al verlo así, dispuesto a disparar, el caballero le gritó:

«¡Detente! No te fíes de las apariencias. La verdad es que soy muy débil. Cuando llega la hora del combate, estoy más asustado que una vieja».

El cazador le dijo entonces:

«¡Vete! Afortunadamente, me has advertido a tiempo. ¡Si no, habría disparado contra ti!».

Las armas son, para muchos, la causa de la muerte. Puesto que tú eres miedoso, abandona tus flechas y tu espada.

LA CARGA

Un beduino viajaba, montado en un camello cargado de trigo. En el camino encontró a un hombre que le hizo mil preguntas sobre su país y sus bienes. Después le preguntó en qué consistía la carga de su camello.

El beduino mostró los dos sacos que colgaban a una y otra parte de la silla de su montura:

«Este saco está lleno de trigo y este otro de arena».

El hombre preguntó:

«¿Hay alguna razón para cargar así tu camello con arena?».

El beduino:

«No. Es únicamente para equilibrar la carga».

El hombre dijo entonces:

«Hubiese sido preferible repartir el trigo entre los dos sacos. De ese modo, la carga de tu camello habría sido menos pesada.

¡Tienes razón! exclamó el beduino, eres un hombre con una gran agudeza de pensamiento. ¿Cómo es que vas así a pie? Monta en mi camello y dime: siendo tan inteligente ¿no eres un sultán o un visir?

—No soy ni visir ni sultán, dijo el hombre. ¿No has visto mi vestimenta?».

El beduino insistió:

«¿Qué clase de comercio practicas? ¿Dónde está tu almacén? ¿Y tu casa?

—No tengo ni almacén ni casa, replicó el hombre.

—¿Cuántas vacas y camellos posees?

—¡Ni uno solo!

—Entonces ¿cuánto dinero tienes? Porque gozas de una inteligencia tal que podría, como la alquimia, transformar el cobre en oro.

—Por mi honor, ni siquiera tengo un trozo de pan que comer. Voy con los pies descalzos, vestido de harapos, en busca de un poco de comida. Todo lo que sé, toda mi sabiduría y mi conocimiento, ¡todo eso no me trae más que dolores de cabeza!».

El beduino le dijo entonces:

«¡Márchate! ¡Aléjate de mí para que la maldición que te persigue no recaiga sobre mí! Déjame irme por ese lado y toma tú la otra dirección. Más vale equilibrar el trigo con arena que ser tan sabio y tan desventurado. Mi idiotez es sagrada para mí. ¡En mi corazón y en mi alma está la alegría de la certeza!».

LA CORTEZA DE LAS COSAS

Ibrahim Edhem reparaba un desgarrón en su abrigo, sentado a la orilla del mar. Pasó por allí el emir del país, que era un ferviente admirador de este sheij. El emir se puso a pensar:

«He aquí un príncipe que ha abandonado su reino. He aquí un rico que ha abandonado sus bienes. Ahora sufre por su indigencia. ¡Era un sultán y ahora remienda su abrigo, como un pordiosero!».

Ibrahim Edhem había captado estos pensamientos y, de pronto, dejó caer su aguja al mar. Después se puso a gritar:

«¡Oh, vosotros, peces! ¿Sabéis dónde se encuentra mi aguja?».

Al instante aparecieron millares de peces y cada uno de ellos tenía una aguja de oro en su boca y le decía:

«¡Toma tu aguja, oh sheij!».

El sheij se volvió entonces hacia el emir y le dijo:

«¿Qué reino es el mejor? Esto no es sino un signo exterior. Perderías la razón si conocieses la esencia de este reino. De la viña sólo un racimo de uva llega a la ciudad, porque la viña no puede transportarse a ella. ¡Sobre todo si esta viña es el jardín del Amado! Este universo no es más que una corteza».

LA MIEL DEL VINO

Alguien acusaba a un sheij diciendo:

«No es más que un hipócrita. Bebe vino a escondidas. ¿Cómo creer que un hombre semejante pueda ayudar a sus discípulos?».

Un fiel le dijo:

«Ten cuidado con tus palabras. Dios no permite tener tales pensamientos sobre hombres santos. Aunque lo que dices fuera verdad, ese sheij no es un estanque tan pequeño que pueda enturbiarlo un poco de barro. Es más bien un océano.

—Sí, replicó el otro, pero yo lo he visto en un estado poco conveniente. No reza y tiene un comportamiento indigno de un sheij. ¡Si no me crees, ven conmigo esta noche y verás! ¡Su ocupación es ser hipócrita de día y pecar de noche!».

Llegada la noche, se encontraron bajo la ventana del sheij y lo vieron, con una botella en la mano.

El hombre gritó entonces:

«¡Oh, sheij, la verdad sale a luz! ¡Y tú nos decías que el diablo metía sus pezuñas en la copa de vino!».

El sheij respondió:

«Mi copa está tan llena que nada puede penetrar en ella».

El hombre comprobó entonces que la botella estaba llena de miel y quedó avergonzado. El sheij le dijo:

«Antes de apesadumbrarte, ve a buscar vino. Estoy enfermo y lo necesito. En un caso semejante, las cosas normalmente prohibidas se hacen lícitas».

El hombre fue a la taberna pero, en cada tonel, no encontró sino miel. Ni rastro de vino. Preguntó al tabernero dónde estaba el vino.

Cuando hubieron comprobado esta extraña metamorfosis, todos los bebedores de la taberna se pusieron a llorar y vinieron ante el sheij.

«¡Oh, maestro! ¡Sólo has venido una vez a nuestra taberna y todo nuestro vino se ha transformado en miel!».

Este mundo está lleno de alimento ilícito, pero el fiel no debe tocarlo.

EL RATÓN

Un ratón se apoderó un día de la brida de un camello y le ordenó que se pusiera en marcha. El camello era de naturaleza dócil y se puso en marcha. El ratón, entonces, se llenó de orgullo.

Llegaron de pronto ante un arroyo y el ratón se detuvo.

«¡Oh, amigo mío! ¿Por qué te detienes? ¡Camina, tú que eres mi guía!».

El ratón dijo:

«Este arroyo me parece profundo y temo ahogarme».

El camello:

«¡Voy a probar!».

Y avanzó por el agua.

«El agua no es profunda. Apenas me llega a las corvas».

El ratón le dijo:

«Lo que a ti te parece una hormiga es un dragón para mí. Si el agua te llega a las corvas, debe cubrir mi cabeza en varios cientos de metros».

Entonces el camello le dijo:

«En ese caso, deja de ser orgulloso y de creerte un guía. ¡Ejercita tu orgullo con los demás ratones, pero no conmigo!

—¡Me arrepiento! dijo el ratón, ¡en nombre de Dios, ayúdame tú a atravesar este arroyo!».

EL ÁRBOL DE LA SABIDURÍA

Circulaba el rumor de que existía en la India un árbol cuyo fruto liberaba de la vejez y de la muerte. Un sultán decidió entonces enviar a uno de sus hombres en busca de esta maravilla.

Partió, pues, el hombre y, durante unos años visitó muchas ciudades, muchas montañas y muchas planicies. Cuando preguntaba a los transeúntes dónde se encontraba este árbol de la vida, la gente sonreía pensando que estaba loco. Los que tenían corazón puro, le decían:

«¡Eso son cuentos! ¡Abandona esa búsqueda!».

Otros para burlarse de él, lo enviaban hacia selvas lejanas. El pobre hombre no alcanzaba nunca su meta, pues lo que perseguía era imposible. Perdió entonces la esperanza y tomó el camino de vuelta, con lágrimas en los ojos.

Durante el camino, encontró a un sheij y le dijo:

«¡Oh, sheij! ¡Ten piedad de mí, pues estoy desesperado!

—¿Por qué estás tan triste?

—Mi sultán me ha encargado que busque un árbol cuyo fruto es el capital de la vida. Todos lo desean. He buscado durante mucho tiempo, pero en vano. Y todo el mundo se ha burlado de mí».

El sheij se echó a reír:

«¡Oh corazón ingenuo y puro! Ese árbol es la sabiduría. Sólo el sabio la comprende. Se la llama a veces árbol, a veces sol, u océano, o nube. Sus efectos son infinitos, pero él es único. Un hombre es padre tuyo, pero él, por su parte, es también hijo de otra persona».

CUATRO MONEDAS DE ORO

Un hombre había dado a cuatro personas una moneda de oro a cada una.

El primero dijo:

«¡Vamos enseguida a comprar ENGUR!».

El otro, que era árabe, dijo:

«¡No, ENGUR no. Yo quiero INEB!».

El tercero, que era griego, exclamó:

«¡Yo habría preferido ISTAFIL!».

El cuarto, un turco:

«Yo quiero uzum (uva).»

Estalló así una querella insensata entre los cuatro amigos. Discutían por ignorar la significación de lo que deseaba cada uno. Si hubiese estado allí un sabio, habría dicho:

«Con vuestro dinero, podéis satisfacer todos vuestro deseo. Para vosotros, cada palabra es una fuente de desacuerdo. Pero, para mí, cada palabra es una guía hacia la unión. Vosotros queréis todos uva sin saberlo».

CARNE PROHIBIDA

Había en la India un hombre muy sabio. Un día, vio llegar a un grupo de viajeros. Al ver que estaban hambrientos, les dijo:

«No hay duda de que tenéis la intención de cazar para alimentaros. Pero ¡cuidado, noble gente! ¡No cacéis la cría del elefante! Es ciertamente fácil de coger y su carne es abundante. Pero no olvidéis a su madre que lo vigila, pues sus gritos y lamentos se oirán desde lejos. ¡Conservad este consejo como una joya si queréis evitar catástrofes!».

Y, con estas palabras, se marchó. Los viajeros, cansados por su largo camino, no tardaron en encontrar un elefantito muy gordo y, olvidando los consejos que se les habían dado, se lanzaron sobre él como lobos. Sólo uno de ellos decidió obedecer el consejo del sabio y no tocar la carne del elefantito. Los demás, hartos de carne, no tardaron en dormirse.

De pronto, un elefante encolerizado se precipitó sobre ellos. Se dirigió primero hacia el único que no dormía. Olfateó su boca pero no encontró ningún olor acusador. Por el contrario, habiendo comprobado que todos los que dormían tenían el olor de su pequeño en el aliento, los aplastó bajo sus patas. ¡Oh, tú que te alimentas con el fruto de la prevaricación! ¡Estás comiéndote el elefantito! No olvides que su madre vendrá a vengarlo. Pues la ambición, el rencor y el deseo despiden un olor tan fuerte como el de la cebolla. Te será imposible ocultar que has abusado del bien del prójimo.

LA BOCA DE MOISÉS

Dios ordenó un día a Moisés:

«¡Oh, Moisés! ¡Que no haya pecado en tu boca cuando te dirijas a mí para rezar!

—¡Pero, Señor! ¡No poseo tal boca!».

Dios respondió:

«Entonces, reza por boca de algún otro. ¡Porque es imposible que cometas un pecado con una boca distinta de la tuya!».

¡Tú también, anda! ¡E intenta que, día y noche, haya bocas que recen en tu lugar!

ELÍAS

Erase un hombre que comía todas las noches golosinas invocando el nombre de Dios. Un día, Satanás le dijo:

«¡Hombre sin dignidad, cállate! ¿Hasta cuándo repetirás el nombre de Dios? ¡Ya ves que no te responde!».

Al hombre se le partió el corazón ante estas palabras y se durmió en ese estado de espíritu. Tuvo entonces un sueño y vio a Elías que le decía:

«¿Por qué has dejado de repetir el nombre de Dios?».

El hombre respondió:

«¡Porque no he tenido ninguna respuesta y he temido que me haya echado de su puerta!».

Elías dijo entonces:

Dios nos ha dicho: «Porque he aceptado tu plegaria es por lo que sigo manteniéndote en esta preocupación».

Tu temor y tu amor son pretextos para conservar tu intimidad con Dios. El solo hecho de que sigues rezando te anuncia que son aceptadas tus oraciones.

EL CIUDADANO Y EL CAMPESINO

Un ciudadano era amigo de un campesino y, todos los años, durante dos o tres meses, le ofrecía hospitalidad. El campesino gozaba de su casa, de su almacén y de su mesa. Sus menores deseos eran satisfechos, antes incluso de ser expresados. Un día, el campesino, dijo al ciudadano:

«¡Oh, maestro! ¡Nunca me has visitado! Ven a mi casa con tu mujer y tus hijos pues pronto llegará la primavera y, en esa estación, los rosales y los árboles frutales están cubiertos de flores. Quédate en mi casa durante tres o cuatro meses para que tengamos también ocasión de servirte».

El ciudadano declinó la invitación, pero el campesino renovó este ofrecimiento durante ocho años sin que el ciudadano se desplazara. En cada una de sus visitas, el campesino reiteraba su invitación y, todas las veces, el ciudadano encontraba una excusa para zafarse. Como la cigüeña, el campesino venía a hacer su nido en la casa del ciudadano y éste gastaba todos sus bienes para no faltar a los deberes de la hospitalidad. En el curso de una de estas visitas, el campesino suplicó de nuevo al ciudadano:

«¡Hace ya diez años que me prometes venir! ¡En nombre de Dios, haz un esfuerzo esta vez!».

Los hijos del ciudadano dijeron a su padre:

«¡Oh, padre! Las nubes, la luna y las sombras viajan. ¿Por qué te niegas? No hay tensiones entre él y tú. ¡Ofrécele la ocasión de saldar la deuda que ha contraído contigo!».

Era su madre la que los había incitado a tomar así la palabra y el ciudadano les dijo:

«¡Oh, hijos míos! ¡Tenéis razón, pero los sabios dicen que hay que desconfiar de la calumnia de aquéllos a los que se ha ayudado!».

A pesar de esto, las repetidas invitaciones del campesino acabaron por vencer la reticencia del ciudadano y, un día, después de haber hecho los preparativos y cargado el asno y el buey con lo necesario para el viaje, tomó el camino con su mujer y sus hijos.

Éstos se decían:

«Vamos a comer fruta y a jugar en los prados. Tenemos allí un amigo que nos espera. A la vuelta, traeremos trigo y cebollas para el invierno».

Pero el ciudadano les dijo:

«¡No seáis aún tan imaginativos!».

Atravesaron las mesetas llenos de alegría. El sol quemaba su frente. Por la noche, se guiaban gracias a las estrellas. Al cabo de un mes, llegaron al pueblo del campesino en un estado de gran agotamiento. Se informaron para encontrar la casa de su amigo pero, una vez que hubieron llegado a ella, éste se negó a abrirles la puerta. Durante cinco días, permanecieron así ante su casa, sofocados por el calor durante el

día y transidos de frío por la noche. Pero ¡ay!, el hambre lleva al león a actuar como buitre y a comer carroña. Y cada vez que él veía al campesino salir de su casa, el ciudadano le decía:

«¿No me recuerdas?».

El campesino respondía:

«¡Seas bueno o malo, ignoro quién eres!

—¡Oh, hermano mío! decía entonces el ciudadano, ¿has olvidado? ¡Tú vienes a mi casa y comes a mi mesa desde hace años!».

El campesino respondía:

«¿Qué significan esas palabras insensatas? ¡No te conozco y ni siquiera sé cómo te llamas!».

Al cabo de unos días, empezaron las lluvias y esta espera se hizo insoportable. El ciudadano llamó a la puerta con todas sus fuerzas preguntando por el amo de la casa.

«¿Qué quieres?» le dijo este último.

El ciudadano respondió:

«Renuncio a todas mis pretensiones y abandono mis ilusiones sobre nuestra amistad. Sólo te pido una cosa. Está lloviendo. Así que, por esta noche al menos, ofrécenos un pequeño rincón de tu casa».

El campesino le dijo:

«Hay desde luego un sitio en que puedo alojaros, pero es el refugio en el que suele instalarse el guardián que nos protege de los lobos. ¡Si quieres hacer ese oficio por esta noche, puedes instalarte ahí!

—¡Desde luego! dijo el ciudadano. Dame un arco y flechas y te garantizo que no dormiré. Me basta con que mis hijos estén protegidos del barro y de la lluvia».

La familia se amontonó, pues, en el refugio. El ciudadano, con su arco y sus flechas a mano, se decía:

«¡Oh, Dios mío! ¡Merecemos este castigo! Pues nos hemos hecho amigos de un hombre indigno. ¡Más vale estar a servicio de un hombre sensato que aceptar los favores de un hombre cruel como éste!».

Los mosquitos y las pulgas laceraban su piel, pero el ciudadano no les prestaba atención, concentrado sólo en su tarea de guardián: tanto temía incurrir en los reproches del campesino.

A media noche, cuando estaba agotado, el ciudadano divisó una sombra que se movía. Se dijo:

«¡Ahí está el lobo!».

Y disparó una flecha. El animal, alcanzado, cayó a tierra ventoseando. Inmediatamente, el campesino salió de su casa gritando:

«¡Qué horror! ¡Acabas de matar a la cría de mi burra!

—¡No! dijo el ciudadano. ¡Era un lobo negro y su forma era desde luego la de un lobo!

—¡No! dijo el campesino, ¡lo he reconocido por su manera de ventosear!

—Es imposible, dijo el ciudadano, está demasiado oscuro para ver algo. Ve a cerciorarte.

—Es inútil, dijo el campesino. Para mí está claro como la luz del día. Demasiado bien he reconocido su manera de ventosear. ¡Lo reconocería así entre otros veinte!».

Ante aquellas palabras, el ciudadano se encolerizó y lo sujetó por el cuello:

«¡Oh, imbécil! ¿Qué significa esto? ¡En esta obscuridad, consigues reconocer al hijo de tu asna gracias al ruido de sus pedos, pero no me has reconocido a mí, que soy amigo tuyo desde hace más de diez años!».

LA CHARCA

Un día, un halcón dijo a un pato:

«Ven a vivir en el prado. Aquí conocerás la felicidad. Deja tu charca y ven conmigo».

El pato respondió:

«¡Vete! ¡Para los de nuestra especie, el agua es el castillo de la alegría!».

Para el pato de nuestro ego, Satanás es como el halcón. ¡Piénsatelo dos veces antes de dejar tu charca!

EL SECRETO DEL PERRO

Un día Medyun paseaba con su perro. Lo tomaba en brazos y lo acariciaba como un enamorado acaricia a su amada. Un hombre que pasaba por allí le dijo:

«¡Oh, Medyun! ¡Lo que haces es pura locura! ¿No sabes que la boca de un perro es sucia?».

Y se puso a enumerar todos los defectos de los perros. Medyun le dijo:

«¡No eres más que un idólatra de las formas! ¡Si vieses con mis ojos, sabrías que este perro es el secreto de Dios y la morada de Leila!».

POBRE CHACAL

Un día un chacal cayó en un cacharro de pintura. Cuando se vio con todo el pelaje cubierto de pintura de todos los colores, se dijo:

«¡Soy un pavo real, un elegido entre los animales!».

Y adoptando unos aires llenos de pretensiones, fue a reunirse con los demás chacales. Éstos le dijeron:

«¡Oh, pobre chacal! ¿De dónde te vienen esas pretensiones y estas maneras? ¿Estás loco o estás haciéndote el payaso?».

Los que mienten y se suben a la cátedra para hacerse admirar por el pueblo ven un día que su orgullo es objeto de vergüenza. No esperan más que los halagos del pueblo pero su interior es tan engañoso como su apariencia.

EL IDIOTA

Un idiota encontró un día una cola de carnero. Todas las mañanas la utilizaba para engrasarse el bigote. Después iba a casa de sus amigos y les decía que volvía de una recepción en la que habían festejado y habían comido platos muy suculentos. Su vientre vacío maldecía su bigote, reluciente de grasa.

¡Oh, pobre! ¡Si no fueses tan embustero, quizá te invitaría a comer un hombre generoso!

Un día, mientras el estómago de nuestro idiota se quejaba ante Dios, un gato le robó la cola de carnero. El hijo del idiota intentó capturar al animal, pero en vano. Por temor a que su padre le regañara, se puso a llorar. Después, fue corriendo al lugar en el que su padre se reunía con sus amigos. Llegó en el mismo instante en que su padre contaba a los demás su imaginaria comida de la víspera. Le dijo:

«¡papá! El gato se ha llevado la cola de carnero con la que te engrasas el bigote todas las mañanas. He intentado perseguirlo, ¡pero no he logrado atraparlo!».

Ante estas palabras, todos sus amigos se echaron a reír y lo invitaron a una comida, muy real esta vez. Y así, nuestro hombre, abandonando sus pretensiones, conoció el placer de ser sincero.

LA SERPIENTE-DRAGÓN

Un día, un cazador de serpientes salió de caza a las montañas. Pretendía capturar la mayor de las serpientes. Pues bien, una violenta tempestad de nieve se desencadenó en las alturas.

De pronto, nuestro cazador se quedó al acecho ante una enorme serpiente. Buscaba una serpiente pero acababa de encontrar un dragón. Presa de gran terror al principio, se dio cuenta enseguida de que el monstruo estaba entumecido por el frío. Decidió, pues, llevarlo al pueblo para que la población pudiese admirarlo.

Ya de vuelta en el pueblo, proclamó:

«¡Acabo de capturar un dragón! ¡Me ha dado mucho trabajo, pero, sin embargo, he conseguido matarlo!».

El cazador creía realmente muerta la serpiente, cuando sólo estaba adormecida por el frío. La multitud acudió para admirar el dragón mientras que el cazador contaba las peripecias imaginarias de esta captura. La gente, llena de curiosidad, no dejaba de agruparse y esperaba que el cazador alzase la manta bajo la cual había disimulado el animal. El cazador, por su parte, esperaba sacar un buen provecho de aquel público, pero el tiempo que pasaba y el calor acabaron por sacar a la serpiente de su sopor…

Cuando la multitud vio que aquella serpiente, supuestamente muerta, aún se movía, huyó gritando de horror. La gente se atropellaba para escapar más aprisa. En cuanto a la serpiente, se tragó de un solo bocado al cazador triturándole los huesos.

Las privaciones transforman a una serpiente en un gusano. La abundancia transforma al mosquito en halcón. ¡Anda! Mejor deja al dragón sepultado en la nieve. No lo expongas al sol. Desconfía del sol del deseo porque puede transformar al búho en halcón.

EL ELEFANTE

En un establo oscuro había sido encerrado un elefante originario de la India. La población, curiosa por conocer semejante animal, se precipitó en el establo. Como no se veía apenas a causa de la falta de luz, la gente se puso a tocar al animal. Uno de ellos tocó la trompa y dijo:

«¡Este animal se parece a un enorme tubo!».

Otro tocó las orejas:

«¡Diríase más bien un gran abanico!».

Otro, que tocaba las patas, dijo:

«¡No! ¡Lo que se llama un elefante es desde luego una especie de columna!».

Y así, cada uno de ellos se puso a describirlo a su manera.

Es lástima que no hubieran tenido una vela para ponerse de acuerdo.

LA AMADA DEL ENAMORADO

Un enamorado recitaba poemas de amor a su amada. Unos poemas llenos de lamentaciones nostálgicas. Su amada le dijo:

«Si esas palabras me están destinadas, pierdes el tiempo puesto que estamos reunidos. ¡No es digno de un amante el recitar poemas en el momento de la unión!».

El enamorado respondió:

«Sin duda estás aquí. Pero, cuando estabas ausente, sentía un placer distinto. Bebía del arroyo de nuestro amor. Mi corazón y mis ojos se complacían. ¡Ahora, estoy frente a la fuente, pero está agotada!

—Realmente, dijo la amada, no soy yo el objeto de tu amor. Tú estás enamorado de otra cosa y yo no soy sino la morada de tu amado. El verdadero amado es único y no se espera otra cosa cuando se está en su compañía».

EL TESORO

En la época del profeta David, un hombre dirigía a Dios esta especie de plegaria:

«¡Oh, Señor! Procúrame tesoros sin que tenga yo que cansarme. ¿No eres Tú quien me ha creado, tan perezoso y tan débil? Es normal que no se cargue del mismo modo un asno débil y un caballo lleno de vigor. ¡Yo soy perezoso, es verdad, pero no por eso dejo de dormir bajo tu sombra!».

Así rezaba desde la mañana hasta la noche y sus vecinos se burlaban de él. Algunos de ellos le reprendían y otros lo ridiculizaban diciendo:

«El tesoro que llamas con tus deseos no está lejos. Ve a buscarlo. ¡Está allá abajo!».

La celebridad de nuestro hombre crecía de día en día por el país. Ahora bien, un día en el que rezaba en su casa, una vaca desmandada destrozó su puerta con los cuernos y penetró sin ceremonias en su morada. El hombre se apoderó de ella, le ató las patas y, sin dudar un segundo, la degolló. Después fue corriendo a la carnicería para que el carnicero descuartizase su víctima.

En su camino se cruzó con el propietario de la vaca. Éste le apostrofó:

«¿Cómo te has atrevido a degollar mi vaca? ¡Me has causado un considerable perjuicio!».

El otro respondió:

«¡He implorado a Dios para que provea a mi subsistencia! He rezado día y noche y, finalmente, mi plegaria ha sido oída y mi subsistencia se ha presentado a mí. ¡Esta es mi respuesta!».

El propietario lo agarró del cuello y le asestó dos bofetadas. Después lo arrastró a casa del profeta David diciendo:

«¡Pedazo de idiota! ¡Voy a enseñarte el sentido de tus plegarias!».

El otro insistía diciendo:

«Sin embargo es verdad. ¡He rezado mucho y Dios me ha escuchado!».

El propietario de la vaca amotinó a la población con sus gritos:

«¡Venid todos a admirar al que pretende apropiarse de mis bienes por la oración! ¡Si las cosas pasaran así, todos los mendigos serían ricos!».

La gente que se reunía alrededor de ellos empezó a darle la razón.

«¡Es cierto lo que dices! Los bienes se compran o se regalan. También se obtienen por herencia. Pero ningún libro menciona este procedimiento de adquisición».

Hubo muchos comentarios en la ciudad acerca de este suceso.

En cuanto al pobre, se mantenía con la cara contra el suelo, y rezaba a Dios en estos términos:

«¡Oh, Dios mío! No me dejes así, en medio de la multitud, cubierto de vergüenza. ¡Tú sabes que no he dejado de dirigirte mis oraciones!».

Llegaron finalmente a casa del profeta David y el demandante tomó la palabra:

«¡Oh, profeta! ¡Hazme justicia! Mi vaca ha entrado en la casa de este imbécil y él

la ha degollado. Pregúntale por qué se ha permitido obrar así».

El profeta se volvió entonces hacia el acusado para pedirle sus explicaciones. Éste respondió:

«¡Oh, David! Desde hace siete años, rezo a Dios día y noche. Le pido que provea a mi subsistencia sin que yo tenga que preocuparme de ella. Este hecho es conocido por todos, incluso por los niños de esta ciudad. Todo el mundo ha oído mis plegarias y todos se han burlado de mí sobre este tema. Ahora bien, esta mañana, cuando rezaba, con los ojos llenos de lágrimas, va esta vaca y penetra en mi casa. No ha sido ciertamente el hambre lo que me ha impulsado, sino más bien la alegría de ver mis plegarias escuchadas. Y así, he degollado esta vaca dando gracias a Dios».

El profeta David dijo entonces:

«¡Lo que me dices es una insensatez! Porque semejantes asertos necesitan ser apoyados con pruebas aceptables ante la ley. Me es imposible darte la razón y establecer así un precedente. ¿Cómo puedes pretender apropiarte de algo sin haberlo heredado? Nadie puede cosechar si antes no ha sembrado. ¡Anda! Reembolsa a este hombre. Si no tienes el dinero necesario, ¡pide prestado!».

El acusado se rebeló:

«¡Así que también tú te pones a hablar como este verdugo!».

Se prosternó y dijo:

«¡Oh, Dios mío! Tú que conoces todos los secretos. Inspira el corazón de David. ¡Pues los favores que me has concedido no existen en su corazón!».

Estas palabras y estas lágrimas conmovieron el corazón de David. Se dirigió al demandante:

«Dame un día de plazo para que yo pueda retirarme a meditar. Para que El que conoce todos los secretos me inspire en mis plegarias».

Así David se retiró a un lugar apartado y sus oraciones fueron aceptadas. Dios le reveló la verdad y le señaló al verdadero culpable.

Al día siguiente, el demandante y el acusado se presentaron de nuevo ante el profeta David. Como el demandante no hacía sino quejarse más, David le dijo:

«¡Cállate! Permanece mudo y considera que este hombre tenía derecho a apoderarse de tu vaca. Dios ha protegido tu secreto. A cambio, acepta tú sacrificar tu vaca».

El demandante se ofuscó:

«¿Qué clase de justicia es ésta? ¿Empiezas a aplicar una nueva ley? ¿No eres célebre por la excelencia de tu justicia?».

La morada de David quedó transformada así en un lugar de revuelta. El profeta dijo al demandante:

«¡Oh, hombre testarudo! ¡Cállate y da todo lo que posees a este hombre! Yo te lo digo, no seas ingrato o caerás en una situación aún peor. Y tus fechorías saldrán a la luz pública».

El demandante se encolerizó y desgarró sus vestiduras:

«¿No eres más bien tú el que me tortura?».

David intentó, en vano, razonar con él. Después le dijo:

«Tus hijos y tu mujer se convertirán en esclavos de este hombre».

Aquello no hizo sino aumentar el furor del propietario. No era, por otra parte, el único en estar indignado pues la concurrencia, ignorante de los secretos del desconocido, tomaba partido por el demandante.

El pueblo remata al ajusticiado y adora a su verdugo.

La gente dijo a David:

«Tú, que eres el elegido del Misericordioso, ¿cómo puedes obrar así? ¿Por qué ese juicio sobre un inocente?».

David respondió:

«¡Oh, amigos míos! Ha llegado el momento de desvelar unos secretos ocultos hasta hoy. Pero, para eso, es preciso que me acompañéis al exterior de la ciudad. Allí, en el prado, encontraremos un gran árbol cuyas raíces conservan olor de sangre. Pues este hombre que se queja es un asesino. Mató a su amo cuando sólo era un esclavo y se apropió de todos sus bienes. Y el hombre al que acusa no es otro que el hijo de su amo. Este último no era más que un niño en la época de los hechos que cuento y la sabiduría de Dios había ocultado este secreto hasta hoy. Pero este hombre es ingrato. No ha dado gracias a Dios. No ha protegido a los hijos del muerto. ¡Y he aquí que este maldito, por una vaca, hiere de nuevo al hijo de su amo! Ha desgarrado con sus propias manos el velo que ocultaba sus pecados. Las fechorías están escondidas en el secreto del alma, pero es el malhechor mismo quien las revela al pueblo».

David, acompañado del gentío, salió de la ciudad. Llegados al lugar que había indicado, dijo al demandante:

«En adelante, tu mujer que era la criada de tu amo, todos tus hijos nacidos de ella y de ti, son la herencia de este hombre. Todo cuanto has ganado le pertenece porque tú eres su esclavo. Tú has querido que la ley se aplicara pues bien, ¡he aquí la ley! Tú mataste a su padre de una cuchillada y si se cava aquí se encontrará un cuchillo con tu nombre grabado en él».

La gente se puso a excavar y se encontró, efectivamente, el cuchillo, así como un esqueleto. La multitud dijo entonces al pobre:

«¡Oh, tú, que reclamabas justicia con tus deseos, ya ha llegado tu hora!».

El que demanda por una vaca es tu ego. Pretende ser el amo. El que ha degollado la vaca es tu razón. Si deseas también tú ganar sin esfuerzo tu subsistencia, necesitas degollar esta vaca.

EL MAESTRO DE ESCUELA

La ciencia posee dos alas, pero la intuición sólo tiene una. Cada vez que el ave de la duda intenta salir volando desde el nido de la esperanza, cae a tierra porque no tiene más que un ala: la de la intuición.

Había una vez un maestro de escuela que era muy exigente con sus alumnos. Éstos se pusieron pronto a buscar una solución para librarse de él. Se decían:

«¿Cómo es que nunca se pone enfermo? Eso nos daría ocasión de tener un poco de descanso. Nos liberaríamos así de esta prisión que es la escuela para nosotros».

Uno de los alumnos propuso su idea:

«Es necesario que uno de nosotros diga al maestro: “¡Oh, maestro! ¡Creo que su cara está muy pálida! ¡Sin duda tiene fiebre!”. Seguro que estas palabras tendrán su efecto sobre él, aunque, de momento, no quedará convencido. Pero, cuando entre en la clase, diréis todos juntos: “¡Oh, maestro! ¿Qué pasa? ¿Qué le sucede?”. Cuando un tercero, luego un cuarto, después un quinto le hayan repetido lo mismo con cara entristecida, no hay duda de que quedará convencido».

A la mañana siguiente, todos los alumnos se pusieron a esperar a su maestro para que cayese en la trampa. El que había propuesto la idea fue el primero en saludarlo y en anunciarle la mala noticia. El maestro le dijo:

«¡No digas insensateces! No estoy enfermo. ¡Vuelve a tu sitio!».

Pero el polvo de la duda se había infiltrado en su corazón. Cuando todos los niños, unos tras otros, se pusieron a repetirle lo mismo, empezó a creer que estaba realmente enfermo.

Cuando un hombre camina sobre un muro elevado, pierde el equilibrio apenas la duda se apodera de él.

El maestro decidió entonces meterse en la cama. Sintió un gran rencor hacia su mujer, porque se decía:

«¿Cómo es que ni siquiera ha notado el color de mi cara? Parece que ya no se interesa por mí. Acaso espera casarse con otro…».

Lleno de cólera, abrió la puerta de su casa. Su mujer, sorprendida, le dijo:

«¿Qué pasa? ¿Por qué vuelves tan pronto?».

El maestro de escuela replicó:

«¿Te has vuelto ciega? ¿No ves la palidez de mi cara? ¡Todo el mundo se inquieta, pero a ti, eso te deja indiferente! Compartes mi techo, pero apenas te preocupas por mí».

La mujer le dijo:

«¡Oh dueño mío! Son imaginaciones. ¡Tú no estás enfermo!

—¡Oh, mujer vulgar! se enfureció el maestro, si estás ciega, seguro que no es culpa mía. Estoy desde luego enfermo y el dolor me tortura.

—Si quieres, le dijo su mujer, te traeré un espejo. Verás así qué cara tienes y si merezco ser tratada así.

—¡Vete al diablo con tu espejo! Ve mejor a preparar mi cama, pues creo que me sentiré mejor si me acuesto».

La mujer fue entonces a preparar su cama, pero se dijo:

«Aparenta estar enfermo para alejarme de la casa. Todo eso no es más que un pretexto».

Una vez en cama, el maestro se puso a lamentarse. Entonces el alumno que había tenido esta astuta idea dijo a los demás:

«Su casa no está lejos. Recitemos nuestras lecciones con la voz lo más alta posible y ese ruido no hará sino aumentar sus tormentos».

Al cabo de un rato, el maestro ya no pudo contenerse y fue a decir a sus alumnos:

«Me dais dolor de cabeza. Os autorizo a volver a vuestras casas».

Así, los niños le desearon un rápido restablecimiento y tomaron el camino de regreso a sus casas, como pájaros en busca de semillas. Cuando las madres vieron que los niños jugaban en la calle a la hora de la escuela, les reprendieron severamente. Pero los niños respondieron:

«No es culpa nuestra. Es la voluntad de Dios que nuestro maestro haya caído enfermo».

Las madres dijeron entonces:

«Veremos mañana si decís la verdad. Pero ¡pobres de vosotros si es una mentira!».

Al día siguiente, las madres de los escolares fueron a visitar al maestro y comprobaron que estaba gravemente enfermo. Le dijeron:

«¡No sabíamos que estuviese usted enfermo!».

El maestro replicó:

«Yo tampoco lo sabía. ¡Fueron vuestros hijos los que me informaron de ello!».

LA BALANZA Y LA ESCOBA

Un día, un hombre fue a la joyería y dijo al joyero:

«Quisiera pesar este oro. Préstame tu balanza».

El joyero respondió:

«¡Lo siento de veras, pero no tengo pala!

—¡No, no! dijo el hombre, ¡yo te pido tu balanza!».

El joyero:

«¡No hay escoba en este almacén!

—¿Estás sordo? dijo el hombre. ¡Te pido una balanza!».

El joyero respondió:

«He oído muy bien. No estoy sordo. No creo que mis palabras estén desprovistas de sentido. Veo bien que careces de experiencia y que, al pesar tu oro, vas a dejar caer algunas partículas al suelo. Entonces me dirás: “¿Puedes prestarme una escoba para que pueda recuperar mi oro?” ¡y cuando lo hayas barrido, me preguntarás si tengo una pala! Yo veo el fin desde el principio. ¡Recurre a algún otro!».

EL DERVICHE DE LA MONTAÑA

Un derviche vivía en la montaña con su soledad por toda compañía. El lugar de su retiro estaba lleno de árboles frutales pero el derviche había prometido:

«¡Oh, Señor! ¡No tocaré los frutos de estos árboles antes de que el viento los haga caer!».

Pero, como había olvidado decir: «¡Insh Allah!» fue duro para él respetar su promesa. El fuego del hambre devoraba su vientre pero el viento no hacía caer fruta alguna. Las ramas se curvaban bajo su peso pero el derviche tenía paciencia, preocupado por mantener su palabra.

En un momento dado, el viento empujó hacia él una rama cargada de los frutos más maduros. Así fue como el destino le hizo romper su juramento. Fue el instante en que Dios le dio un tirón de orejas.

Había, no lejos de allí, un grupo de ladrones que estaban repartiéndose su botín. Pero unos soldados, avisados por unos espías, les habían tendido una emboscada y fueron todos capturados, ¡y nuestro derviche con ellos! Cortaron la mano derecha y el pie izquierdo de cada uno de ellos. Cuando llegó el turno al derviche, empezaron por cortarle la mano. Pero, en el momento en que iban a cortarle el pie, un jinete exclamó:

«¿Qué estáis haciendo? ¡Éste es un sheij! ¡Un íntimo de Dios! ¿Quién le ha cortado la mano?».

El verdugo, entristecido, se puso a desgarrarse las vestiduras mientras que el bey venía a presentar sus excusas.

«Dios es testigo de que yo ignoraba esto. ¡Perdóname!».

El derviche respondió:

«Conozco la verdadera razón de esto. Con esta mano es con la que he roto mi juramento. ¡Que mi cuerpo y mi alma sean sacrificados a la voluntad de Dios! ¡Tú no tienes culpa alguna en esto!».

Así fue como el derviche perdió su mano, empujado por el deseo de su estómago. ¡Cuántos pájaros han dejado su vida en una trampa a causa de unas semillas! Este derviche fue apodado «el derviche de la mano cortada».

Muchos años más tarde un hombre vino a hacerle una visita inesperada y se dio cuenta con estupor de que estaba tejiendo un cesto de mimbre con sus dos manos. El derviche dijo a su visitante:

«¿Por qué has venido sin avisarme? ¿Cómo has cometido este error?».

Su visitante respondió:

«Mi amor por ti me ha hecho olvidar el respeto que se te debía».

El derviche le dijo sonriendo:

«¡Guarda hasta mi muerte el secreto de lo que has visto!».

Pero otras personas lo vieron por una ventana tejiendo sus cestos y su secreto quedó así descubierto. Al ver esto, el derviche exclamó:

«¡Oh, Dios mío! ¡Tú eres la sabiduría! Yo intento ocultar los beneficios de que me has colmado. ¡Pero tú los descubres a la luz del día!».

Por la voz de la inspiración, Dios le respondió:

«Había hombres que te tomaban por un mentiroso y creían que habías sido castigado por esta razón. Pero yo no he querido que tales blasfemias se repitiesen y por eso se han hecho manifiestos los favores que te he concedido».

LA MULA Y EL CAMELLO

Una mula dijo un día a un camello:

«¡Oh, amigo mío! Tú andas sin tropezar nunca. Tanto a la subida como a la bajada e incluso en lo llano, nunca te veo dar un mal paso. Entonces, ¿cómo es que yo tropiezo cada dos pasos y caigo a tierra? ¿No puedes enseñarme a caminar como tú?».

El camello respondió:

«Mi vista es mejor que la tuya y, además, mira mi estatura; incluso en un lugar escarpado, puedo distinguir en mi camino el obstáculo más lejano. Reconozco así cada lugar en donde pongo mis pezuñas y por eso no tropiezo. Pero tú, por el contrario, miras sólo muy cerca delante de ti».

¿Puede compararse a un ciego con el que tiene buena vista?

SHEIJ

Había una vez un sheij que era el hombre más ilustrado de la tierra. El pueblo lo consideraba como un profeta. Una mañana, su mujer le dijo:

«¡Tu corazón es tan duro como la roca! ¿Forma parte eso de las reglas de la sabiduría? Todos nuestros hijos han muerto y yo, a fuerza de llorar, me he encorvado como un arco. A ti, nadie te ha visto llorar nunca. ¿No hay lugar en tu corazón para la piedad? Nosotros estamos ligados a ti y te servimos día y noche, pero ¿qué podemos esperar de alguien que no conoce la piedad? ¿A qué llaman sheij? A un anciano de pelo y barba blancos. Sabe que el verdadero sheij no tiene ni siquiera asomo de existencia. El que no tiene pretensión alguna de existencia, sea su pelo negro o blanco, ¡ése es un sheij! ¡No olvides que Jesús habló en su cuna!».

El sheij respondió:

«Te engañas si crees que no existe piedad ni ternura en mi corazón. Siento piedad por los infieles que se exponen al infierno con sus horribles blasfemias. Cuando un perro me muerde, pido a Dios que le conceda un carácter más apacible, pues si mordiese a algún otro, correría el riesgo de ser lapidado».

La mujer replicó:

«Si realmente sientes esa ternura por el universo entero, ¿por qué no hay rastro de lágrimas en tus ojos cuando el destino nos ha quitado a nuestros hijos?».

El sheij respondió:

«Muertos o vivos, nunca desaparecerán de mi corazón. ¿Por qué habría de llorar si los veo sin cesar, ahí, ante nosotros? No se llora a alguien sino cuando uno está separado de él». Otro día, un hombre llamado Behlul preguntó a ese mismo sheij:

«Dime cómo estás. ¿En qué estado te encuentras?».

Él respondió:

«Todos los viajeros soportan Su voluntad y los ríos fluyen en el sentido que Él les ordena. La vida y la muerte van adonde Él quiere. Algunos reciben mensajes de pésame y otros felicitaciones. ¡Nadie puede sonreír si Él no ha dado la orden!».

Behlul dijo entonces:

«Es verdad lo que dices y tienes cien mil veces razón. Pero explícame eso algo más claramente para que tanto el ignorante como el sabio puedan aprovechar tu sabiduría. ¡Prepáranos un festín de platos variados para que todos puedan comer lo que les conviene!».

El sheij:

«Todos saben que nada ni nadie puede hacer cosa alguna sin la voluntad de Dios. Ni siquiera la hoja del árbol. Y Sus órdenes son muy numerosas y nadie puede contarlas pues ¿quién podría contar las hojas de un árbol? Lo infinito no puede ser delimitado por las palabras. Los decretos de Dios encuentran aceptación entre Sus criaturas. Cuando la criatura se somete a la voluntad de Dios, la vida y la muerte le parecen iguales. Su vida no está volcada hacia el lucro, sino hacia Dios. Su muerte no

es causada por las enfermedades o las pruebas, sino por Dios. Su fe no se dirige a las huríes y al paraíso, sino a Dios. Renuncia a la blasfemia, no por temor al infierno, sino por temor de Dios. Eso está en su naturaleza. No es algo que haya adquirido por su esfuerzo o por la práctica del ascetismo. Ríe sólo cuando comprueba que Dios la ha aceptado. Para ella, el destino es una golosina. Si un servidor de Dios es de tal naturaleza, ¿por qué habría de decir: “¡Oh, Dios mío! ¡Cambia mi destino!?”».

Porque sabía que la muerte de sus hijos había sido querida por Dios es por lo que esta muerte le era tan dulce como los kadaifs (pastelería oriental).

CIEGO

Un día, un hombre fue a visitar a un sheij que era pobre y ciego. Quedó muy asombrado al encontrar en su casa un ejemplar del Corán. Se preguntó:

«Este hombre es ciego y no puede leer. ¿Qué puede hacer con el Corán? Si le hago esta pregunta será una falta de respeto».

Ahora bien, sucedió que el sheij le ofreció hospitalidad para unos días. Una noche, nuestro hombre fue despertado por una voz que recitaba el Corán. Al levantarse, descubrió al ciego, con los ojos en el libro, recitando el Corán. Le dijo:

«¿Cómo consigues leer? Veo tu mirada que se desplaza en cada línea que pasa. ¿Las ves realmente?».

El ciego respondió:

«¡Oh, tú, que ignoras todo del cuerpo! ¿Por qué te extraña que Dios pueda permitir una cosa así? Yo he pedido ayuda a Dios para poder leer el Corán, pues tengo mala memoria. Por eso es por lo que, cada vez que abro el Corán, ¡veo en él!».

BUSCADOR DE VERDAD

Dakuki era un hombre de amor y prodigioso, muy atento a protegerse de lo ilícito. Nunca permanecía más de dos días en un mismo lugar, pues se decía:

«Si me quedo más tiempo en una casa, corro el peligro de ver mi corazón atraído por algo o por alguien».

Caminaba de día y rezaba de noche. Su naturaleza era la de un ángel. Como él era puro, estaba en continua búsqueda de hombres puros y dirigía a Dios esta plegaria:

«¡Oh, Señor! ¡Permíteme encontrar a tus fieles servidores!».

Y Dios le respondía:

«¡Oh, hombre puro! ¡Qué sed y qué amor hay en ti! Pero si ese amor me ha sido consagrado, ¿por qué estás siempre buscando hombres?».

Dakuki:

«¡Oh, Dios mío! ¡Estoy en mitad del océano y busco una cántara de agua! Los deseos que tengo acerca de tu amor son para mí motivo de orgullo, igual que mis deseos por el prójimo me son motivo de vergüenza. Desde hace años, viajo sin cesar, tanto a Oriente como a Occidente. Voy con los pies desnudos por caminos llenos de guijarros y de espinas. Pero no creas que un enamorado se desplaza sobre sus pies torturados. No, es con su corazón como viaja. Mi atracción por el hombre no hace sino aumentar. ¡Quisiera ver la ola del océano en una gota de agua!».

Un día, Dakuki se encontró dirigiendo la oración en una playa entre un grupo de fieles. Todo el mundo se puso en fila para la oración cuando, de pronto, la mirada de Dakuki se dirigió hacia el mar y oyó gritos. Vio, en alta mar, un barco, sacudido por las olas. Los pasajeros, en la oscuridad, gritaban por temor a hundirse, pues la tempestad soplaba como Azrael. Incluso los infieles y los rebeldes habían recobrado su fe en Dios y todos se prosternaban, desesperados.

Al ver esto, las lágrimas llenaron los ojos de Dakuki.

«¡Oh, Señor! le dijo, ¡perdónalos y socórrelos!».

Esta plegaria fue escuchada y el barco se salvó, pero los pasajeros creyeron que esto se debía a sus propios esfuerzos. Creían que sus oraciones habían sido aceptadas. Como el zorro que escapa de las garras del león gracias a sus patas, pero que sigue estando tan orgulloso de su cola.

En pocas palabras, el barco atracó en el momento mismo en que Dakuki y los fieles terminaban su oración. Los fieles dijeron:

«¿Quién ha podido hacer este prodigio? ¿Habrá sido el imán, que, compadecido, ha dirigido esta oración a Dios? ¡se habrá atrevido a interferirse en la voluntad divina!».

Y cuando Dakuki se volvió, vio que todo el mundo se había marchado. Habían desaparecido todos, como peces deslizándose en el agua. Dakuki se puso de nuevo a llorar.

¡Ah! ¡Ahora es cuando caes en la trampa! ¡Hombre inmaduro! Creías, como todo

el mundo, que ellos eran hombres. Tú los has mirado con los ojos de Satanás, que dice: «Yo fui creado a partir del fuego y Adán a partir del barro». ¡Oh, Dakuki, abre los ojos! Sigue buscando día y noche. Abandona las obras de este mundo. ¡Busca a los hombres invocando Su nombre!

EL HIJO DE MARÍA

Un día, Jesús, hijo de María, se dirigía corriendo hacia la montaña. Alguien se puso a seguirlo gritando:

«¡Nadie te persigue! ¿Por qué corres así?».

Jesús, sólo preocupado por su huida, no respondió siquiera a la pregunta. Pero el otro reiteró su llamada:

«¡En nombre de Dios! ¡Detente! Quisiera solamente saber lo que haces, pues, aparentemente, no hay motivo de temor».

Jesús respondió:

«¡Huyo de un tonto! No te pongas en mi camino. ¡No retrases mi huida!».

El otro exclamó:

«¿Cómo? ¡Tú que posees el hálito santo! ¡Tú, que has curado a ciegos y a sordos, Tú, que puedes resucitar a un cadáver soplando sobre él! ¡Tú, que haces un pájaro de un puñado de barro! ¿Por qué ese temor?».

Jesús respondió:

«Es Dios quien ha creado mi alma y mi carne. Cuando invoco Su nombre, el ciego y el sordo quedan curados. Cuando invoco Su nombre, la montaña se dispersa como un almiar. Si murmuro Su nombre al oído de un cadáver, resucita. Una gota se convierte en un océano por Su nombre. Le he invocado mil veces ante un tonto, pero no ha habido resultado alguno».

El hombre insistió:

«¿Cómo es que el nombre de Dios, que influye en el sordo, el ciego y la montaña, no tiene efecto sobre un tonto? Si la tontería es una enfermedad como las demás, ¿cómo es que no se le encuentra remedio?».

Jesús respondió:

«La tontería es una maldición de Dios mientras que la ceguera no lo es. Pues se adquiere. Los males que se adquieren merecen piedad, pero la tontería es nuestra enemiga».

¡Como Jesús, huye de los tontos! La conversación de los tontos hace disminuir tu fe, igual que el aire hace evaporarse el agua. Si te sientas sobre rocas húmedas, se va el calor de tu cuerpo y caes enfermo. El tonto enfría tu naturaleza. No creas que Jesús huía por temor. Estaba protegido por Dios. No, sólo lo hizo para enseñanza tuya.

EL PUEBLO DE SABA

Hablando de tontería, me viene a la memoria la historia del pueblo de Saba. Su tontería era, en efecto, contagiosa como la peste.

Saba era una gran ciudad, tan grande como las ciudades de que se habla en los cuentos para niños. Decimos cuentos para niños, pero estos cuentos son estuches de perlas que contienen muchas enseñanzas. Tomad en serio las palabras insensatas de los cuentos.

La ciudad de Saba era, pues, incomparable por su tamaño. Pero sus habitantes eran incapaces de apreciarlo. La distancia a recorrer para ir de un extremo de la ciudad al otro era inconmensurable. Sólo en esta ciudad se encontraba la población de una decena de ciudades. Esta población se componía en todo y por todo de tres personas de cara sucia. Aunque fuese innumerable, se resumía en estos tres banales personajes. En efecto, las almas que no ven al Amado no valen si siquiera media persona, aunque fuesen incluso millares.

Uno de ellos era un ciego cuya vista era penetrante. Es decir, que podía ver una hormiga, pero que era incapaz de divisar a Salomón.

El segundo era un sordo cuyo oído era muy fino. Es como decir un tesoro sin oro.

En cuanto al último, era un hombre desnudo cuya túnica era muy larga.

El ciego dijo de pronto:

«Veo un ejército que se acerca. Puedo distinguir incluso de qué pueblo se trata».

El sordo dijo a su vez:

«¡Tienes razón! Oigo el rumor de sus conversaciones».

El hombre desnudo dijo entonces:

«¡Temo que desgarren la orla de mi túnica!».

El ciego añadió:

«¡Ya llegan! Tenemos que huir si queremos evitar ser capturados».

El sordo:

«Su estruendo se acerca. ¡Huyamos lo más aprisa posible!».

El hombre desnudo:

«¡Socorro! ¡Van a destrozar mi túnica!».

Así es como dejaron la ciudad para refugiarse en un pueblo abandonado. Allí encontraron un ave muy grande, pero que no tenía carne. Era una carroña que había sido devorada por los buitres y sus huesos estaban esparcidos. Nuestros tres hombres devoraron esta ave como un león devora su presa. Y cada uno de ellos creyó haber encontrado satisfacción. Pero se pusieron a engordar hasta tal punto que se hicieron enormes como elefantes y el mundo fue demasiado pequeño para ellos. Y así fue como pasaron por la rendija de la puerta.

El sordo es el deseo. Oye venir la muerte de los demás, pero no la suya. El ciego es la ambición. Ve los defectos del pueblo hasta en el menor detalle, pero es ciego para los suyos. El hombre desnudo teme que le corten la orla de su túnica, pero

¿cómo sería eso posible? El pueblo de esta tierra está arruinado, pero teme a los ladrones. Todos hemos llegado desnudos a este mundo y así es como lo dejaremos. Pero todos tememos a los ladrones. En el momento de la muerte, los ricos comprenden que no poseen un céntimo. Los hombres de talento sienten que han errado el camino. Son como esos niños que toman unos trozos de cerámica por bienes preciosos. Si se les quitan, lloran. Y si se les devuelven, se alegran. El niño, hasta que es adulto, no distingue el bien del mal. Sus lágrimas y su risa no tienen valor alguno. Los aristócratas tiemblan por sus bienes como si los hubieran adquirido en sueños. Si se les despertase, se burlarían de su temor a los ladrones. Los sabios de este mundo son semejantes. Temen a los ladrones y se quejan diciendo:

«¡Los ladrones derrochan nuestro tiempo!».

Pero el que cultiva lo verdaderamente útil no se preocupa del tiempo, pues el tiempo no existe para él.

EL ARROYO DE LA LUNA

Un rebaño de elefantes se había instalado a la orilla de un arroyo y los demás animales se lamentaban de que esta presencia los privaba del libre acceso al curso de agua. Todos se pusieron a buscar una estratagema para hacer que se largaran, pues estaba claro que ninguna fuerza bastaba para obligarlos a irse.

El primer día de la luna, un viejo conejo subió a un montículo y gritó a los elefantes:

«¡Oh, sultán de los elefantes! ¡Soy un mensajero, el mensajero de la luna! Si quieres tener la prueba de mis palabras, escucha esto: dentro de quince días, la luna se mostrará en el agua. Y he aquí el mensaje que la luna os envía: “Este arroyo nos pertenece y está prohibido a todos acercarse a él bajo pena de volverse ciegos”. Creedme, si os quedáis cerca de este arroyo, seréis cegados por medio de unos destellos. ¡Y si os atrevéis a calmar en él vuestra sed, la luna se estremecerá en el agua para mostrar su cólera!».

Al octavo día de la luna, el sultán de los elefantes fue a beber al arroyo, pero cuando mojó su trompa en él, vio la luna estremecerse en su superficie. Entonces empezó a creer lo que le había dicho el viejo conejo, pero los demás elefantes lo tranquilizaron diciéndole:

«¡No somos tan tontos como para huir porque la luna se haya movido!».

EL TAMBOR DEL LADRÓN

Un ladrón estaba abriendo en plena noche un agujero en una pared. El amo de la casa, que estaba enfermo, no dormía y oyó el ruido. Subió a la terraza y dijo al ladrón:

«¿Pero qué haces ahí? ¿Quién eres?».

El ladrón respondió:

«¡Soy un tamborilero y toco mi instrumento!».

El hombre replicó:

«Pero entonces, ¿cómo es que no oigo el sonido del tambor?

—¡Ya lo oirás mañana por la mañana!» respondió el ladrón.

SEMILLAS

Cuando el pájaro se posa en un muro y ve las semillas que sirven de cebo a la trampa, su deseo lo impulsa hacia esas semillas. Las mira, luego mira las vastas planicies. El ave que se resiste a esa tentación vuela hacia las planicies, llena de gozo.

PERRERA

Cuando llega el invierno, el perro siente frío. Se dice entonces:

«Necesito absolutamente una perrera. ¡Cuando vuelva el verano, me haré una de piedra, para pasar en ella el invierno!».

Pero, cuando llega el verano, nuestro perro recobra vigor y se pone de nuevo grueso. Orgulloso de su nueva fuerza, dice:

«¡Ninguna vivienda es suficientemente grande para mí!».

Y, ahíto, va a tumbarse perezosamente a la sombra. Por mucho que su corazón le diga: «¡Anda! ¡Construye tu perrera!», él se dice a sí mismo: «¿Qué perrera sería digna de acogerme?».

Cada vez que caes enfermo, tus deseos y tus ambiciones pierden su fuerza y construyes una casa de arrepentimiento.

LA MESA VACÍA

Un día, un sufí vio una mesa vacía y, en un éxtasis, se puso a danzar y a desgarrar sus vestidos gritando:

«¡Aquí está! ¡El alimento de todos los alimentos! ¡Helo aquí! ¡El remedio de cualquier hambre!».

Llegaron entonces otros sufíes y se unieron a él, llenos de entusiasmo y de emoción. Pasó un tonto que les dijo:

«¿Pero qué idiotez es ésta? ¡Hay ciertamente una mesa, pero ni siquiera hay pan encima!».

El sufí le respondió:

«¡Oh aparición insensata! ¡Vete! ¡Si no conoces nada del amor, no importunes a los que aman! ¡Pues el alimento del enamorado es el amor del pan sin pan! El fiel no tiene existencia. Consigue ganancias sin tener capital. No es posible que coma un niño que mama».

BAÑO

Un día, un emir sintió el deseo de ir al baño. Llamó a su esclavo, que se llamaba Sungur, y le dijo:

«¡Prepara mi sábana, mi barreño y mi jabón! ¡Vamos al baño!».

Sungur ejecutó sus órdenes y ambos tomaron el camino del baño. Ahora bien, en este camino, había una pequeña mezquita. Cuando pasaba ante ella, Sungur oyó la llamada a la oración. Dijo a su amo:

«¡Oh, amo! ¿Podríais esperar unos instantes ante esos almacenes mientras hago mi oración?».

El emir aceptó y se puso a esperar…

Esperó mucho tiempo. Vio salir a los fieles y al imán, pero Sungur seguía en el interior. Perdiendo la paciencia, el emir se puso a gritar:

«¡Oh, Sungur! ¿Por qué no sales?».

Desde el interior de la mezquita, Sungur le respondió:

«Estoy retenido aquí. No pierdas la paciencia. Ya voy. ¡Sobre todo no creas que olvido que me esperas!».

El emir reiteró siete veces su llamada y, cada vez, Sungur respondía:

«¡No tengo permiso para ir junto a ti!».

Al fin, el emir le dijo:

«Pero no hay nadie en la mezquita. Tengo curiosidad por saber lo que te impide salir».

Sungur respondió:

«El que te encadena en el exterior me ha encadenado en el interior. El que no te permite entrar me impide salir».

El océano no deja escapar a los peces y, del mismo modo, la tierra no deja a su fauna precipitarse al mar.

PRODIGIO

Un día, el hijo de Malik estuvo invitado en casa de Enes. Después de la comida, Enes, al ver que su servilleta estaba muy manchada, ordenó a su servidor que la echase al fuego. Éste obedeció sin vacilar. Los invitados estaban estupefactos, pero su asombro subió de grado cuando vieron que la servilleta salía del fuego completamente limpia. Dijeron:

«¿Cómo es eso posible? ¿Cómo ha podido limpiarse esta servilleta sin consumirse?».

Enes respondió:

«¡El profeta Mustafá se secó la boca y las manos con esta servilleta!».

Los invitados dijeron entonces al servidor:

«Tú, que sabías eso, ¿cómo has podido echarla al fuego?».

El servidor respondió:

«Los hombres de Dios merecen nuestra confianza. ¡Incluso si me hubiese ordenado echarme yo mismo al fuego, lo habría hecho!».

¡Oh, hermano mío! ¡Si la fidelidad de un hombre es menor que la de una mujer, entonces su corazón no merece ser llamado corazón, sino tripas!

LA LUZ INTERIOR

Un esclavo se presentó ante su amo. Éste le dijo:

«¿Quién eres? ¿Vienes de Turquía o del Yemen? Dime la verdad: ¿Qué le ha sucedido a mi esclavo? ¿No lo habrás matado?

—Si lo hubiera matado, respondió el esclavo, ¿estaría yo aquí en este momento?».

El amo insistió:

«¿Dónde está mi esclavo?».

El esclavo respondió:

«Pero ¡si estoy aquí! ¡Me ves transfigurado por el favor divino!».

El amo replicó:

«¿Qué me cuentas? ¿Dónde está mi esclavo? ¡No te dejaré descansar hasta que me hayas dicho la verdad!».

El esclavo dijo entonces:

«Si lo deseas, te contaré toda mi historia desde el día en que me compraste. Te probaré así que sigo siendo el mismo, aunque mi apariencia haya cambiado. ¡Mi exterior ha cambiado de color, pero mi interior nada tiene que ver con los colores!».

¡Los que reconocen el alma son indiferentes ante los colores y ante los números, pues sus dos ojos han sido iluminados por una sola luz!

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES

Un día un hombre se presentó ante Moisés y le dijo:

«¡Oh, Moisés! enséñame el lenguaje de los animales. Pues mi fe, con este conocimiento, no puede sino aumentar. En efecto, hay ciertamente lecciones que aprender en las conversaciones de los animales. Los hombres, por su parte, no hablan más que de agua y de pan».

Moisés le respondió:

«¡Vete! No te ocupes de eso. Hay mucho peligro en esa empresa. Si deseas adquirir la sabiduría, pídela a Dios, ¡pero no a palabras, a libros o a labios!».

El deseo del joven no hizo sino aumentar con esta negativa, pues una aspiración que encuentra un obstáculo se convierte en deseo. El joven, pues, insistió:

«No te opongas a mi aspiración, eso sería indigno de ti. Tú eres el profeta y sabes que una negativa por tu parte me hundiría en la mayor de las tristezas».

Moisés se dirigió entonces a Dios:

«¡Oh, Dios mío! ¡Este ingenuo ha caído en manos de Satanás! ¡Si le enseño lo que desea, corre a su perdición y si me niego, quedará lleno de rencor!».

Dios respondió entonces a Moisés:

«¡Oh, Moisés! ¡Haz lo que te pide, pues yo no podría dejar una plegaria sin respuesta!

—¡Oh, Señor! ¡Se arrepentirá amargamente, que no todos pueden soportar tal saber!

—¡Acepta su petición! dijo Dios, o, al menos, responde parcialmente a ella».

Moisés se dirigió entonces al joven:

«Te arriesgas a perder tu honor con tal deseo. Harías mejor renunciando, pues Satanás es el que, con su astucia, te inspira esa tentación. ¡Llénate más bien del temor de Dios!».

El joven le suplicó:

«¡Enséñame al menos el lenguaje de mi perro y de mi gallo!».

Moisés le respondió:

«Eso es posible. Podrás entender el lenguaje de esas dos especies».

Volvió, entonces, el joven a su casa y esperó el amanecer en el umbral de su casa para verificar su nuevo saber. Muy temprano, su criada se puso a limpiar la mesa e hizo caer al suelo algunos trozos de pan. El gallo, que pasaba por allí, se los comió. En aquel instante, acudió el perro y le dijo:

«Lo que haces es injusto. Tú te alimentas de semillas, pero para mí, eso es imposible. ¡Habrías tenido que dejarme esos trozos de pan!

—¡No te preocupes! respondió el gallo, pues Dios ha previsto otros favores para ti. Mañana, el caballo de nuestro amo va a morir y tú y tus compadres podréis saciaros. ¡Será un alborozo sin límites para vosotros!».

Al oír estas palabras, el joven quedó muy sorprendido y llevó su caballo al

mercado para venderlo.

Al día siguiente el gallo se apoderó de nuevo de los restos de la comida de su amo antes que el perro. Éste se puso a renegar:

«¡Oh, traidor! ¡Oh, mentiroso! ¿Dónde está ese caballo cuya muerte me anunciabas?».

El gallo replicó sin alterarse:

«Pero el caballo ha muerto realmente. Nuestro amo, al venderlo, ha evitado desde luego perderlo, pero era retroceder para saltar mejor, pues mañana, es su mula la que va a morir y tendréis más que suficiente para saciaros».

El joven, presa del demonio de la avaricia, fue a vender su mula al mercado, creyendo evitar así esta pérdida. Pero al tercer día, el perro dijo al gallo:

«¡Oh, tramposo! ¡Eres, con toda seguridad, el sultán de los embusteros!».

El gallo respondió:

«El amo ha vendido su mula, pero no te inquietes pues, mañana, es su esclavo el que va a morir. Y, como de costumbre, distribuirá pan a los pobres y a los perros».

Habiendo oído estas palabras, el joven fue a vender a su esclavo diciendo:

«¡He evitado tres catástrofes!».

Pero, al día siguiente, el perro se puso de nuevo a recriminar al gallo tratándolo de mentiroso. Éste respondió entonces:

«¡No, no! te equivocas. Ni yo ni ningún gallo mentimos nunca. Somos como los almuédanos. Siempre decimos la verdad. Nuestro trabajo consiste en acechar el sol y, aunque estemos encerrados, sentimos su llegada en nuestro corazón. ¡Si nos equivocamos, nos cortan la cabeza!».

«Ya ves, prosiguió el gallo, la persona que ha comprado al esclavo de nuestro amo ha hecho un mal negocio, pues este esclavo ha muerto ya. Pero mañana, toca el turno de morir a nuestro amo y sus herederos se alegrarán tanto que sacrificarán la vaca. Te lo digo: mañana será un día de abundancia para todos. Tú quedarás satisfecho más allá de tus deseos. Nuestro amo, dominado por la avaricia, se ha negado a perder cualquier cosa. Sus bienes han crecido, pero él va a perder la vida con ello».

Cuando hubo oído esto, el joven, temblando de miedo, se precipitó a casa de Moisés y le dijo:

«¡Moisés, ayúdame!».

Moisés respondió:

«¡Tienes que sacrificarte tú mismo si quieres salvarte, pues has trasladado tus contrariedades sobre los hombros de los fieles para llenar mejor tu bolsa!».

A estas palabras, el hombre se puso a llorar:

«¡No te muestres tan severo! No me tires de las orejas. Es verdad que he cometido un acto indigno. ¡Responde a mi indignidad con un nuevo favor!

—La flecha ha dejado el arco, dijo Moisés y no podría dar media vuelta. Pero rogaré a Dios para que te conceda la fe, pues, para quien tiene la fe, la vida es

eterna».

En aquel mismo instante, el joven sufrió una indisposición cardíaca y cuatro personas lo llevaron a su casa. Cuando llegó el alba, Moisés se puso a rezar:

«¡Oh, Señor! No le quites la vida antes de que haya adquirido la fe. Se ha conducido mal. Ha cometido muchos errores, pero perdónalo. ¿No había yo dicho que este saber no le convenía? Ningún ave puede sumergirse en el mar si no es un ave marina. Él se ha sumergido sin ser ave marina. ¡Ayúdale, que se ahoga!».

Dios respondió:

«Ya lo he perdonado y le ofrezco la fe. Si tú quieres, puedo también darle la vida, pues por ti, yo resucitaría a los muertos.

—¡Oh, Señor! dijo Moisés, aquí está el mundo de los muertos. El más allá es el mundo de la vida eterna. ¡Es, pues, inútil que lo resucites temporalmente!».

VEINTE HIJOS

Había una mujer que, cada año, daba a luz un hijo. Pero siempre moría el niño al cabo de seis meses, cuando no al cabo de tres. Como su último recién nacido acababa también de morir, dirigió a Dios esta plegaria:

«¡Oh, Dios mío! ¡Este niño es un fardo para mí durante nueve meses y lo pierdo al cabo de tres meses. Así, los favores que me ofreces se transforman en tormentos!».

La pobre mujer iba también a expresar su pena ante los hombres de Dios:

«Mis veinte hijos han muerto todos, uno tras otro, y el fuego de la separación ha quemado siempre mi corazón».

Pues bien, una noche, tuvo un sueño: vio el paraíso, jardín eterno y perfecto. Digo un jardín a falta de otra palabra. Desde luego, el paraíso es indescriptible, pero el jardín es una imagen suya.

En resumen, esta mujer soñaba con el paraíso. Y allí vio un palacio a la entrada del cual estaba grabado su nombre. Se llenó ella de gozo y oyó una voz que le decía:

«Este palacio se ofrece a quien es capaz de sacrificar su alma a Dios. Para merecer tal favor, hay que servir durante mucho tiempo. Tú empiezas a ser mayor, pero nunca te has refugiado en Dios y por eso es por lo que has sufrido todas estas pruebas».

La mujer dijo entonces:

«¡Oh, señor! ¡Deseo muchos años más como los que he vivido! ¡Que yo me ahogue en la sangre!».

Después paseó por este jardín y, de pronto, encontró allí a sus propios hijos. Entonces gritó:

«¡Oh, Señor! Mis hijos estaban ocultos a mis ojos, pero no a los tuyos. ¡El que no puede ver lo Desconocido no merece ser llamado Hombre!».

Tú no deseas que sangre tu nariz. Sin embargo, sangra y la sangre que corre mejora tu salud. El fruto tiene una piel dura, pero su carne es sabrosa. Sabe que el cuerpo es tu piel. Tu alma, que está encerrada vale mucho más. El interior del hombre es lo más hermoso que hay. Así que ¡busca esa belleza!

EL ESPÍRITU

Un día estando sola, María tuvo una aparición extraordinaria, de una radiante belleza, como el sol o como la luna que surge de la tierra. María se puso a temblar porque estaba desnuda, bañándose, como una rosa surgiendo del suelo o un sueño brotando del corazón. Perdió el conocimiento diciéndose:

«¡Me refugio en Dios!».

En efecto, esta piadosa mujer tenía la costumbre de confiar en Dios en cualquier momento, pues sabía que todo en este bajo mundo es inconstante. Y hasta su muerte, deseó que la protección de Dios se alzase, como una fortaleza en el camino de sus enemigos.

El Espíritu santo (Gabriel) le dijo:

«¡No temas nada! Yo soy el ángel y el confidente de Dios. No apartes tus ojos del que Dios ha elevado. ¿Por qué huir de sus íntimos? Tú intentas escapar de mi presencia refugiándote en la nada, pero yo soy el sultán de la nada. ¡De ella procedo y vengo a ti como una imagen!».

¡Oh, María! Cuando una imagen se instala en tu corazón, te dice, dondequiera que estés:

«¡Nunca te dejaré!».

Pero Gabriel no es una imagen como una falsa aurora. No es una imagen que se desvanece, sin consistencia.

Gabriel prosiguió:

«Yo soy el verdadero amanecer de la luz divina. La luz que yo traigo ya no se oscurece. Tú quieres protegerte de mí refugiándote en Dios, pero Dios es también mi refugio. ¡Tú buscas un refugio, pero yo soy ese refugio!».

LA CIUDAD

Un servidor del sultán de Bujara había sido desterrado por su amo a consecuencia de una denuncia calumniosa. Durante diez años, el pobre hombre había vagado de país en país, abrasado por el fuego de la nostalgia. Un día, habiendo perdido la paciencia, decidió volver a Bujara. Se puso en camino diciendo:

«¡La ciudad de Bujara es la fuente de la ciencia!».

Después:

«Necesito ir allí pues, para mí, es el único medio de reunirme con mi amada. Quiero volver a verla y decirle: “¡Ya estoy aquí! Hazme eterno pero no tengas piedad alguna por mí, pues prefiero morir a tu lado a vivir al lado de los demás. Lo he intentado cien veces, pero sin ti, nada tiene ya sabor”. ¡Oh, músicos! ¡Cantad y despertad mi corazón! ¡Oh, camello mío! ¡Mi viaje ha terminado! ¡Oh, tierra, bebe mis lágrimas! ¡Oh, amigos míos! ¡Me voy! Voy a reunirme con Aquél a quien se obedece. Mi corazón añora Bujara. ¡He aquí lo que es el amor de la patria para un enamorado!».

Sus amigos le dijeron:

«¡Oh, insensato! Reflexiona un poco sobre las consecuencias de todo esto. Sé razonable. No te destruyas como la mariposa que se acerca al fuego. Si realmente vas a Bujara, entonces eres un loco y mereces ser encarcelado. El sultán te espera allí, lleno de cólera, con la espada afilada. Dios te dio la ocasión de escapar de la situación aquella y tú buscas el camino de la cárcel. Aunque el sultán hubiera enviado decenas de soldados para que te condujesen a Bujara, deberías haber intentado esquivarlos. Pero nada semejante te amenaza. ¿Cómo es que te sientes ligado de este modo?».

Estaba bajo el dominio de un amor secreto, pero los que lo aconsejaban así no lo sabían. Y el enamorado les respondió:

«¡Callad! De nada me sirven vuestros consejos, pues el lazo que me ata es demasiado sólido. Todas vuestras palabras no hacen sino reforzarlo. Ningún sabio puede comprender este amor. Cuando la pena de amor se instala en un lugar, ningún imán nos puede ya enseñar cosa alguna. No intentéis asustarme con vuestros presagios de muerte, pues el enamorado bordea miles de muertes en cada momento. Lo sé por experiencia: mi vida está en mi muerte. ¡Oh, buenos amigos! ¡Matadme! ¡Matadme! ¡Matadme!».

Él no creía sin embargo ir a Bujara para seguir la enseñanza de un maestro. Pues la verdadera enseñanza para un enamorado es la belleza del Amado. Las lecciones, los cuadernos y los libros son Su rostro. Es un torbellino y un estremecimiento.

Así pues, el enamorado tomó el camino de Bujara y la arena del desierto se transformó en seda bajo sus pies. El gran río se mudó en arroyo y el desierto en jardín de rosas. Habría podido ser igualmente atraído por la ciudad de Samarkanda, pero lo que lo atraía era Bujara. Y cuando vio a lo lejos dibujarse los contornos de las murallas, perdió el conocimiento. Le aplicaron agua de rosas a la cara para

reanimarlo y, lleno de alegría, entró en Bujara. Todos los que encontró le dijeron:

«¡No te muestres así! ¡El sultán te busca! ¡Quiere vengarse de ti, después de diez años! ¡En el nombre de Dios, no te arriesgues! Tú eras el amado del sultán, su visir, su consejero. Fuiste reconocido culpable y desterrado. Puesto que has escapado de esto, ¿por qué vuelves?».

El enamorado respondió:

«Estoy sediento. ¡Sé que el agua puede matarme pero, aunque mis manos y mis pies se inflamen, nada saciará la sed de mi fogoso corazón! Y a quien me pida explicaciones, responderé: “¡Lo que lamento es no poder beber el océano!”. Si el sultán quiere derramar mi sangre, gozaré como la tierra goza con la lluvia».

Y el enamorado fue a prosternarse ante el sultán, con los ojos llenos de lágrimas. El populacho se reunió, curioso por saber si el sultán iba a ahorcarlo o quemarlo.

El sultán mostró entonces a aquellos tontos lo que el tiempo revelará a los desdichados. Como las mariposas, se han precipitado hacia el fuego tomándolo por luz. Pero el fuego del amor no es como la llama de una vela: es una luz entre las luces.

LA MEZQUITA OCULTA

En la ciudad de Rey había una pequeña mezquita. Nadie podía permanecer en ella durante la noche y los que lo intentaban dejaban hijos huérfanos tras ellos. Muchos solitarios tomaron así el camino del cementerio al amanecer de una noche pasada en esta mezquita. Es que los genios se habían apoderado del lugar y exterminaban a todos sus huéspedes. Tanto que se había puesto en la puerta un letrero que decía: «¡Nadie permanezca aquí durante la noche!». Algunos habrían querido incluso que se pusieran cadenas a la puerta para evitar que un inocente pereciese por inadvertencia.

Una noche llegó un extranjero. Había oído rumores referentes a esta mezquita y quería verificarlos. Era valeroso y estaba cansado de vivir. Se decía:

«Dios mismo nos dijo que los fieles deseaban la muerte. ¡Y yo soy un fiel!».

La gente le dijo:

«¿Quieres dormir aquí? ¡Es la muerte segura! Toda persona que ha intentado pasar la noche aquí ha muerto. Y no es una coincidencia, lo hemos confirmado cien veces. El profeta dijo que la fe trae consejo. Sabe bien que no tenemos ningún deseo de ocultarte la verdad. ¡Vamos, sé razonable!».

Pero el enamorado respondió:

«¡Oh, amigos que me aconsejáis! No lamento nada de lo que hago pues, de todos modos, ya estoy harto de la vida. Estoy cansado y debilitado. Pero la salud apenas me atrae. Ciertamente, soy un ocioso, pero no de esos ociosos que buscan la muerte. No soy de los que se agrupan o mendigan en los bazares. ¡No! ¡No! Soy un perezoso que ofrece cuanto posee. Para mí, morir y abandonar estos parajes será tan agradable como es dulce, para un pájaro, salir de su jaula. Cuando se lleva su jaula al jardín, el pájaro ve las rosas y los árboles. Ve también otros pájaros que vuelan alrededor de su jaula. Está rodeado de verdor, pero está prisionero. Por esta razón es por la que ha perdido el apetito y se ha vuelto perezoso. ¡El que abriera su jaula sería su salvador! Pero si la jaula está en el interior, en una habitación llena de gatos, seguro que el pájaro no deseará salir. Preferiría incluso estar prisionero en millares de jaulas».

La gente replicó:

«¡Oh tú, que pasas por aquí, ven! No pierdas la vida. Lo que dices es fácil de palabra, pero se hará más duro cuando se trate de pasar a los actos. Muchos temerarios han perdido todo su orgullo en el instante fatídico. Acabarás por lamentar todo esto. Los hombres adoptan aires de héroes, pero en el momento del combate, se convierten en mujeres de casa. El profeta dijo: “¡Oh, héroe! No hay lugar para el heroísmo antes del combate”. No aparentes ser un héroe. ¡A cuántos hemos visto que hablaban como tú! ¡Renuncia a tu idea y no atraigas sobre ti una desgracia de la que seríamos responsables!».

El enamorado dijo:

«Esta noche dormiré en esta mezquita, aunque vuestros consejos serían tan útiles como los del ángel Gabriel. Abraham no esperaba ninguna ayuda del fuego».

Permaneció, pues, en la mezquita pero no pudo dormir pues el sueño de los que aman es como el de los pájaros y el de los peces. A media noche se dejó oír una voz espantosa que decía:

«¡Ya estoy aquí! ¡Ya llego!».

Esto se repitió cinco veces y la fuerza de esta voz habría hecho temblar a cualquiera. Pero el enamorado apenas se alteró. Se decía:

«Es el ruido de los tambores que redoblan para anunciar la fiesta. Pero, puesto que es a los tambores a los que golpean, que tengan miedo ellos».

Se levantó como un guerrero y exclamó:

«¡Estoy dispuesto! ¡Puedes venir!».

En ese mismo instante, cesó la magia de esta voz y el oro se puso a caer por todas partes. Hasta tal punto que el enamorado tuvo que transportar enormes cargas de oro para conseguir, al amanecer, alcanzar la puerta de la mezquita. Enterró una parte de él y puso el resto en sacos.

Jugándose la vida, este hombre obtuvo un tesoro. Si tú eres ciego y miedoso, abandona esa altiva apariencia.

TAMBORES

Un niño estaba encargado de tocar el tambor para espantar a los cuervos que venían a picotear las semillas. Las semillas estaban protegidas de las aves por el sonido de su tambor. Pues bien, un día, el sultán Mahmud llegó con todo su ejército y millares de soldados invadieron el pueblo. El mismo sultán marchaba a la cabeza, encaramado en un camello que llevaba dos grandes tambores. Cuando vio que este camello penetraba en su campo, el niño tocó su tambor para expulsarlo. Un hombre sensato le dijo:

«¡Qué ridículo es tu tambor comparado con los enormes tambores que lleva el camello! ¡Pierdes el tiempo haciendo ruido porque ese camello ya está acostumbrado a otros sonidos!».

LA CIUDAD DEL AMOR

Una amada preguntó a su amante:

«¡Oh, amado mío! Tú has visitado muchas ciudades cuando estabas solo. ¡Dime la que prefieres entre todas!».

Y el enamorado respondió:

«La ciudad en la que vive mi amada. ¡Aunque sea pequeña, nos parece la más vasta!».

GARBANZOS

¡Mira! ¡Y observa cómo suben a la superficie los garbanzos que hierven en la olla cuando son vencidos! Se les ve agitarse sin cesar en la olla y se dicen:

«¿Por qué nos han comprado? ¿Para torturarnos haciéndonos hervir así?».

Y el cocinero, removiendo la olla con su cucharón, les responde:

«¡Mi objeto es coceros! Estáis crudos y tenéis que estar cocidos por el fuego de la separación para que toméis sabor. Sólo así podréis mezclaros con el alma. Esta cocción no tiene la finalidad de torturaros. Mientras estabais en el huerto, absorbisteis agua y os volvisteis verdes. ¡Esta bebida que habéis recibido y vuestra floración, todo eso estaba destinado al fuego!».

Los garbanzos replican:

«Si es así, ¡oh, maestro! ¡ayúdanos para que estemos bien hervidos! En este hervor en el que estamos, tú eres nuestro arquitecto. Golpea nuestras cabezas con tu cucharón si eso es bueno. Golpea nuestras cabezas para que no seamos rebeldes como un elefante que sueña con la India».

El cocinero:

«También yo era como vosotros: un trozo de tierra. Pero, combatiendo este fuego, he adquirido valor. También yo he hervido en la olla de este mundo y en la olla de mi cuerpo. Por estas dos cocciones me he acercado a la significación verdadera. Así es como he adquirido un espíritu. ¡Yo me he convertido en un espíritu, pero a ti hay que cocerte una vez más si se quiere que escapes a tu estado animal!».

¡Mejor pide a Dios que te haga comprender el sentido de sus sutilezas!

LA YEGUA Y SU POTRO

Una yegua y su potro bebían juntos en el abrevadero. De pronto, el palafrenero se puso a silbar para impedírselo. El potro, asustado por aquel ruido, dejó instantáneamente de beber. Pero su madre le dijo:

«¡Oh, potro mío! ¿Por qué dejas de beber?».

El potro respondió:

«Me ha asustado el ruido de esa gente que silba. Mi corazón tiembla de miedo ante la idea de que se pongan a gritar todos juntos».

La yegua le dijo:

«El mundo está hecho así. Todos hacen algo. ¡Oh hijo mío! ¡Haz tú lo que tienes que hacer! ¡Trenza tu barba antes de que te la corten! El tiempo es limitado y el agua corre. ¡Alimenta tu alma antes de ser separado de ella!».

Las palabras de los hombres de Dios son una fuente de vida. ¡Oh, sediento ignorante! ¡Ven! Aunque no veas el arroyo, haz al menos como los ciegos que echan su cántara al río.

EL VIENTO

Un día, llegó un mosquito ante el profeta Salomón para quejarse:

«¡Oh, Salomón el Justo! Los hombres y los genios obedecen tus órdenes. El ave y el pez confían en tu justicia. No hay nadie hasta hoy que no pueda atestiguarlo. Ayúdanos, pues eres el que vuela en socorro de los débiles. Nosotros, los mosquitos, somos el símbolo mismo de la debilidad». El profeta Salomón le dijo:

«¡Oh, tú que deseas justicia! Dime de quién tienes queja. ¿Quién te tortura? Es extraño que tal verdugo haya podido escapar a mi justicia. Pues, a mi nacimiento, murió la injusticia igual que la oscuridad desaparece al nacer el día».

El mosquito:

«¡Me quejo del viento! Sus manos de verdugo son las que sacuden mi cuerpo en todos los sentidos».

Salomón le dijo:

«Dios me ha dado la orden siguiente: No escuches a un demandante si su enemigo no está presente. Aunque ese demandante exponga todos sus agravios, en ausencia de su adversario sus quejas no son aceptables. Tráeme a tu adversario si quieres pedir justicia».

El mosquito:

«Dices verdad. El viento es mi adversario y tú eres el único que puede infundirle respeto».

Salomón dijo entonces:

«¡Oh, viento! ¡Ven aquí! Porque el mosquito se queja de ti y de las torturas a que lo sometes».

Al instante, el viento obedeció la orden de Salomón y vino a presentarse ante el profeta. El mosquito huyó al momento. Y Salomón lo llamó:

«¿Por qué huyes así? Ven si quieres que resolvamos tu problema».

El mosquito respondió:

«¡Oh, sultán mío, ayúdame! El representa la muerte para mí. Cuando viene, no puedo quedarme. ¡No me queda más que una solución: la huida!».

Cuando la luz de Dios se manifiesta, no queda otra cosa más que esa luz. Mira las sombras que buscan la luz. Cuando ésta llega, ellas desaparecen.

LLAMAR

Un hombre se había enamorado locamente de una mujer, pero su unión era imposible. Se lamentaba noche y día, sin comer ni dormir. El amor lo había transformado en un vagabundo. Y sus tormentos eran interminables.

¿Por qué se presenta el amor al principio como un verdadero asesino? Es para que se pueda distinguir a los que no son realmente enamorados.

Cada vez que nuestro hombre intentaba enviar un mensaje a su amada, el portador del mensaje, dominado por los celos, omitía entregarlo a su destinataria. Había intentado también atar una carta al cuello de una paloma, pero el calor de sus palabras había quemado las alas del ave.

Esta situación duró siete años. Soñaba sin cesar con el instante de su unión. El profeta dijo: «¡Si llamas, se te abrirá!». Y nuestro enamorado llamaba a la puerta con todo su corazón.

Una noche, cuando había entrado en el jardín y se ocultaba para no ser descubierto por el guarda, encontró a su amada. Se puso entonces a rogar a Dios que colmase de favores a ese guarda que le había ayudado a encontrar a su amada.

Cuando las piernas se han roto, Dios nos ofrece alas. Puede, incluso, abrir una puerta en el fondo de un pozo. Si miras con Dios una cosa desagradable, esa cosa se convertirá en un favor para ti.

SACRIFICIO

(Comentario del versículo: «Sacrifica cuatro aves…»).

¡Oh, tú! Eres el Abraham de nuestro tiempo. También tú tienes que degollar cuatro aves que, como salteadores, obstaculizan tu camino. Ellas saltan los ojos de los hombres sensatos. Hay en el cuerpo humano cuatro atributos correspondientes a estas aves. Si se sacrifican, se libera el camino del alma.

¡Oh Abraham! Degüéllalas, si quieres que se liberen tus pies. ¡Si deseas resucitar al pueblo y hacerlo eterno, tendrás que degollarlas vivas! Estas aves son el pavo real, el pato, el cuervo y el gallo. Simbolizan cuatro tipos de caracteres.

El gallo representa el deseo carnal, el pavo real la vanidad, el cuervo el deseo de longevidad y el pato la avidez.

VIENTRE

«¡El infiel come con sus siete vientres, pero el creyente se contenta con uno solo!». (Hadiz - palabras del profeta).

Un grupo de infieles llegó un día a la mezquita. Dijeron al profeta:

«¡Oh, tú, que eres generoso con todos! Venimos a pedirte hospitalidad. Nuestro viaje ha sido largo. ¡Ofrécenos la luz de tu sabiduría!».

El profeta se dirigió entonces a la concurrencia:

«¡Oh, amigos míos! ¡Repartid a estos invitados entre todos vosotros, pues mis atributos deben también ser los vuestros!».

Cada uno de los miembros que rodeaban al profeta se encargó, pues, de un invitado. Sólo quedó uno, un hombre de gran corpulencia. Nadie lo había invitado y permanecía en la mezquita como queda el poso en un vaso de vino. Fue, pues, el profeta quien se ocupó de él y lo llevó a su morada. Pues bien, el profeta poseía siete cabras que le proporcionaban leche. Tenían la costumbre de acercarse a la casa a la hora de las comidas para ser ordeñadas. El infiel, sin vergüenza, absorbió la leche de las siete cabras, así como todo lo que pudo encontrar como pan y otros alimentos. La familia del profeta se entristeció mucho al ver así devorada la parte de todos. Este hombre extraño, con vientre de timbal, había devorado la comida de dieciocho personas. Cuando llegó la hora de acostarse, el hombre se retiró a su habitación. Una sirvienta, encolerizada con él, lo encerró en ella.

A media noche, el infiel sintió un violento dolor de vientre. Se precipitó hacia la puerta, pero ¡ay! la encontró cerrada, con un cerrojo por fuera. Intentó como un loco abrirla, pero en vano. La presión que habitaba en su vientre le hacía el espacio de la habitación cada vez más estrecho. Como último recurso, volvió a acostarse. En sus sueños, se vio a sí mismo en medio de las ruinas. En efecto, su corazón caía también en ruinas. Esta sensación fue tan fuerte que rompió sus abluciones y ensució su cama.

Al despertar, casi se volvió loco de pesar al ver el desastre. «La tierra entera, se decía, no bastaría para cubrir tal vergüenza. Este sueño ha sido peor que una noche en vela. ¡Lo que como por un lado, lo echo por otro para ensuciar! ¿En qué situación me he puesto?».

Como un hombre en el umbral de la tumba, esperó, lamentándose, el amanecer y la apertura de la puerta. Era como una flecha en un arco tenso, listo para huir corriendo de modo que nadie viese su estado. Por la mañana, el profeta vino a abrirle la puerta y después se ocultó tras una cortina por delicadeza. Aunque estaba al corriente del contratiempo de su huésped, no quería mostrarlo, pues eran la sabiduría y la voluntad de Dios las que habían puesto al hombre en aquella situación. Estaba en su destino conocer semejante contratiempo. La animosidad puede engendrar la amistad y los edificios acaban por caer en ruinas.

Un importuno trajo el lecho sucio al profeta y le dijo:

«¡Mira lo que ha hecho tu invitado!».

El profeta respondió sonriendo:

«¡Tráeme una cántara de agua para que yo limpie esto enseguida!

—¡Oh, don de Dios! exclamaron entonces sus allegados, ¡que seamos sacrificados por ti…! A nosotros es a los que corresponde ocuparnos de esto. ¡No te preocupes! Este trabajo está hecho para la mano y no para el corazón. Ponemos nuestra felicidad en ser tus servidores. Si haces tú mismo el servicio, ¿cuál será nuestra utilidad?

—Comprendo, dijo el profeta, ¡pero hay en todo esto una sabiduría oculta!».

Cada uno esperó, pues, la revelación de este secreto. El profeta limpió el lecho de su huésped con un gran cuidado.

Pues bien, el infiel poseía una estatuilla heredada de sus antepasados. En su camino, advirtió de repente que la había perdido. Lleno de angustia, se dijo: «Seguramente la he olvidado en mi habitación».

Le repugnaba volver al lugar de su vergüenza, pero la avidez fue más fuerte y volvió sobre sus pasos. Llegado a la morada del profeta, vio que éste estaba lavando con sus propias manos el lecho sucio. Inmediatamente, olvidó su estatuilla y se lamentó amargamente. Se golpeó el rostro con las dos manos y la cabeza contra la pared, hasta el punto de que su cara se cubrió de sangre. El profeta quiso calmarlo, pero, alertada por sus gritos, acudió la multitud. El hombre se prosternó ante el profeta diciendo:

«¡Oh, quintaesencia del universo! ¡Tú obedeces las órdenes de Dios! ¡Yo, que no soy más que una ínfima parcela, expreso mi vergüenza ante ti!».

A la vista de esta efusión, el profeta lo tomó en sus brazos y lo calmó. Abrió los ojos de su alma.

Si no lloviera, no resplandecería la hierba. Si el niño no llorase, no le darían leche. Se necesita el ojo que llora. No comas excesivamente pues el pan, por su esencia, no hace sino aumentar la sed.

Emocionado por la ternura del profeta, el hombre se despertó como si saliese de un largo sueño. El profeta le roció el rostro con agua y dijo:

«Ven a mí para encontrar la verdad, porque tienes mucho trecho que recorrer en este camino».

EL ALIVIO

Un día, habiendo entrado en éxtasis, un sufí desgarró su túnica. Llamó a este vestido FERRACE (alivio). Esta denominación hizo fortuna y todos quisieron llevar tal vestido, pero sólo el precursor conoció el alivio. La multitud, por su parte, sólo tuvo el poso del vino. Una cosa puede ser pura en su interior, pero el nombre de la cosa es como el poso del vino para los seguidores. Si realmente deseas conocer la verdad, desgarra también tu túnica y conocerás el alivio.

Sufí es el que busca la pureza. ¡No creáis que es cuestión de atavío o asunto de sastre!

EL PAVO REAL

Ha llegado el momento de describir al pavo real que se pavonea. Su único cuidado es el de captar la atención del prójimo sin conocer siquiera la razón de esta manera de obrar. Es como una trampa que ignora todo de la caza, pues no es más que un instrumento y no conoce la finalidad. ¡Qué cosa tan curiosa es una trampa! Funciona, pero no saca de ello provecho alguno.

¡Oh, hermano mío! Has reunido alrededor de ti a todos tus amigos. Has pasado buenos ratos con ellos; ¡después los has matado! Desde que estás en el mundo, no haces más que eso. Intentas atrapar a la gente con la trampa de la amistad. Pero nada obtendrás de los que te rodean. Gran parte de tu vida ha pasado ya. ¡La noche está cayendo y tú piensas aún en poner tus trampas! Capturas un animal, liberas otro. Ese es el juego de un niño ignorante. Cuando llegue la noche, todas tus trampas estarán vacías. Todo esto no es más que un grillete, una traba que estorba tu marcha. ¡Caes en tu propia trampa y te privas de tus posibilidades! ¿Se ha sabido nunca de un cazador víctima de sus propias trampas?

La única caza interesante es el amor. Pero ¿cuál es la trampa que sirve para su captura? Más vale caer en las trampas del amor. Deja tus trampas y ve hacia las suyas.

En ese mismo instante, el amor me desliza al oído esta verdad: «¡Más vale ser la caza que el cazador!».

INDESCRIPTIBLE

Un derviche preguntó un día a otro derviche si había visto a Dios. Éste respondió:

«¿Cómo describirte lo indescriptible? Déjame contarte una historieta a modo de respuesta. A la izquierda se encuentra un incendio y a la derecha un río de vino. Entre la multitud de los hombres, los hay que tienden hacia el incendio y otros que se embriagan en el río. Pero el bien y el mal están invertidos. Los que tienden la mano hacia el incendio van a parar al río, mientras que los que se embriagan en el río son arrojados al fuego. Un hombre de cada mil conoce este secreto y por eso eligen el fuego tan pocos de ellos. ¡Los que se arrojan al fuego sin echar siquiera una mirada al río de vino son favorecidos por la fortuna! La multitud, ebria del placer presente, paga las costas de este juego. Y el fuego les dice: "¡Oh, ignorantes! ¡No os engañéis sobre mí! ¡En verdad, soy una fuente, una fuente escondida! ¡Oh, Abraham! ¡No hay aquí ni humo ni llamas si no son las de Nemrod! Si posees la sabiduría de Abraham, el fuego será como el agua para ti. Sé como la mariposa atraída por el fuego". Su alma dice: "¡Aunque poseyese un millar de alas, las quemaría todas!"».

¡El ignorante siente piedad de mí por mi estupidez y yo tengo lástima de él porque estoy en el secreto!

ALIMENTO

Un árabe estaba un día al borde de un camino ante su perro que agonizaba. Se lamentaba:

«¿He merecido yo semejante desgracia?».

Un mendigo que pasaba por allí le dijo:

«¿Por qué te lamentas?

—Poseía un perro de buen carácter y míralo muriéndose en medio del camino. Me guardaba por la noche, cazaba para mí. ¡Me protegía de los ladrones y me abastecía de caza!

—¿Y cuál es su enfermedad?

—¡Se muere de hambre!

—Ten paciencia pues Dios es generoso con los que esperan. Pero, dime, ¿qué es ese saco que llevas ahí?

—Es mi alimento. Es el que me procura mi fuerza y mi vigor.

—¿Por qué no lo has dado a tu perro?

—¡Mi piedad no llega hasta eso! ¡Si quiero comer, tengo que pagar, pero las lágrimas no cuestan nada!

—¡Oh, idiota! ¿Tiene una rebanada de pan más valor que las lágrimas? Las lágrimas son sangre. Es el pesar el que las transforma en agua. ¡Más vale morir que desperdiciar sangre!».

Cuando el justo llora, el cielo llora con él.

ORGULLO

Un pavo real estaba arrancándose las plumas. Acertó a pasar por allí un sabio, que le dijo:

«¡Oh, pavo real! ¿Por qué pretendes afearte? Es una lástima arrancar tan hermosas plumas. ¿Cómo tienes valor para estropear ese maravilloso atavío? Tus plumas son universalmente apreciadas. Los nobles se hacen abanicos con ellas. Los sabios se hacen marcapáginas para el Corán. ¡Qué ingratitud la tuya! ¿Has pensado alguna vez en El que ha creado esas plumas o es que lo haces adrede? Nunca podrás reponerlas en su sitio. No te laceres el cuerpo por pesar, pues eso no es más que blasfemia».

Al oír estos consejos, el pavo real se puso a llorar y sus lágrimas emocionaron a toda la concurrencia. El sabio continuó:

«He cometido un error. No he hecho más que aumentar tu pena».

El pavo real siguió regando el suelo con sus lágrimas y su llanto era como centenares de respuestas. Dejando al fin de llorar, dijo al sabio:

«Tú ves los colores y percibes los olores. Por esta razón es por lo que no comprendes la multitud de tormentos que me cuestan estas plumas. ¡Oh, cuántos cazadores han lanzado flechas contra mí para poder apoderarse de ellas! Ya no tengo fuerza para resistir esta caza perpetua. Sólo me queda el recurso de separarme de mis atractivos y refugiarme en el desierto o en la montaña. ¡Cuando pienso que hubo un tiempo en el que estas plumas eran mi orgullo!».

Cada instante de orgullo es una maldición para los vanidosos.

DOS ÁNGELES

Dos ángeles puros, llamados Harût y Marût, habían sido condenados a permanecer prisioneros en el fondo de un pozo, en pleno centro del universo. Eran conocidos por su ciencia de la magia y esta reputación atraía a mucha gente. Ellos negaban que quisieran enseñar la magia. A los que insistían, les decían: «Nosotros sólo enseñamos la magia para probar a los hombres».

Los deseos son como perros dormidos. El bien o el mal que reside en ellos permanece oculto. Aunque en apariencia estén tan inmóviles como troncos de leña, las trompetas del deseo resuenan tan pronto como se despierta su interés. Cientos de perros se despiertan así. Resurgen muchos deseos enterrados. Cada pelo de esos perros se convierte en un diente. Sucede como la brasa que se frota con leña seca. No siempre se les ve, porque no tienen piezas que cazar.

El enfermo ha perdido su apetito. Sólo tiene un deseo: recobrar la salud. ¡Pero si le muestran una rebanada de pan o un fruto seco, se olvida inmediatamente de que necesita seguir un régimen! Si tiene paciencia, la vista de este alimento le es útil, pues lo hace fuerte. ¡Pero si no tiene paciencia, entonces, más vale que no lo vea!

LA GACELA

Un cazador capturó un día una gacela y la encerró en el cercado en el que guardaba sus asnos y sus vacas. La pobre gacela, perdida, corría de aquí para allá. Llegada la noche, el cazador trajo heno para los asnos. Éstos tenían un hambre tan grande que este vil alimento les era dulce como el azúcar. La gacela, aturdida por el polvo, vagaba en todos sentidos. Estar unido uno a su contrario es una tortura peor que la muerte.

También tú sufres esta tortura sin darte cuenta siquiera. El pájaro de tu alma está encerrado en la misma jaula que su contrario. El espíritu es como un halcón, pero tu naturaleza es la del cuervo.

Durante mucho tiempo, esta gacela con perfume de almizcle languideció en el cercado de los asnos. Se encontraba allí como un pez varado en la orilla. El almizcle y los excrementos se encontraban reunidos en un mismo lugar. Los asnos empezaron entonces a burlarse de ella. Uno decía:

«¡Oh, oh! ¡Tiene el carácter de un sultán!».

Otro:

«¡Seguro que posee perlas!».

Cuando quedaron saciados, la invitaron, sin embargo, a satisfacer su hambre, pero la gacela les dijo:

«¡Estoy muy cansada y apenas tengo apetito!

—¿Ah, sí? dijeron los asnos. Entendemos perfectamente. Tienes tus caprichos. ¡Temes rebajarte!

—Es vuestro alimento, dijo la gacela. Os conviene, pero yo soy amiga de la hierba fresca. Acostumbro a saciar mi sed en el agua pura de los ríos. Sin duda lo que me sucede estaba escrito en mi destino. ¡Ay, mi naturaleza no ha cambiado y heme aquí en la situación de un pobre en cuya mirada ni siquiera hay avidez! ¡Mis vestidos pueden estar ajados, pero yo estoy aún fresca! ¡Cuando pienso que en otro tiempo comía a mi voluntad lilas, tulipanes y lirios…!

—¡La nostalgia te extravía! replicaron los asnos.

—¡Mi almizcle es mi testigo! respondió la gacela. Incluso el ámbar y el incienso lo respetan. Sólo los que perciben los olores los diferencian. ¡Mi almizcle no está ciertamente destinado a los amantes del fango! ¡Oh, qué inútil es ofrecer almizcle al que aprecia el olor del estiércol!».

En este bajo mundo, la salvación está en la nostalgia y la soledad.

EL FILO DE LA ESPADA

Cuando Mohammed Alp Ulug Harezmshah hubo tomado por asalto la ciudad de Sebsvar, los ciudadanos imploraron su piedad:

«¡Oh, *sha*! Somos tus servidores. Perdónanos la vida y pagaremos el tributo que exijas. ¡Perdónanos la vida aunque no sea más que por unos días!».

El sultán les respondió:

«Hay entre vosotros un hombre llamado Abu Bekr. Mientras no me lo hayáis traído, vuestra vida sólo penderá de un hilo. Si fracasáis, ¡os pasaré a todos a cuchillo!».

Un hombre trajo entonces una bolsa de oro y dijo:

«¡No nos pidas tal cosa pues, en nuestra ciudad, no existe nadie con ese nombre! ¡Es como si buscases polvo en el fondo de un río!».

Sin dirigir la menor mirada a la bolsa de oro, el sultán dijo:

«¡Oh, adoradores del fuego! No esperéis salvación si no me traéis a ese Abu Bekr. ¡No creáis que me contentaré, como un niño, con bolsas de oro y de plata!».

Los habitantes de Sebsvar se pusieron, pues, a registrar hasta los menores rincones de la ciudad, con la esperanza de encontrar a aquel hombre. Después de tres días y tres noches de búsquedas, acabaron por encontrar a un hombre llamado Abu Bekr. Era endeble y flaco y vivía, enfermo y afligido, en medio de los escombros.

«¡Ven aprisa —le dijeron los ciudadanos—, el sultán te reclama! Sólo tú puedes salvar nuestra ciudad del degüello».

—Si tuviera fuerza para caminar, replicó el hombre, habría abandonado este lugar desde hace muchísimo tiempo. ¡No me habría quedado entre mis enemigos y habría ganado lo más aprisa posible el país del amigo!

Entonces, colocaron a Abu Bekr en un féretro y lo llevaron al sultán.

Este universo es como la ciudad de Sebsvar. Muchos hombres de Dios están extraviados en él y Dios, como el sultán de Harezmshah, pide al pueblo un corazón puro. El profeta dijo: «Dios no mira vuestra apariencia. No busquéis más que la pureza del corazón». Sólo los hombres de corazón merecen Sus miradas. Tú te has creído un hombre de corazón y te has vuelto orgulloso. Así es como te has salido del camino de los hombres de corazón.

Tú dices al sultán: «¡He aquí un corazón puro! ¡Es lo mejor que puede encontrarse en la ciudad de Sebsvar!».

Te responderán: «¡Esto no es un cementerio! ¿Por qué me traes un cadáver? ¿No existe un corazón puro junto al cual se refugien los ciudadanos?».

No olvides que los corazones puros están disimulados en este universo, pues la luz es lo contrario de la oscuridad.

TRAMPAS

El gallo representa el deseo y el ídolo de la carne. Se ha embriagado con un vino envenenado.

Si Adán no hubiera tenido el cuidado de asegurar su descendencia, habría permanecido casto por vergüenza del deseo.

Satanás pidió a Dios: «¡Necesito una trampa poderosa para perseguir al pueblo!».

Dios le mostró el oro, la plata y los caballos y dijo: «¡Puedes atraer al pueblo con todo eso!

—¡Es bastante tentador! reconoció Satanás, pero yo busco algo mucho más poderoso».

Mostrándole todas sus minas, Dios dijo: «¡Oh, maldito! ¡Aquí tienes otras trampas!».

—¡Oh, protector! ¡Eso es insuficiente!, respondió Satanás.

Entonces Dios le mostró montones de vituallas, golosinas y vestiduras de seda.

«¡Oh, Señor mío, imploró Satanás, ten piedad de mí! Eso solo no me bastará para encadenar a los hombres y distinguir a los que aman de los hipócritas. ¡Necesito un cebo más sutil!».

Dios propuso además la bebida y la música. Satanás se mostró admirado, pero quedó insatisfecho. Pero, cuando Dios le mostró la trampa de la belleza femenina, se puso a danzar de alegría y exultó:

«¡Es exactamente lo que necesitaba!».

Cuando hubo visto aquellos ojos lánguidos capaces de hacer perder la razón a cualquiera, aquellas mejillas que inflamarían el corazón de los enamorados, aquellos lunares, aquellos labios de ágata, aquel reflejo de luz de vanidad tras un velo tan fino, aquellas maneras, aquellos caprichos, aquellos juegos, entonces Satanás quedó por fin satisfecho.

LA CUERDA AL CUELLO

Un hombre pretendió un día ser un profeta superior a todos los demás. Le pusieron una cuerda al cuello y lo llevaron ante el sultán. Curioso por conocer el origen de aquella aberración, la multitud se reunió como un hormiguero.

«Si la pobreza es un signo de profecía, decía la gente, entonces todos somos profetas. Todos somos semejantes y todos hemos venido igualmente del otro mundo. ¿Qué hay de extraordinario en eso?

—Hay una cosa que vosotros ignoráis, respondió el hombre. Vosotros habéis venido a la tierra por decisión del destino, pero habéis viajado en la ignorancia, como un niño que duerme, inconsciente de las etapas. Habéis atravesado muchas comarcas en la embriaguez o en el sueño. Nada habéis sabido del camino de lo alto y del camino de lo bajo. Nosotros hemos recorrido el universo con nuestros cinco sentidos y en las seis direcciones, despiertos y alegres. Hemos visto el origen y la finalidad, porque nuestros guías conocían bien el camino».

El pueblo pidió al sultán que torturase a aquel hombre para dar ejemplo, pero el sultán notó que el hombre era tan delgado que un simple papirotazo lo habría matado. Su cuerpo era casi transparente.

El sultán se dijo entonces que más valía probar con la dulzura pues un lenguaje tierno hace salir a la serpiente de su guarida.

Hicieron salir al pueblo y el sultán, lleno de paciencia y de dulzura, le preguntó de dónde venía y se informó sobre sus condiciones de vida.

«¡Oh, sultán! respondió el hombre, mi casa es el país de la salvación y mi dirección es el país de la reprobación. No tengo ni morada ni amigos. ¿Cómo podría un pez vivir en tierra?».

Para provocarlo, el sultán le preguntó:

«¿Cuál es tu plato preferido?». Después: «¿Qué has bebido para estar así ebrio por la mañana?

—¡Si tuviera pan, replicó el hombre, no pretendería ser un profeta!».

Profetizar ante tal sultán es como esperar que una montaña muestre corazón. Lo único que puede hacer una montaña es devolver las palabras que se le dirigen. Al hacer eso, se burla. De nada sirve hablar de vida a un cadáver. Pero habla de oro o de mujeres y todos te seguirán sin preocuparse siquiera de su propia existencia. Diles: «Una hermosa mujer está enamorada de ti. ¡Ve! te espera». Correrán enseguida en la dirección que les indiques.

Pero, si hablas el lenguaje de la verdad y dices: «¡En este efímero universo preparémonos para el universo de la verdad! ¿Qué importa lo efímero puesto que es posible la eternidad?». Sabe entonces que querrán matarte ¡y no creas que hacen eso para proteger su religión!

El sultán preguntó:

«¿Qué es la revelación? ¿Qué beneficio saca de sus actividades un profeta?

—Todo lo que dice un profeta termina por suceder, respondió el hombre. ¿Puede existir un reino que no desee unirse a él? ¡La revelación de un profeta, sin hablar siquiera de mí, es como la inspiración en el corazón de una abeja! La revelación que Dios hizo a la abeja ha llenado su morada de miel. ¡Por su revelación, Dios ha llenado de miel el universo! Y, como el hombre posee la luz del corazón, su revelación no podría valer menos que la de una abeja».

EL ORIGEN DEL ORIGEN

Un enamorado estaba relatando a su amada todo lo que había hecho por ella:

«He hecho muchas cosas por ti. Por culpa tuya he sido blanco de muchas flechas. Mis bienes han volado y mi dignidad al mismo tiempo. ¡Ah, cuánto he sufrido por tu amor! Ya no hay noche ni día que me traiga una sonrisa».

Así enumeraba la lista de los amargos brebajes que había tenido que absorber. No hacía esto con el fin de culpabilizar a su amada, sino, más bien, para probarle su sinceridad. Pues la sed de los enamorados no colma ningún instinto. Describía sus penas sin cansarse. ¿Cómo podría un pez cansarse del agua?

Cuando había terminado de hablar de sus desengaños, añadía:

«¡Y aún no te he dicho nada!».

Era como la candela que ignora su llama y se funde en lágrimas.

Su amada le respondió:

«Es verdad, has hecho todo eso por mí. Pero ahora préstame atención y escucha esto: ¡tú no has ido hasta el origen del origen del amor y todo lo que has hecho es aún poca cosa!

—Dime ¿cuál es, pues, ese origen?

—Es la muerte, la desaparición, la inexistencia. ¡Has hecho todo para probar tu amor, salvo morir!».

En aquel mismo instante, el enamorado rindió el alma en la alegría y esta alegría le quedó, eternamente.

LLANTOS

Un discípulo visitó un día a su maestro. Lo encontró llorando y se puso también a llorar más fuertemente aún.

Cuando dos amigos bromean, el que tiene buenos oídos ríe una sola vez, pero el sordo ríe dos veces, pues su primera risa no es sino una imitación. Ríe con todo el mundo sin entender. Después, cuando se le explica la causa de la hilaridad general, ríe por segunda vez.

Un imitador es como un sordo. Vive en el placer y en la alegría sin saber lo que son el placer y la alegría. La luz del maestro se refleja en su corazón. La alegría del discípulo emana de la de su maestro. Los que creen que este estado les es propio son como un cesto en el agua. Cuando se le saca del agua, se da cuenta de que el agua pertenece al río.

DESEO

Una esclava, dominada por el deseo, había enseñado a un asno a hacer el amor con ella y el animal había tomado gusto en ello. La esclava utilizaba una calabaza para controlar los asaltos del asno. Es decir, que en el momento de la unión, aquella perra encajaba la calabaza en el miembro del animal para no recibir sino la mitad de él, pues, sin esta precaución, se habrían desgarrado su vagina y sus intestinos.

El ama de la esclava se extrañaba de ver que su asno se desmejoraba de día en día. Ningún veterinario descubría el secreto de aquella enfermedad. Ahora bien, un día, por una grieta de la puerta, vio a su esclava bajo el asno. A la vista de esto, quedó presa de admiración y también de celos.

«¿Cómo es posible? ¡Yo merezco eso mucho más que ella! Después de todo ¿no es mío el asno?».

El asno era maestro consumado en su tarea. La mesa estaba dispuesta y las velas encendidas. El ama se hizo la inocente y llamó a la puerta.

«¿Vas a seguir mucho tiempo barriendo esta cuadra? ¡Vamos! ¡Abre!».

La esclava escondió apresuradamente sus avíos y abrió, con una escoba en la mano. El ama le mandó entonces que fuera a la ciudad a hacer un recado. ¡En realidad, la conversación fue más larga, pero preferimos abreviar estos comadreos!

Una perra había, pues, reemplazado a la otra. Ebria de deseo, cerró la puerta. ¡Por fin sola! Su alegría llegó a su colmo cuando midió con una mirada el deseo del asno.

El deseo vuelve el corazón ciego y sordo. Incluso un asno seduce a una belleza. El deseo enmascara la fealdad y de este modo es como coge en la trampa incluso a los hombres sensatos. Si el deseo ha podido transformar un asno en hombre hermoso, ¡qué habría sucedido si hubiera habido un hombre hermoso en su lugar! El exceso de comida es lo que alimenta el deseo. ¡Sé sobrio o cásate si quieres ser razonable!

En pleno éxtasis, la mujer atrajo el asno a ella. Pero su castigo no tardó en llegar. Para satisfacer su deseo, había subido a la mesita que utilizaba su esclava. Cuando el asno se acercó, ella alzó sus piernas. El miembro del asno era como un hierro caliente al rojo blanco. Bien enseñado, el animal penetró en la mujer y la desgarró de golpe. El establo quedó lleno de sangre. La mesita cayó por un lado y la mujer por el otro.

Una muerte vergonzosa engendra la vergüenza. ¿Has visto alguna vez a la víctima de un asno? Escucha: Tu ego animal es como el asno, pero aún es peor encontrarse debajo. Si tú mueres un día a causa de tu deseo, sabe que eres más bajo que esta mujer. Su deseo le hizo sobreestimar su apetito y por eso fue por lo que la muerte la atrapó por la garganta. No dejes que tus deseos te arrastren fuera del justo medio. El deseo quiere poseer todo pero te impide tener nada. ¡Guárdate del deseo, oh, ansioso e hijo de ansioso!

La esclava, por su parte, lloraba por las calles.

«¡Oh, ama mía! ¡Quisiste alejar a la verdadera maestra! No quisiste que te iniciara. Y has muerto por ignorancia. Adoptaste mis prácticas, pero no te atreviste a

informarte mejor. ¡Oh, mujer idiota! ¡No viste sino la apariencia y no pensaste en el continente! ¡Viste bien el miembro reluciente del asno, pero habrías debido ver también la calabaza! ¡El amor del asno te excitó tanto que te volviste ciega por él!».

Muchos hombres, con una caña en la mano, se creen Moisés o Jesús.

SUEÑO

Un derviche, retirado en su celda, tuvo un sueño una noche. Vio una perra que estaba preñada y oyó los ladridos de los perrillos. Aquello le pareció muy extraño.

«¿Cómo pueden ladrar esos perrillos incluso antes de haber nacido? se preguntó. ¡Nadie en este bajo mundo ha oído nunca hablar de una cosa semejante!».

Al despertarse, su estupefacción no hizo sino aumentar. Y como estaba solo en su celda y nadie podía ayudarle a aclarar este misterio, se dirigió a Dios:

«¡Oh, Señor! ¡Estoy pasmado ante este enigma!».

Del mundo de lo desconocido llegó esta respuesta:

«Ese sueño es la representación del discurso de los ignorantes. Pues ellos hablan cuando aún no han salido de los velos que los rodean. Sus ojos están cerrados y charlan inútilmente. Es tan vano como el ladrido de un perrillo en el vientre de su madre. Ladra, pero ni siquiera sabe qué es la caza ni qué es estar vigilando. Aún no ha visto ni lobo ni ladrón».

El deseo de ponerse en primer plano, ciega a los ignorantes y sus palabras son temerarias. Describen la luna sin haberla visto y venden aire a sus clientes.

Busca clientes que te busquen realmente. No te preocupes de uno cualquiera de ellos. ¡Porque es malo estar enamorado de dos amadas!

FAVOR DIVINO

Muy cerca del Temén, en la ciudad de Darván, vivía un hombre lleno de generosidad, de bondad, de madurez y de razón. Su morada era el lugar de reunión de los desheredados, de los pobres y de los melancólicos. Tenía la costumbre de distribuir la décima parte de sus cosechas.

Cuando el trigo se convertía en harina y hacían pan con ella, distribuía la décima parte de él. Cualquiera que fuese la naturaleza de su cosecha, hacía así, cuatro veces al año, esa distribución.

Un día dio estos consejos a sus hijos:

»Cuando yo haya muerto, perpetuad esta tradición para que el favor divino esté sobre vuestra cosecha. El fruto de una cosecha proviene de lo desconocido, pues es Dios quien nos lo proporciona. Si disponéis adecuadamente de sus larguezas, la puerta del provecho se abrirá para vosotros. Así hacen los campesinos que siembran sin esperar ya una parte de su cosecha. Puede suceder que lo sembrado sea más importante en cantidad que el resto. ¡Qué importa! ¡Tienen confianza! El zapatero se priva igualmente de todo para comprar pieles, pues ésa es la fuente de sus ingresos. Pero la tierra o el cuero no son, de hecho, sino velos. Y la verdadera fuente de ganancia es lo que Dios nos ofrece. Si restituís vuestras ganancias a la fuente, recuperáis vuestra apuesta centuplicada. Imaginad que hayáis colocado vuestras ganancias en el lugar en el que suponéis que se encuentra su fuente y que nada brota durante dos o tres años. No os queda ya sino implorar a Dios.

»No lo olvidéis: Él es quien nos procura alegría y embriaguez, no el vino ni el hachís. Ninguna ayuda verdadera nos vendrá de vuestros tíos, de vuestros hermanos, de vuestro padre o de vuestros hijos. Sabedlo: llegará un día en que ellos se alejarán de vosotros y vuestros amigos se volverán enemigos. Durante toda vuestra vida no habrán hecho sino obstaculizar vuestro camino, igual que ídolos.

»Si un amigo se aleja de ti con rencor, celos o cólera, no te apenes. Muy al contrario, da limosnas y da gracias a Dios pues no estabas ligado a ese amigo sino por ignorancia. Pero ahora te has liberado de sus redes. Busca, pues, un verdadero amigo. El verdadero amigo es aquél cuya amistad no se deja enfriar por nada, ni siquiera por la muerte.

»No olvidéis esto: sembrad vuestra semilla en la tierra de Dios para que vuestra cosecha esté al abrigo de los ladrones y de las calamidades. En cualquier momento el diablo nos amenaza con la pobreza. No le sirvamos de pieza de caza. Por el contrario, démosle caza nosotros, pues no es digno que el halcón del sultán sea cazado por una perdiz».

Pero este sabio sembraba la semilla de la sabiduría en un terreno árido. En las palabras del sabio se encuentran miles de exhortaciones útiles. Pero hace falta oído para oírlas. ¡Quién mejor que los profetas para aconsejar, puesto que sus palabras hacen moverse las montañas!

Las montañas han aprovechado sus consejos, pero muchos hombres les arrojaron piedras. Así es como, hipnotizados por la idea de sacrificar una décima parte de sus ganancias, muchos hombres olvidan el favor divino que obtendrían obrando así.

UN PUÑADO DE TIERRA

Dios creó al hombre de tal manera que puede distinguir el bien del mal. Un día pidió al ángel Gabriel que fuese a buscarle un puñado de tierra. Pero cuando éste tendió la mano, la tierra retrocedió y dijo lamentándose:

«¡Oh, ángel! ¡Por el amor de Dios, perdóname! ¡En nombre de la ciencia que Dios te confió, no me hagas daño!

Tú tratas con Dios a cada instante. Eres el dueño de los ángeles y el mensajero del profeta. Has tenido revelaciones. Eres un ángel superior, pues insuflas el espíritu al alma igual que Izrafel insufla el alma al cuerpo. Cuando él sopla su trompeta, el cuerpo se reanima, pero cuando eres tú quien pones en tu boca la trompeta, el corazón resucita a la luz. ¡Miguel nos proporciona el alimento del cuerpo, pero tú alimentas el corazón! ¡Como la misericordia triunfa sobre la cólera, lo mismo triunfas tú sobre Azrael!».

Así habló la tierra. Gabriel, emocionado por sus lágrimas, regresó ante Dios y le dijo:

«No me atrevo a diferir la ejecución de tus órdenes, pero sabes lo que ha pasado entre la tierra y yo. ¡Me hubiese sido fácil traerte un puñado de ella si no me hubiese intimidado invocando uno de tus nombres!».

Dios dijo entonces a Miguel:

«¡Ve a la tierra y tráeme un puñado de ella!».

Pero la tierra, fogosamente, expresó sus tormentos al ángel:

«¡En nombre de Aquel que te hizo sostén de los cielos, perdóname! Tú eres el que pesa el don de cada criatura, el que calma la sed de los sedientos. Ten piedad de mí. ¡Mira las lágrimas de sangre que vierto!».

Un ángel es una manifestación de la misericordia divina y no pone sal en la herida de un enfermo. Así, Miguel regresó ante Dios sin haber cumplido su misión. Le dijo:

«¡Oh, Señor que conoces lo oculto y lo aparente! Las lágrimas de la tierra han alzado un obstáculo en mi camino. Conozco el valor de las lágrimas y no he podido mostrarme insensible».

Entonces, Dios dijo a Izrafel:

«Ve a buscarme un puñado de tierra».

Apenas Izrafel hubo llegado a su destino cuando la tierra empezó de nuevo a lamentarse diciendo:

«¡Oh, savia de la vida! ¡Con tu aliento resucitas a los muertos! Tu aliento lleno de misericordia reanima el universo entero. Eres el sostén de la tierra y el ángel de misericordia. En nombre de Dios, no me causes ningún daño. Pues me atenaza la duda. Tú eres fiel al Misericordioso y Dios es el que no espanta a nadie, ni siquiera al pájaro. ¡Por piedad, sé tan clemente como tus dos predecesores!».

Así Izrafel se volvió hacia Dios:

«Tú has ordenado a mis oídos que vayan a buscar tierra y has ordenado lo

contrario a mi razón. ¡Que tu misericordia sea mayor que tu cólera!».

Entonces Dios dijo a Azrael:

«¡Tráeme un puñado de tierra sin más vacilaciones!».

Ahora bien, la tierra volvió a lamentarse:

«¡En nombre del Misericordioso! ¡En nombre del Todopoderoso! ¡Déjame! Pues Dios no niega a quien pide».

Azrael replicó:

«¡Yo no tengo poder para diferir una orden del Todopoderoso!

—¡Pero Dios ordena ser sabio y perdonar!

—La sabiduría, dijo Azrael, puede interpretarse de maneras diferentes, pero cuando se tiene una orden tan estricta, apenas hay lugar para interpretaciones. Tus lágrimas y tus suspiros abrasan mi corazón. No creas que soy insensible a la piedad. Puede incluso que sea más compasivo que los que me han precedido. Pero, si, ante una orden de Dios, yo abofeteo a un huérfano, y si un hombre de buena voluntad le ofrece leche, mi gesto valdrá más que el suyo. En toda prueba hay un don. El ágata siempre está oculta en el barro. ¡Puesto que es El quien te invita, ven! ¡Esta invitación sólo te traerá honor y alegría! Más vale obedecer las órdenes de Dios. Por mi parte, no tengo fuerza para resistirme a ellas».

Después, como la tierra persistía en su petición:

«Yo soy como un lápiz entre dos dedos. ¡No hago más que obedecer!».

Y, mientras que la tierra lo escuchaba, tomó de ella lo suficiente para llenar su mano. Y la tierra se sintió como el niño que llevan por fuerza a la escuela.

Dios dijo entonces a Azrael:

«¡Te nombro arrancador de espíritus!

—¡Oh, Señor mío! dijo Azrael, si ésa es mi tarea, toda criatura será mi enemiga. ¡No hagas de mí el enemigo de toda criatura!».

Dios respondió:

«No temas nada. Crearé enfermedades de la cabeza, convulsiones… y muchas otras cosas como razones aparentes de la muerte y nadie te considerará responsable.

—¡Oh, Señor mío! ¡Habrá sin duda sabios entre tus servidores que rasgarán ese velo!

—Esos saben que existe un remedio para cada pesar y que sólo el destino es irremediable. Los que miran el origen no te verán. Aunque estés oculto a los ojos del pueblo, eres un velo tú mismo para los que ven la verdad. Puesto que, para ellos, el destino tiene la dulzura del azúcar, ¿qué tendrían que temer? Si derribas los muros de una prisión, ¿por qué quieres que se aflijan los prisioneros? ¿Por qué dirían: “¡Qué lástima haber roto tan hermoso mármol!?”. Ningún preso está triste por salir de la prisión, salvo el destinado al patíbulo. El que duerme en prisión y sueña con jardines de rosas se dice: “¡Oh, Dios mío, déjame gozar de este Edén!”. Cuando duerme, no desea despertar».

El alma dormida ignora el cuerpo, esté éste en el jardín de rosas o en el fuego.

¡Qué hermoso sueño! ¡Visitar el paraíso sin morir!

LAS BABUCHAS PRECIOSAS

Eyaz, que era un hombre de corazón puro, había guardado sus babuchas y su manto en una habitación. La visitaba cada día y, como esas babuchas y ese manto constituían todo su haber, se decía:

«¡Vaya! ¡Mira estas babuchas! ¡No tienes motivos para estar orgulloso!».

Pero unos celosos lo calumniaron ante el sultán diciendo:

«Eyaz posee una habitación en la que acumula oro y plata. ¡La puerta está bien cerrada y nadie entra en ella más que él!

—Es extraño, dijo el sultán. ¿Qué puede poseer que desee ocultar a mis ojos? Tratemos de aclarar el misterio sin que se dé cuenta de nada».

Llamó a uno de sus emires y le dijo:

«A medianoche, abrirás esta celda y tomarás todo lo que te parezca interesante. Todo lo que hayas encontrado, muéstralo a tus amigos. ¿Cómo puede este avaro pensar en acumular tesoros cuando yo soy tan generoso?».

A medianoche, el emir se trasladó a la celda con tres de sus hombres. Se habían provisto de linternas y se frotaban las manos diciendo:

«La orden del sultán es generosa, pues así recuperaremos en beneficio nuestro todo lo que encontremos».

De hecho, el sultán no dudaba de su servidor, sino que deseaba sólo dar una lección a los calumniadores. Sin embargo, su corazón temblaba y se decía:

«Si realmente ha hecho tal cosa, es preciso que su vergüenza no sea pública pues, suceda lo que suceda, lo tengo en gran estima. ¡Por otra parte, está por encima de este tipo de calumnias!».

El que tiene malos pensamientos compara a sus amigos con él. Los mentirosos compararon al profeta con ellos. Y así fue como los calumniadores vinieron a tener malos pensamientos sobre Eyaz.

El emir y sus hombres acabaron por forzar la puerta y penetraron en la habitación, ardiendo en deseos. ¡Ay! ¡No vieron allí más que el par de babuchas y el manto! Se dijeron:

«Es inconcebible que esta habitación esté tan vacía. Esos objetos sólo están ahí para desviar la atención».

Fueron a buscar una pala y un pico y empezaron a excavar por todos lados. Pero todos los agujeros que excavaban les decían:

«Este lugar está vacío. ¿Por qué, pues, lo abrís?».

Finalmente, rellenaron los agujeros, llenos de decepción, pues el pájaro de su deseo no había saciado su apetito. La puerta hundida y el suelo removido quedaban como testigos de la fractura. Regresaron, cubiertos de polvo, ante el sultán. Éste, fingiendo ignorar su decepción, les dijo:

«¿Qué pasa? ¿Dónde están las bolsas de oro? Si las habéis dejado en algún sitio, ¿dónde está entonces la alegría de vuestros rostros?».

Ellos le respondieron:

«¡Oh, sultán del universo! Si haces correr nuestra sangre, lo habremos merecido. Nos entregamos a tu piedad y a tu perdón.

—No me corresponde a mí perdonaros, replicó el sultán, sino más bien a Eyaz, pues habéis atacado su dignidad. Esa herida está en su corazón. Aunque él y yo no seamos más que una persona, esta calumnia no me afecta directamente. ¡Pues si un servidor comete un acto vergonzoso, su vergüenza no recae sobre el sultán!».

El sultán pidió, pues, a Eyaz que juzgase él mismo a los culpables, diciendo:

«Aunque te probase mil veces, nunca encontraría en tu casa el menor signo de traición. ¡Serían más bien las pruebas las que se avergonzarían ante ti!

—Todo lo que me has dado te pertenece, respondió Eyaz. Mi peso es solamente este manto y este par de babuchas. Por eso es por lo que dijo el profeta: “¡El que se conoce, también conoce a su Dios!”. A ti te corresponde juzgar pues, ante el sol, desaparecen las estrellas. ¡Si hubiese sabido prescindir de este manto y de estas babuchas, estas calumnias no se habrían producido!».

EL FUEGO DE LA NOSTALGIA

Mediún, separado de su amada, había caído enfermo y el fuego de la nostalgia hacía hervir su sangre. Vino un médico para cuidarlo, pero, cuando puso el dedo en el lugar de su dolor, el enamorado lanzó un grito:

«¡Déjame! ¡Si tengo que morir, tanto peor!».

El médico replicó, asombrado:

«¡Tú que no temes al león y que estás cada noche rodeado de animales salvajes, dominándolos con sólo la fuerza de tu amor! ¿Qué significa este miedo repentino?».

Mediún respondió:

«No tengo miedo de la enfermedad, pues soy más paciente que la montaña. Mi cuerpo está contento con la enfermedad. El pesar es mi patrimonio y mi corazón está lleno de Leila. ¡Por eso temo que, al hacerme una sangría, puedas herir a mi amada!».

ACTO FALLIDO

Un hombre piadoso tenía una mujer muy celosa. Poseía una sirvienta tan hermosa como las huríes. Su mujer, para protegerlo de la tentación, se las arreglaba para no dejarlo nunca solo con ella. Ejercía un control permanente, tanto que estos dos enamorados nunca encontraban un instante propicio para su unión.

Pero, cuando la voluntad de Dios se manifiesta, las murallas de la razón se derrumban bajo los golpes de la inadvertencia. Cuando la orden de Dios aparece, ¡qué importa la razón! ¡Incluso la luna desaparece!

Un día, la mujer partió para el baño, acompañada de su sirvienta. Pero, en el camino, se acordó de pronto que había olvidado traer su barreño. Dijo a su sirvienta:

«¡Corre! ¡Ve como un pájaro a la casa y tráeme mi barreño de plata!».

La sirvienta se llenó de alegría al ver realizarse su esperanza. Se decía:

«El amo debe de estar en casa en este momento. Así que podré unirme a él».

Corrió, pues, hacia la morada de su amo, con la cabeza llena de estos agradables pensamientos. Desde hacía seis años, en efecto, llevaba en su interior este deseo. Vivía con la esperanza de pasar un rato con su amo. Así que no corrió hacia la casa. No, más bien voló hacia ella. Encontró allí a su amo solo. El deseo entre estos dos enamorados era tan intenso que no pensaron siquiera en cerrar la puerta con llave. Se sumergieron así en la embriaguez y mezclaron sus dos almas.

La mujer, que seguía esperando en el camino del baño, se dio cuenta repentinamente de la situación.

«¿Cómo he podido enviar a esta sirvienta a la casa? ¿No es esto acercar el fuego a la estopa? ¿O el carnero a la oveja?».

Corrió hacia su casa. La sirvienta corría bajo el imperio del amor, pero ella corría bajo el imperio del temor. Y es grande la diferencia entre el amor y el temor. En cada aliento el sabio se acerca al trono del *sha*, pero el hombre piadoso hace en un mes el trayecto de un día.

La mujer llegó finalmente a la casa y abrió la puerta. El chirrido de los goznes puso término a la felicidad de los enamorados. La sirvienta se levantó de un salto, mientras que el hombre, prosternado, se puso a rezar. Viendo a su sirvienta descompuesta y a su marido en oración, la mujer fue presa de sospechas. Levantó la túnica de su marido y comprobó que su miembro estaba manchado, igual que sus muslos y sus piernas. Se golpeó la cabeza con las manos.

«¡Oh, imprudente! ¡Así es como rezas! ¡Es digna del estado de oración y de evocación esta suciedad sobre tu cuerpo!».

Si preguntas a un infiel quién ha creado el universo, te responderá: «¡Dios! Él es quien lo ha creado, como atestigua toda la creación». Pero las obras de los infieles, que sólo son blasfemias y malos pensamientos, no corresponden apenas a esta afirmación, como sucede con el hombre de nuestra historia.

LA PERLA

Había un hombre llamado Nasuh, que se ocupaba en el baño del servicio de las mujeres. Su cara era muy afeminada, lo que le permitía disimular su virilidad. Era un maestro en el arte del disfraz. Desde hacía años actuaba así y nadie había descubierto su secreto. Pero, a pesar de su cara y de su voz aflautada, su deseo era ardiente. Cubría su cabeza con un velo, pero era un joven ardoroso.

Se arrepentía a menudo de esta actividad, pero su deseo volvía a imponerse. Un día fue a ver a un sabio para que éste le procurase el socorro de sus plegarias. El sabio comprendió enseguida la situación y no dejó que se le notara nada. Sus labios estaban como cosidos pero, en su corazón, los secretos ya estaban desvelados. Pues los que conocen los secretos tienen la boca sellada.

Así, con una ligera sonrisa, dijo al joven:

«¡Que Dios te haga arrepentirte de lo que tú sabes!».

Esta plegaria atravesó los siete cielos y fue aceptada, pues las plegarias de este sheij eran diferentes de las demás. Dios creó, pues, un pretexto para sacar a Nasuh de la situación en la que se encontraba. Un día, cuando Nasuh llenaba un barreño de agua, la hija del sultán extravió una perla. Era una de las joyas que adornaban sus pendientes. Todas las mujeres presentes se precipitaron por todos lados para encontrarla y cerraron las puertas. Por mucho que buscaron por todas partes, la perla siguió sin aparecer. Para no omitir nada, se decidió registrar a las personas presentes, mirar en su boca, sus orejas y en todos los orificios y aberturas. Se ordenó a todos que se desnudaran para ser registrados.

Nasuh, retirado en un rincón, con el rostro pálido, estuvo a punto de desvanecerse de miedo. Pensaba en la muerte y su cuerpo temblaba como una hoja. Se decía:

«¡Oh, Dios mío! ¡He pecado mucho! He faltado a mis buenas resoluciones. Y cuando me llegue el turno de ser registrado, ¿quién puede decir cuántas torturas sufriré? Siento ya el olor a quemado de mis pulmones. ¡Ah! ¡No deseo a nadie, ni siquiera a un infiel, que conozca un trance semejante! ¡Ojalá que mi madre no me hubiese concebido! ¡O que un león me hubiese devorado! ¡Oh, Dios mío! Me confío a tu misericordia. ¡Ten piedad de mí! Concédeme la gracia pues cada poro de mi piel siente como una mordedura de serpiente. Si cubres mi vergüenza, me arrepentiré de todos mis pecados. ¡Acepta una vez más mi arrepentimiento y si no cumplo esta promesa, haz de mí lo que quieras!».

Mientras que mascullaba así. Nasuh oyó decir a alguien:

«Hemos registrado a todo el mundo. Pero ¿dónde está Nasuh? Que venga para ser también registrada».

Al oír esto, Nasuh se derrumbó como un muro que se viene al suelo. Su razón lo abandonó y permaneció en el suelo, inanimado. En este estado, mientras estaba fuera de sí mismo, pudo alcanzar el secreto de la verdad. Mientras que nada subsistía de su existencia, se concedió un favor a su alma. Ésta escapó de la razón para unirse a la

verdad. Entonces fue cuando afluyó la oleada de la misericordia.

De repente, alguien gritó:

«¡Aquí está la perla! ¡Acabo de encontrarla! ¡Tranquilizaos y alegraos conmigo!».

Las mujeres aplaudieron diciendo:

«¡Todo solucionado!».

El alma de Nasuh volvió a la superficie y sus ojos vieron de nuevo la luz. Todos le pedían perdón por haber dudado de su honradez.

«¡Te hemos calumniado, Nasuh! Pero, como eras tú la que estaba más cerca de la hija del sultán, ¿no era normal que fueses la primera sospechosa?».

De hecho, las mujeres habrían querido empezar el registro por ella, pero, por respeto a su intimidad con la hija del sultán, habían querido dejarle así la ocasión de desembarazarse de la perla. Mientras que ellas pedían perdón, Nasuh decía:

«No os excuséis. Soy culpable y mi culpabilidad supera la vuestra. Lo que me sucede es un favor de Dios pero, en realidad, soy peor de lo que imagináis. Todo lo que hayáis podido decir sobre mí no es ni la centésima parte de mis pecados. Quien cree conocer mis faltas, no conoce sino una ínfima parte de ellas. Dios, que cubre con un velo toda vergüenza, conocía bien mis pecados. Iblis, que fue mi maestro durante algún tiempo, se había convertido en discípulo mío. Dios conocía mis faltas, pero las ha ocultado para ahorrarme la vergüenza. Con su misericordia, me ha abierto el camino del arrepentimiento. Aunque cada uno de mis pelos se convirtiese en una lengua, eso no bastaría para expresar mi gratitud».

Algún tiempo después, vino alguien de parte de la hija del sultán para invitarlo a cumplir su servicio en el baño. No quería, le dijeron, ser servida sino por ella. Nasuh respondió:

«¡Vete! Yo ya he salido de esa situación. ¡Di que Nasuh está enfermo!».

Y se decía:

«¡He muerto y resucitado! Este instante de temor que he vivido es inolvidable. ¡Después de tal advertencia, sólo un asno perseveraría en el error!».

EL ASNO Y EL ZORRO

Un campesino poseía un asno flaco y demacrado que, desde el poniente hasta la salida del sol, vagaba, lamentable, sin comer nada, por los pedregosos desiertos. Ahora bien, en estos parajes había un bosque rodeado de marismas, en el que reinaba un león, gran cazador. Este león se encontraba entonces agotado y malherido como consecuencia de un combate con un elefante. Estaba tan débil que ya no tenía fuerza para cazar. Tanto, que él y los demás animales se encontraban privados de alimento. Estos últimos tenían, en efecto, la costumbre de alimentarse con los restos de la comida del león. Un día el león ordenó al zorro:

«Ve a cazarme un asno. Busca uno en el prado y arréglatelas para traerlo aquí por astucia. Comiendo su carne recuperaré fuerzas y me pondré de nuevo a cazar. Necesitaré muy poco y os dejaré el resto. Practica tus sortilegios y tráeme un asno o un buey. Emplea cualquier medio a tu conveniencia, pero arréglatelas para que se acerque a mí.

—Soy tu servidor, dijo el zorro. Estoy en mi terreno cuando se trata de astucia. Mi camino aquí abajo consiste en guiar a los que abandonan el buen camino».

Partió, pues, hacia el prado. Pues bien, en su camino, en medio de un desierto, vino a dar con un asno que vagaba, flaco y demacrado. Se acercó y entabló conversación con este inocente.

«¿Pero qué haces tú en este pedregoso desierto?

—El que yo coma espinas o que esté en el jardín del Irem Dios lo ha querido así y yo le doy gracias por ello. Se deben agradecer los beneficios tanto como las decepciones. Pues en el destino existe lo peor de lo peor. Como es Dios quien hace el reparto, la paciencia es la llave de todo favor. Si me ofrece leche, ¿por qué habría de pedirle miel? De todos modos cada día trae su parte de tormentos.

—Pero, replicó el zorro, la voluntad de Dios es que busques la parte que te está destinada. Este es un mundo en el que reina el pretexto. Si no hay pretexto ni razón aparente, tu parte se te escapa. Por eso es por lo que es importante reclamar.

—Lo que dices, dijo el asno, prueba tu falta de confianza en Dios.

Pues El que da la vida dará también el pan. El que es paciente acaba por encontrar su parte, tarde o temprano y, con seguridad, más rápidamente que el que no sabe esperar.

—¿La confianza en Dios? respondió el zorro. Eso es algo muy escaso. Y no creas que tú o yo la tengamos. Hay que ser muy ignorante para pretender conseguir lo escaso, pues no a todos les es dado llegar a sultán.

—Tu discurso está hecho sólo de contradicciones, replicó el asno.

Aquí abajo, todas las desgracias provienen de la codicia. Hasta hoy, nadie ha oído hablar nunca de una muerte causada por la moderación y nadie ha llegado a sultán sólo por la fuerza de su ambición. Los perros no comen pan y los cerdos tampoco. La lluvia y las nubes no son fruto de una acción humana. El deseo que tienes de

conseguir tu parte no tiene igual sino en el deseo que tu parte tiene de unirse a ti. Si tú no vas hacia ella, ella vendrá a ti. En esta búsqueda, la precipitación sólo puede traer decepciones.

—¡Eso no es más que una leyenda! se burló el zorro. Hay que hacer un esfuerzo, aunque no sea más que para obtener una semilla. Puesto que Dios te ha dado manos, debes usarlas. Tienes que trabajar, aunque sólo sea para ayudar a tus amigos. Puesto que nadie puede ser a la vez sastre, aguador y carpintero, el universo encuentra equilibrio en la distribución del trabajo y de las ganancias. Es un error creerse libre porque se consume gratis.

—Yo no conozco mejor ganancia que la confianza en Dios, dijo el asno; pues cada vez que se dan las gracias a Dios, aumenta nuestra ganancia».

Conversaron así durante mucho tiempo y acabaron por agotar las preguntas y las respuestas. Finalmente, el zorro dijo al asno:

«Es una idiotez esperar en este desierto de piedras. La tierra de Dios es vasta. Ve mejor al prado. En él, todo es verde como en el paraíso. La hierba crece abundante. Todos los animales viven allí alegres y felices. La hierba es tan alta que incluso un camello podría ocultarse en ella. Unos arroyos de agua pura amenizan este Edén por aquí y por allá».

El asno ni siquiera dudó en responder:

«¡Oh, traidor! Si vienes de ese paraíso, ¿por qué estás tan flaco? ¿Y dónde está, tu alegría? La debilidad de tu cuerpo es peor que la mía. Si eres un mensajero de los arroyos de lo que me hablas, entonces ¿qué mensajero enviará la sequía? Tú cuentas muchas cosas, pero apenas presentas pruebas».

A fuerza de insistencia, el zorro consiguió arrastrar al asno hacia el bosque. Lo condujo hacia el cubil del león. Cuando estaban aún bastante lejos, el león cargó, lleno de impaciencia. Con un terrible rugido, se precipitó hacia el asno, pero sus fuerzas lo traicionaron y el asno, medio muerto de miedo, logró refugiarse en la montaña. El zorro dijo entonces al león:

«¡Oh, sultán de los animales! ¿Por qué has actuado así contra toda razón? ¿Por qué te has precipitado? Si hubieras sabido esperar, era asunto resuelto. Al verte, el asno ha huido y tu debilidad, revelada a la luz del día, te cubre de vergüenza.

—Yo creía poseer mi fuerza de otros tiempos, dijo el león. Ignoraba que estuviera debilitado hasta este punto. El hambre me ha hecho olvidar todo. Mi razón y mi paciencia se han evaporado. Utiliza, por favor, tu inteligencia una vez más y tráemelo. Si lo consigues, te estaré agradecido para siempre.

—Si Dios lo quiere, dijo el zorro, la ceguera de su corazón le hará cometer de nuevo el mismo error. Quizás olvide el miedo que acaba de experimentar. ¡No sería muy extraño por parte de un asno! Pero si lo consiguiera, no peques por exceso de precipitación para no arruinar mis esfuerzos.

—Ahora ya tengo experiencia, dijo el león. Ya sé que estoy débil e inválido. Te prometo no atacarlo hasta que esté a mi alcance».

Así que el zorro volvió a ponerse en camino rezando:

«¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdame! ¡Haz que la ignorancia oscurezca la inteligencia de este asno! Debe de estar ahora arrepintiéndose y jurando no dejarse engañar nunca más por las promesas del prójimo. Ayúdame para que pueda engañarlo una vez más. Pues soy enemigo de toda inteligencia y traidor a todo juramento».

Cuando llegó junto al asno, éste le dijo:

«¡Déjame en paz, oh cruel! ¿Qué te he hecho para que me arrastres así ante un dragón? ¿Por qué has atentado contra mi vida? ¿Qué ha causado esta animosidad? La causa de todo esto es, sin duda, tu perversa naturaleza. Eres como el escorpión que pica a los que nada le han hecho. O como el diablo que nos hace daño sin razón alguna.

—Lo que has visto, dijo el zorro, no era sino una aparición creada por los artificios de la magia. Puedes suponer que, si no existieran tales sortilegios, todos los hambrientos se habrían citado en ese lugar. Si esta ilusión no existiera, la comarca se convertiría en refugio de los elefantes y nada quedaría en pie. Yo quería avisarte para evitarte este terror, pero mi piedad por ti y el deseo que yo tenía de ayudarte, todo eso me quitó esta precaución de la cabeza. Si no, estoy seguro que te habría advertido de ello.

—¡Oh, enemigo! dijo el asno. ¡Desaparece de mi vista! ¡No quiero verte más! Ahora lo comprendo: ¡desde el principio, no buscabas más que mi vida! ¡Después de que he visto el rostro de Azrael, tienes aún el descaro de intentar engañarme! Soy la vergüenza de la especie de los asnos, te lo concedo. Soy incluso, si tú quieres, el más vil de los animales pero, sin embargo, vivo. Un niño que hubiera vivido lo que yo acabo de vivir se habría convertido en un anciano. Prometo ante Dios que nunca más creeré las mentiras de los impostores».

El zorro replicó:

«No existen heces en lo puro. Pero la duda existe en la imaginación. Tus sospechas están injustificadas. Créeme. No hay mentira alguna en mis palabras ni traición en mis intenciones. ¿Por qué afligir a tu amigo con tales sospechas? ¡Aunque las apariencias estén contra ellos, no desconfíes de tus hermanos! La sospecha aleja a los amigos, unos de otros. Te lo repito: ese león sólo era una ilusión. La duda y el miedo no son sino obstáculos en tu camino».

El asno intentó resistirse a las mentiras del zorro, pero la falta de alimento había agotado su paciencia y oscurecido su entendimiento. El cebo del pan ha costado, ciertamente, muchas vidas y atravesado muchas gargantas. Y el asno era prisionero de su hambre. Se decía:

«Si la muerte está al final del camino, eso sigue siendo, a pesar de todo, un camino. Y, al menos, me libraré de este hambre que me atenaza. ¡Si la vida consiste en este sufrimiento, acaso valga más morir!».

Había tenido desde luego un destello de inteligencia, pero, a fin de cuentas, prevaleció su asnería. El zorro lo condujo, pues, ante el león y éste lo devoró. Tras

este combate, el león tuvo sed y partió hacia el río para saciarla. Mientras estaba ausente, el zorro comió el hígado y el corazón del asno. A su vuelta, viendo que el asno no tenía hígado ni corazón, el león preguntó al zorro:

«¿Adónde han ido a parar su corazón y su hígado? No conozco criatura que esté desprovista de estos dos órganos».

El zorro replicó:

«¡Oh, león! Si hubiese tenido hígado y corazón[1], ¿habría vuelto aquí por segunda vez?».

EL ASNO LASTIMADO

Había un aguador que poseía un asno de carácter desabrido y cansado de la existencia. Los fardos habían lastimado su lomo y éste inconsolable no esperaba ya más que la muerte. La falta de alimento lo hacía sufrir cruelmente y soñaba continuamente con un pienso de paja. El acicate había dejado, además, en sus costados unas llagas dolorosas.

Ahora bien, el palafrenero jefe del palacio del sultán conocía al propietario de este asno. Un día se cruzó con él en su camino. Lo saludó y, viendo el estado de su asno, se compadeció de él.

«¿Por qué está este asno tan demacrado? preguntó.

—La causa es mi pobreza, respondió el hombre. También yo estoy necesitado y mi asno tiene que prescindir de todo alimento».

El palafrenero le dijo:

«Confíamelo unos días para que aproveche un poco las ventajas de la cuadra del sultán».

El hombre le confió, pues, su asno y éste fue instalado en las cuadras del palacio. Allí vio unos caballos árabes, fogosos y lustrosos, provistos de un buen lecho de paja y de abundante alimento. El suelo estaba limpio y aseado. Nunca llegaba a faltar nada. Y viendo que a cada momento los almohazaban, el asno elevó los ojos al cielo y dijo:

«¡Oh, Dios mío! Aunque sólo sea un asno, soy, de todos modos, una de tus criaturas. ¿Por qué, entonces, tengo que soportar esta miseria y estos tormentos? Paso las noches llamando a la muerte con mi deseo a causa de mi lomo baldado y mi vientre vacío. En comparación, la suerte de estos caballos me parece particularmente envidiable. ¿Es que, por casualidad, me están reservadas estas pruebas a mí solo?».

Ahora bien, un día estalló la guerra. Los caballos fueron ensillados y partieron al combate. Cuando volvieron a la cuadra, estaban ensangrentados, heridos por todas partes por innumerables lanzazos o flechazos. Los hicieron entrar en la cuadra y los trabaron para que el herrador, provisto de su lanceta, pudiese actuar. Y éste empezó a cortar en las heridas para retirar las puntas de las flechas. Al ver todo esto, el asno se dijo:

«¡Oh, Dios mío! A fin de cuentas, estoy satisfecho con mi estado de pobreza. Esta abundancia se vuelve pronto muy amarga. ¡Muy poco para mí! Quien busca la salvación no se aficiona a este mundo de aquí abajo. ¡Mi salvación es la pobreza!».

SUBSISTENCIA

Un hombre piadoso había oído a alguien referir estas palabras del profeta:

«La subsistencia del alma viene a vosotros de parte de Dios. Lo queráis o no, acaba por encontraros, pues está enamorada de vosotros».

Decidido a experimentar la cosa, nuestro hombre trepó a las montañas y, allí, se dijo:

«Veamos si mi subsistencia viene a buscarme aquí, a este lugar aislado».

Y, con esto, se durmió. Pues bien, una caravana que se había extraviado, vino a pasar por aquel lugar. Al ver a un hombre dormido así en pleno desierto, los viajeros se dijeron:

«¿Qué hace este hombre en plena montaña, lejos de la ciudad y fuera de cualquier camino? ¿Está muerto o vivo? ¿No tiene nada que temer de los animales salvajes?».

Se pusieron a sacudirlo, pero él, deseoso de llevar la experiencia hasta su término, nada decía. Permanecía como inerte, con los ojos cerrados. Los viajeros se dijeron:

«¡Pobre hombre! ¡Está casi muerto de hambre!».

Y trajeron pan y alimento. Preocupado por su experiencia, el hombre se mantuvo quieto y no separó los dientes. La gente, entonces, redobló su piedad por él:

«¡Dios mío! ¡Va a morir, eso es seguro! Vamos a buscar un cuchillo».

Le introdujeron un cuchillo entre los dientes y consiguieron así separar sus mandíbulas. Le hicieron tragar de este modo un tazón de sopa y unos trozos de pan.

El hombre se dijo entonces:

«¡Ya está! ¡Has comprendido el secreto!».

Y su corazón se decía:

«Es Dios quien procura la subsistencia del cuerpo y del alma. Que esto te sirva de prueba. Esta subsistencia viene al encuentro de los que pacientemente la esperan».

EL AFEMINADO

Un afeminado había llevado a su casa a un homosexual y éste, habiéndolo volteado al suelo, se puso a cumplir con su oficio. En aquel momento vio que un puñal sobresalía del cinturón de su víctima consentidora.

«¡Oh, lindo mío! dijo, ¿qué significa ese puñal?».

El otro respondió:

«Si alguien tuviese perversas intenciones hacia mí, le abriría el vientre con él».

El homosexual respondió:

«¡Gracias a Dios, yo no he caído en esa trampa!».

Cuando no tienes dignidad, ¿de qué te sirve un puñal? Posees un barco mercante, pero ¿dónde encontrarás un marino como Noé para pilotarlo? Quieres reconfortar a los atemorizados, pero tú tiemblas aún más que los demás.

¡Oh, afeminado! Estás a la cabeza del ejército, pero tu miembro desmiente el orgullo de tu barba. Mientras que el miedo habite en ti, ese bigote y esa barba no te atraerán más que rechiflas.

HISTORIA DE LOCO

Entró alguien un día en una casa, con la cara descompuesta y los ojos huraños, para pedir asilo. El dueño de la casa le dijo:

«¿Qué sucede? ¿Qué pretendes huyendo? Tu cara está pálida y todo tu cuerpo tiembla».

El hombre respondió:

«Para divertir al sultán, capturan a todos los asnos que vagan por las afueras.

—Si son asnos lo que se captura, ¿en qué te afecta eso? ¡Tú no eres un asno que yo sepa!

—¡Practican esta caza con tal celo y falta de discriminación, que no me extrañaría que me tomasen por un asno! ¡Su ardor es tal que no distinguirán!».

Si los subalternos no saben distinguir, atrapan al caballero en lugar de la montura. Afortunadamente, el sultán de nuestro país, no tiene tan inútiles preocupaciones. Y sabe distinguir lo derecho de lo torcido.

¡Sé un hombre para no caer bajo los golpes de los cazadores de asnos! ¡Tú no eres un asno! No temas nada. ¡Tú eres el Jesús de este tiempo! El cuarto cielo está lleno de tu luz. ¿Cómo podría ser tu destino ir a parar a una cuadra?

LIMPIAR EL ALMA

Había un hombre creyente que vivía en Gazna. Su nombre era Serrezi, pero lo llamaban Mohammed. No rompía su ayuno sino ya caída la noche, comiendo unos pámpanos. Este modo de vida duraba para él desde hacía siete años sin que nadie estuviese al corriente. Este hombre despierto conocía muchas cosas extrañas, pero su fin era ver el rostro de Dios. Cuando se sintió satisfecho de su alma y de su cuerpo, subió a la cima de la montaña y se dirigió a Dios:

«¡Oh, Dios mío!, muéstrame la belleza de tu rostro y me lanzaré al vacío».

Dios respondió:

«Aún no ha llegado el momento. Y si caes de la montaña, tu fuerza no te bastará para morir».

Entonces, lleno de melancolía, el hombre se arrojó al vacío. Pero cayó en un lago muy profundo y así se salvó. Siempre dominado por el deseo de morir, se puso a lamentarse. Le daba igual la vida que la muerte. Toda la creación se le aparecía como en desorden y el versículo del Corán que dice: «La vida existe incluso en la muerte» volvía constantemente a sus labios y a su corazón.

Más allá de lo aparente y de lo oculto, oyó una voz que le decía:

«¡Deja el prado y vuelve a la ciudad!

—¡Oh, Dios mío! dijo el hombre. ¡Tú que conoces todos los secretos! ¿De qué va a servirme ir a la ciudad?

—Ve allá a mendigar para mortificarte. Recoge dinero entre los ricos y distribúyelo entre los pobres.

—¡Te he oído, dijo Serrezi, y te obedeceré!».

Provisto así de esta orden divina, se volvió a la ciudad y Gazna quedó llena de su luz. El pueblo acudió a su encuentro pero él, para evitar la multitud, tomó un camino apartado. Los ricos de la ciudad, que se alegraban de su regreso, habían preparado un palacete que pensaban poner a su disposición. Pero él les dijo:

«No creáis que he vuelto para exhibirme. ¡No! He vuelto para mendigar. Mi propósito no es extenderme en vanas palabras. Visitaré las casas con un cesto en la mano, pues Dios lo ha querido así y yo soy su servidor. Mendigaré, pues, y formaré parte de los mendigos más desfavorecidos, para quedar envilecido y que todos me insulten. ¿Cómo podría yo desear honores cuando Dios quiere mi degradación?».

Y, con su cesto en la mano, dijo además:

«¡Dadme algo, por la gracia de Dios!».

Su secreto consistía en invocar la gracia de Dios, aunque su puesto estuviese muy alto en el cielo. Así lo hicieron todos los profetas. Serrezi visitó, pues, todas las moradas de la ciudad para pedir limosna cuando las puertas del cielo estaban abiertas para él. Fue en cuatro ocasiones a casa de un emir para mendigar. A la cuarta vez, el emir le dijo:

«¡Oh, ser inmundo! No me tomes por un avaro, pero escúchame bien: ¡qué

desvergüenza la tuya! ¡Nada menos que cuatro visitas a mi domicilio! ¿Existe un mendigo peor que tú? Deshonras incluso a los pobres. Y ningún infiel ha dado nunca pruebas de tanto egoísmo».

Serrezi replicó:

«¡Cállate, oh emir! No hago sino cumplir mi tarea. Ignoras todo sobre el fuego que me devora. No sobrepases los límites. Si realmente experimentara el deseo del pan, sería el primero en abrirme el vientre. Pues, durante siete años, no he comido más que pámpanos. ¡Mi cuerpo había terminado por ponerse completamente verde!».

Con estas palabras, se puso a llorar y las lágrimas inundaron su cara. Su fe conmovió el corazón del emir. Pues la fidelidad de los que aman conmovería incluso a una piedra. No es extraño, pues, que pueda conmover a un corazón sensible. Los dos hombres se pusieron a llorar juntos y el emir dijo:

«¡Oh, sheij! ¡Ven! ¡Toma mi tesoro! Sé que mereces cien veces más. Mi casa es tuya. Toma lo que quieras».

Pero Serrezi respondió:

«Eso no es lo que se me ha pedido. ¡No puedo tomar nada con mis propias manos ni penetrar en las moradas por iniciativa mía!».

Y se marchó. El ofrecimiento del emir era sincero, pero poco le importaba, pues Dios le había dicho:

«Mendigarás como un pobre».

Siguió mendigando así durante dos años; después Dios le dijo:

«¡Desde ahora darás! No pidas ya nada a nadie, pues lo que des procederá del universo oculto. Si un pobre te pide caridad, mete la mano bajo tu estera de paja y dispensa los tesoros del Misericordioso. En tu mano la tierra se convertirá en oro. Cualquier cosa que se te pida, dala, pues nuestro favor por ti es grande y es inagotable. Socorre a los cargados de deudas y fertiliza la tierra como la lluvia».

Durante un año, Serrezi así lo hizo. Distribuyó por el mundo el oro de los favores divinos. La tierra se convirtió en oro en sus manos y los más ricos eran pobres comparados con él. Antes de que un pobre le pidiese lo que necesitaba, lo adivinaba y lo socorría. Le preguntaron:

«¿De dónde te viene esa presciencia?».

Respondió:

«Mi corazón está vacío. No siente ya necesidades. No tengo otro cuidado que el amor de Dios. He barrido todas las cosas de mi corazón, sean buenas o malas. Mi corazón está lleno ya del amor de Dios».

Cuando ves un reflejo en el agua, este reflejo representa una cosa que se encuentra fuera del agua. Pero para que haya un reflejo, el agua debe ser pura. Necesitas, pues, limpiar el arroyo del cuerpo si quieres ver el reflejo de los rostros.

VIAJE

Un discípulo había acompañado a su maestro con ocasión de un viaje. Pues bien, se encontraban en un país en el que el pan era cosa rara. Y el temor por la falta de alimentos estaba omnipresente en el espíritu del discípulo ignorante. Su maestro, lleno de lucidez, pronto descubrió esta obsesión. Le dijo:

«¿Por qué apenarte? ¡Te inquietas por tu pan y pierdes tanto tu confianza como la paciencia! ¡Ah! No formas aún parte de los santos. ¡Porque ellos pueden subsistir sin nueces ni pasas! El hambre es la parte de todos los servidores de Dios. Es un favor que no recae en cualquier tonto o en cualquier mendigo. Abandona tus temores. Como no formas parte de los elegidos, no es fácil que permanezcas en esta cocina sin encontrar en ella algún alimento. Cuando se trata de llenar el vientre del común de los mortales, siempre hay abundancia. Y cuando esta gente muere, ve el pan alejarse diciendo: "¡Teníais miedo del hambre, pero mirad: os vais y yo me quedo aquí!"».

¡Oh, vosotros que os inquietáis por vuestra subsistencia, levantaos y venid a serviros! Pero más vale tener confianza y no inquietarse, pues tu parte está tan enamorada de ti como tú lo estás de ella. Sólo tiene caprichos porque conoce tu impaciencia. Si fueras paciente, vendría ella a ofrecerse a ti. No hay verdadera opulencia sin confianza.

LA VACA Y LA ISLA

En una isla exuberante de verdor vivía una vaca en soledad. Pastaba allí hasta la caída de la noche y así engordaba cada día. Por la noche, al no ver ya la hierba, se inquietaba por lo que iba a comer al día siguiente y esta inquietud la dejaba tan delgada como una pluma. Al amanecer el prado reverdecía y ella se ponía de nuevo a pacer con su apetito bovino hasta la puesta del sol. Estaba de nuevo gorda y llena de fuerza. Pero, en la noche siguiente, volvía a lamentarse y a adelgazar.

Por mucho tiempo que pasara, nunca se le ocurría que el prado no disminuía y que no tenía por qué inquietarse de aquel modo.

Tu ego es esta vaca y la isla es el universo. El temor del mañana adelgaza la vaca. No te ocupes del futuro. Más vale mirar el presente. Tú comes desde hace años y los dones de Dios, sin embargo, no han disminuido nunca.

LINTERNA EN PLENO DÍA

Un sacerdote paseaba en pleno día por el mercado llevando una linterna encendida. Así provisto, paseaba en círculos por el bazar. Un importuno le dijo:

«¿Por qué entras así en todas las tiendas? ¿Qué buscas? ¿A qué viene que, cuando es pleno día, busques algo a la luz de una linterna?».

El sacerdote respondió:

«¡Busco a un hombre vivo y que tenga el aliento de un santo!

—¡Pues bien, mira! dijo el hombre, ¡este bazar está lleno de una multitud de gente!

—¡No! dijo el sacerdote, ¡busco a un hombre que pueda controlar su deseo y su cólera! Uno que siga siendo hombre en lo más fuerte del deseo. Querría que un hombre así me pisase como polvo, para que pudiese sacrificar mi alma por él.

—Buscas una cosa muy rara. Tus actos demuestran que tienes muy poco en cuenta al destino. Tú no ves más que la apariencia, pero lo esencial es decidido por el destino. Y, cuando el destino se realiza, incluso los cielos quedan asombrados. Intentar negar eso es disminuir el universo. El destino puede transformar la piedra en agua. Tú, que has visto girar la muela del molino, ven, pues, a ver el río que la mueve. ¿Tú has visto volar el polvo? Mira más bien al viento que es la causa de ello. Tú ves la marmita de las ideas que hierve. Sé razonable y mira mejor el fuego que está debajo y que la hace hervir. No te preocupes de la paciencia y piensa en el que te ha ofrecido la paciencia. ¡Pretendes haber visto algo, pero tus actos demuestran que no has visto nada en absoluto! Admira el océano antes que la espuma, pues el que no ve más que la espuma cae en la manía del secreto, mientras que el que ve el océano cae en la admiración. Transforma su corazón en océano. Quien ve la espuma sufre de vértigo y da vueltas en redondo, pero quien ha visto el océano no conoce la duda».

CONVENCIDO

Un musulmán exhortaba a un cristiano a que se convirtiera:

«¡Oh! ¡Ven a abrazar el Islam y su fe!

—Si Dios lo quiere, dijo el cristiano, Él me hará abrazar la fe. ¡Él es quien procura el conocimiento y sólo Él puede quitarme toda duda!».

El musulmán insistía:

«Dios quiere que abraces la fe para escapar del infierno, ¡pero tu maldito egoísmo y la compañía de Satanás te dirigen hacia la blasfemia y hacia la Iglesia!

—¡La Iglesia me ha convencido! dijo el cristiano, y formo parte de ella porque es más agradable unirse a quien nos ha convencido. Dios me pide que dé pruebas de fidelidad. Así que tengo que ser constante. Si mi ego y Satanás pueden actuar a su gusto, entonces la clemencia divina no tiene sentido. Tú quieres construir una mezquita imponente y muy ornamentada. Pero el que te siga hará de ella un monasterio. ¡Has tejido con mucho amor una pieza de paño para hacerte un manto, pero ha venido alguien, te la ha robado y se ha hecho con ella un pantalón! Si se desperdicia el paño, ¿puede ser tenido él por responsable? Si estoy deshonrado así, es que Dios lo ha querido. ¿De qué sirve pretender que la voluntad divina se realiza siempre si la voluntad del ego reina como dueña? Sin la voluntad de Dios, nadie aquí abajo, tendría voluntad, ni siquiera un instante. ¡Si piensas que soy el más vil de los infieles, sabe que yo mismo estoy convencido de ello! Si el destino cumple su voluntad en contradicción con la voluntad divina, entonces más vale someterse a Satanás, pues él es el que vencerá. Pero si un día Satanás se vuelve mi enemigo, ¿quién me protegerá de él? Créeme, es desde luego la voluntad de Dios la que se realiza. Este mundo le pertenece y el otro también. Sin su orden, nadie podría mover ni un dedo. A él es a quien pertenecen los bienes, las decisiones y el orden universal. Y Satanás no es más que un maldito perro que le pertenece».

PERRO DE SATANÁS

Cuando un Turcomano posee un perro pastor, éste se instala en el umbral de su tienda. Los hijos de la familia le tiran de la cola y lo hacen rabiar, pero a él le trae sin cuidado. Pero si, por casualidad, viene a pasar un extraño, se transforma de repente en un temible león. Es como la rosa para sus amigos y como la espina para sus enemigos. El Turcomano es quien le da su comida y por esta razón el perro le es fiel y lo guarda.

También este perro de Satanás ha sido creado por Dios y hay una sabiduría oculta en esto. La comida que recibe es el sudor del pueblo que corre tras los bienes de este mundo. Satanás, igual que un perro, sacrificaría su vida en el umbral de la casa de su dueño. ¡Oh, perro de Satanás! ¡Cada vez que el pueblo da un paso, sométe lo a prueba! Pues todos, buenos o malos, se dirigen hacia ese umbral. ¿Por qué se dice: «¡Me refugio en Dios!», sino porque el perro viene a atacarnos? ¡Oh, Turcomano! ¡Llama a tu perro para despejarme el camino! ¡Sé generoso conmigo!

Si el propietario no puede hacerse obedecer por su perro, no hay esperanza alguna en recurrir a su generosidad. Si es incapaz de dominar a su perro en su propia tienda de campaña, desgraciado él y sus visitantes, porque el perro los asustará a ambos. Pero, gracias a Dios, cuando el Turcomano lanza un grito, incluso los leones sudan sangre, ¡tanto es el miedo que sienten! ¡Oh, tú que pretendes ser el león de Dios! ¿Cómo te atreves a decir que cazas cuando, desde hace años, eres impotente ante un perro? Demasiado evidente es que, en este asunto, tú eres la pieza de caza.

RÁBANOS

Un día un ladrón dijo a uno de los soldados del sultán: «¡Todo lo que he hecho ha sido querido por Dios!». «Lo mismo me pasa a mí», replicó el soldado. Si alguien roba rábanos de un puesto de venta e intenta disculparse diciendo: «¡Es Dios quien lo ha querido!», dale un puñetazo en la cabeza y vuelve a poner los rábanos en su sitio, pues también eso es la voluntad de Dios.

¡Oh, idiota! Sabes bien que ningún tendero aceptará ese pretexto. ¿Cómo, entonces, puedes contar con Él? ¡Oh, ignorante! Al persistir en este error, arruinas tu sangre y tus bienes. Si tal argumento pudiese servir, entonces cualquiera podría arrancarte el bigote con esa excusa.

También yo estoy lleno de deseos, pero el temor de Dios ata mis manos y mis brazos.

Cuando se trata de satisfacer tu ego, tienes como la voluntad de veinte personas. ¡Y, para lo demás, invocas la voluntad de Dios!

EL ÁRBOL FRUTAL

Un hombre había subido a un árbol frutal y sacudía sus ramas para hacer caer la fruta. Llegó de pronto el propietario y lo apostrofó:

«¿No te da vergüenza ante Dios?

—¿Qué hay de vergonzoso?, replicó el hombre. Si un servidor de Dios come el fruto de los favores de Dios en el huerto de Dios, ¿en qué es reprensible?».

El propietario dijo entonces a sus servidores:

«¡Traed una cuerda para que reciba la respuesta que merece!».

Lo hizo atar a un árbol y después lo azotó en los muslos y la espalda. El hombre se puso a gritar:

«¡Deberías avergonzarte ante Dios de maltratar a un inocente como yo!».

Pero el propietario respondió:

«Si un servidor de Dios golpea con el bastón de Dios a otro servidor de Dios, ¿qué mal ves en ello? El bastón le pertenece, tus muslos y tu espalda le pertenecen. En cuanto a mí, ¡yo no soy más que una herramienta en sus manos!».

Entonces dijo el ladrón:

«¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento! Dices verdad: ¡La voluntad existe en mí!».

EL POBRE

Un pobre lleno de insolencia vio pasar un día a unos esclavos ricamente vestidos con trajes de seda y cinturones dorados. Alzó los ojos al cielo y dijo:

«¡Oh Señor mío! ¡Esa gente está bien cuidada por su amo! De ese modo es como deberías obrar conmigo, que soy tu esclavo».

En efecto, este hombre llevaba el traje hecho jirones, tenía hambre y temblaba de frío. Ese estado era la razón de su insolencia. Era un íntimo de Dios y reconocía sus favores.

Si los cortesanos pueden permitirse ser insolentes con el sultán, no te creas autorizado para hacer lo mismo, pues tú no tienes la misma intimidad con el dueño. Deseas un cinturón dorado, pero Dios te ha dado algo mejor que eso: una cintura para recibir ese cinturón. Quieres una corona, pero ¿no te ha dado Dios una cabeza?

Ahora bien, un día sucedió que el propietario de los esclavos fue acusado por el sultán de una falta grave. Sus esclavos fueron encarcelados y torturados para que confesasen el lugar en que se encontraba el tesoro de su amo. Los maltrataron así durante un mes pero, por fidelidad hacia su amo, ninguno de ellos reveló el secreto. Un buen día, el pobre del que hablábamos recibió en un sueño un mensaje que le decía:

«¡Tú puedes ir a aprender junto a esos esclavos cómo se comporta un verdadero servidor!».

LEILA

Unos ignorantes dijeron un día a Mediún:

«¡Leila no es tan hermosa! En nuestra ciudad hay millares de mujeres que la superan en belleza y en refinamiento».

Mediún respondió:

«La apariencia es una cántara. La belleza es el vino. Dios me ofrece vino bajo esta apariencia. A vosotros os ofrece vinagre en la misma cántara para que abandonéis el amor de las apariencias. La mano de Dios dispensa el veneno y la miel en la misma cántara. La cántara es muy visible, pero, para los ciegos, el vino no existe».

PELOS

Había un predicador de gran elocuencia. Ni hombres ni mujeres se cansaban de escucharlo. Un día, un hombre llamado Diuhá con la cara velada, se mezcló con las mujeres. Alguien preguntó al predicador:

«¿Se anula el valor de las plegarias si se omite afeitarse el pubis?».

El predicador respondió:

«Si los pelos son demasiado largos, queda manchada la plegaria y vale más afeitarlo para que vuestras plegarias sean puras».

Una mujer preguntó entonces:

«¿Cuál es la longitud autorizada?

—Si los pelos sobrepasan la longitud de un grano de cebada, dijo el predicador, entonces hay que afeitarlos».

Entonces Diuhá se dirigió a su vecina y le dijo:

«¡Oh, hermana mía! ¿Quieres tener la amabilidad de poner la mano en mi pubis para verificar si mis pelos son demasiado largos y manchan así mis plegarias?».

Cuando la mujer hubo puesto su mano bajo su túnica, tocó su miembro y lanzó un gran grito:

«¡Mis palabras han tocado su corazón! dijo el predicador.

—¡No! exclamó Diuhá, su corazón no ha sido tocado. Sólo sus manos. ¿Qué habría sido si le hubieses tocado el corazón?».

Los niños gritan para obtener nueces y uva. Pero, para el corazón, las nueces y la uva carecen de valor. Toda persona velada es como un niño. Si la nobleza de la virilidad residiera en los testículos o la barba, entonces más valdría buscarla en los machos cabríos. Ellos conducen a los carneros, pero es para llevarlos al matadero. Tienen mucho cuidado con su barba y proclaman con orgullo: «¡Yo soy el que conduce a los inocentes!».

¡Toma el camino de la fidelidad y no te ocupes de tus pelos!

EL FUEGO DEL AMOR

En la época de Beyazid Bestami, un musulmán exhortó un día a un infiel a que se convirtiera. Le dijo:

«¿Por qué no reunirte con el rebaño de los que logran su salvación descubriendo la luz del Islam?».

El otro respondió:

«Si es de la fe del sheij Beyazid de la que hablas, no tendré ciertamente fuerza para resistirme. Estoy lejos de la religión y de la fe, pero las respeto. Mi boca está cerrada con un sello, pero me adhiero secretamente a su fe. Si la fe de la que hablas es la vuestra, no tengo ningún deseo de compartirla. Pues cualquiera que es atraído por la fe pierde inevitablemente su interés por ella al veros. De vuestra fe sólo queda el nombre. Es como si llamaseis a la gente a buscar asilo en el desierto. En contacto con vosotros, el fuego del amor a la fe se apaga».

ALMUÉDANO

Había una vez un almuédano cuya voz era muy estridente. Tenía como tarea llamar a los fieles a la oración pero, cada vez que empezaba a cantar, le decían:

«¡Por piedad! ¡Detente, pues tu canto no hace sino aumentar nuestras divergencias!».

Un día, un infiel llegó con unas vestiduras de seda, una vela y dulces, así como toda clase de presentes y pidió ver al almuédano.

«¡Su voz es tan hermosa, dijo, que proporciona descanso al espíritu!».

Los demás dijeron entonces:

«¿Cómo puede proporcionar descanso una voz semejante?».

El hombre respondió:

«Tengo una hija que es muy hermosa. Ahora bien, un día tuvo la tentación de abrazar la fe. Intenté disuadirla de ello, pero en vano. Esta pasión por la fe la poseía tan fuertemente que mi pena aumentaba de día en día. Nada logró hacerla cambiar de idea, salvo el canto del almuédano pues, al oírlo, mi hija exclamó: “¡Qué voz! ¡Mis oídos están aterrados! ¡En toda mi vida no he oído un canto peor!”. Su hermana le dijo entonces que era la llamada a los fieles para la oración. Ella no quiso creerlo y se informó por todos lados. Cuando quedó convencida de que era exacto, el amor por la fe se enfrió en su corazón. Mis temores se disiparon y recobré el sueño. ¡Encontré, pues, el descanso, gracias a esta voz y traigo estos regalos al almuédano como muestra de agradecimiento!».

Lo llevaron ante el almuédano y le dijo:

«¡Acepta estos regalos pues, gracias a ti, he encontrado el descanso! ¡Soy tu servidor!».

Así es como vuestra fe, llena de mentiras, es un obstáculo en el camino. Sucede con todo eso como con aquellas dos mujeres que, al ver a dos asnos copular en un prado, se dijeron:

«¡Eso sí que es realmente virilidad! Si eso es amor, entonces ¡qué poca cosa son nuestros maridos!».

EL GATO Y LA CARNE

Un hombre tenía una mujer de carácter desabrido, sucia y mentirosa, que derrochaba todo lo que su marido traía a la casa. Un día, este hombre, que era muy pobre, compró carne para obsequiar a sus invitados. Pero la mujer se la comió a escondidas, rociándola con un poco de vino. En el momento de la comida, el hombre le dijo:

«¡Los invitados están aquí! ¿Dónde está la carne y el pan? ¡Sirve a mis invitados!

—El gato se ha comido toda la carne, respondió la mujer. ¡Vuelve a comprar, si quieres!».

El hombre tomó entonces al gato y lo pesó en una balanza. Encontró que el animal pesaba cinco kilos. Exclamó:

«¡Oh, mujer mentirosa! ¡La carne que he comprado pesaba también cinco kilos! Si acabo de pesar el gato, ¿dónde está la carne? Pero si es la carne lo que acabo de pesar, entonces ¿adónde ha ido a parar el gato?».

EL VINO

Había un emir que era un buen vividor y apreciaba mucho el vino. Su morada era el refugio de los pobres y de los inconscientes. Su corazón encerraba, como el océano, perlas y oro.

En aquella época, que era la de Jesús, se permitía beber vino. Una noche, nuestro emir recibió la visita inesperada de otro emir cuyo carácter era muy semejante al suyo. Para que nada faltase a su alegría, se hicieron traer vino. Pero, como quedaba muy poco, el emir llamó a su esclavo y le pidió que fuese a buscar vino a casa de un sacerdote vecino suyo.

«Toma esta cántara, le dijo, y ve a llenarla de vino de ese sacerdote, pues su vino es puro. ¡En una sola gota de esa bebida, se encuentra un efecto que se buscaría inútilmente en un tonel de otro vino!».

El esclavo tomó, pues, una cántara y corrió al monasterio. Adquirió vino y pagó en moneda de oro. Dio guijarros y recibió joyas. ¡Pues el vino, que anima incluso los huesos, cambia, para el que lo bebe, el trono en un vulgar trozo de madera!

Así pues, provisto de su preciosa carga, el esclavo se volvió hacia el palacio de su amo. Pero, de pronto, apareció en su camino un asceta de aspecto triste. Su cuerpo estaba como consumido por el fuego de su corazón. Y sus duras pruebas lo habían marcado profundamente. Vivía noche y día en contacto con la tierra y con la sangre. Su paciencia y su lucidez no se apagaban sino pasada la medianoche. Este asceta preguntó al esclavo:

«¿Qué contiene esa cántara?

—¡Vino! respondió éste.

—¿Y para quién es ese vino? prosiguió el asceta.

—¡Para mi amo! respondió el esclavo.

—¿Cómo es posible buscar la verdad cuando se entrega uno a los placeres de la bebida? exclamó el asceta. ¿Se puede beber el vino de Satanás cuando la razón nos falla? La razón se dispersa sin que nos demos cuenta y conviene añadir razón a la misma razón. ¡Cuando uno se embriaga tan tontamente, se encuentra como el pájaro cogido en el cepo!».

Y, tomando una piedra, la lanzó contra la cántara, que se rompió. El esclavo huyó y fue a refugiarse en la casa de su amo. Éste le preguntó si había encontrado vino y el esclavo le contó lo que había sucedido. El emir entró entonces en una violenta cólera y pidió que se le indicara la casa de aquel asceta.

«¡Se ha ganado un buen estacazo! exclamó. ¡Qué especie de asno!

¿Qué podría saber él del orden de la sabiduría? ¡Habrá querido hacerse notar adquirir renombre por la hipocresía! ¡Cuando un loco se enreda en calumnias, el látigo es un excelente remedio para hacer salir a Satanás de su cabeza!».

Vociferando así, con su estaca en la mano el emir llegó, medio ebrio, a la casa del asceta, con la intención de matarlo. El asceta, asustado, se ocultó bajo unos fardos de

lana. Al oír desde su escondite las imprecaciones del emir se dijo:

«¡Desde luego hace falta un gran valor para atreverse a decir a la gente la verdad en su cara! Sólo los espejos son capaces de ello. Hay que tener una cara tan dura como un espejo de metal para atreverse a decir a un hombre semejante: “¡Mira el horror de tu cara!”».

Finalmente, el emir acabó por encontrar al asceta y se dedicó a la tarea de molerlo a palos. Hizo tanto ruido que todo el barrio estuvo pronto sobresaltado. El asceta estaba magullado por todas partes.

¡Oh, emir! ¡Perdónalo! Este pobre asceta es un desdichado que ha soportado muchos sufrimientos. ¡Oh, queridos amigos! ¡Tened piedad de los que aman! Pues son como muertos en este mundo de muerte. También tú has roto muchas cántaras por ignorancia. Y tu corazón espera, sin embargo, el perdón. Entonces, perdona tú también si quieres ser perdonado.

El emir exclamó:

«¿Quién es él para haberse atrevido a romper esta cántara? Hasta el león me mira con temor. ¿Cómo ha tenido este asceta el atrevimiento de lastimar el corazón de mi esclavo y avergonzarme ante mi invitado? ¡Ha derramado un vino más precioso que la sangre y ahora intenta escapar como una mujer! Aunque fuera un pájaro, ni siquiera eso impediría que la flecha de mi cólera desgarrase sus alas. ¡Aunque se protegiese bajo toneladas de rocas, sería para mí un juego hacer estallar su refugio! ¡Mi intención es apalearlo de tal modo que eso sea una lección para todos los de su especie!».

Su cólera era tan viva que escupía fuego ebrio de sangre. Al oír estas amenazas, la gente se puso a interceder en favor del asceta. Besaron las manos y los pies del emir:

«¡Oh, emir! ¿Son dignas de ti tal cólera y tal rabia? Aunque tu vino haya sido derramado, ¿no quieres buscar la alegría sin el vino? La atracción que experimentas por esa bebida proviene de ti. Tu corpulencia y el color de tus mejillas hacen esclavos tuyos a todos los vinos y vuelven celosos a todos los bebedores. Nada tienes que hacer con un vino del color de las rosas. Porque tú mismo eres de ese color. ¡En realidad, el vino en su tonel se estremece de afecto por tus mejillas! Tú eres un océano. ¿Qué es una gota para ti? Tú eres la fuente de las alegrías y del placer. ¿Por qué tomarte ese trabajo por un poco de vino?».

«¡La joya es el hombre y los cielos no están hechos sino para él! Lo esencial es el hombre y todo lo demás no es más que detalle. No te mancilles, pues la razón, la idea y la previsión son esclavas tuyas. Toda criatura tiene por misión servirte. Puesto que tú eres la joya, no está bien que halagues tu montura. ¡Ay! ¡Tú buscas la ciencia en los libros y en el gusto de los dulces! Pero tú eres un océano de ciencia oculto en una gota. Todo el universo está escondido en tu cuerpo. Pues, ¿qué es el vino, el sama (danza de los derviches) o la fornicación, para que tú esperes encontrar en eso placer o utilidad? ¿Cómo podría tomar el sol algo de las chispas? Tú eres un alma libre pero, ¡ay!, te has convertido en prisionero de las condiciones. ¡Apiadémonos del sol

enredado en sus ataduras!».

El emir respondió:

«¡No! El vino es mi pasión y no puedo contentarme con vuestros placeres inocentes. Querría ser como el jazmín que se estremece al viento. Querría liberarme de toda esperanza y de todo temor. Querría ser como el sauce que se derrama por todos lados. Querría jugar con el viento, como hacen sus ramas».

LA PARTIDA DE AJEDREZ

Al sultán le gustaba mucho jugar al ajedrez con Delkak, pero cada vez que este último le daba jaque mate, sentía una violenta cólera.

«¡Así seas condenado!» le gritaba.

Tomaba las piezas del tablero y se las lanzaba a la cabeza.

«¡Toma! ¡Ahí tienes al rey!» decía.

Delkak, con mucha paciencia, esperaba el socorro de Dios. Un día, el sultán le ordenó que jugara una partida y Delkak se puso a temblar como si se encontrase desnudo sobre el hielo. El sultán perdió de nuevo. Cuando llegó el momento fatal, Delkak se refugió en un rincón de la habitación y se ocultó detrás de seis capas de edredones para protegerse del lanzamiento de las piezas.

«¿Qué haces?» le preguntó el sultán.

Desde debajo de los edredones, Delkak le respondió:

«¡Dos veces condenado seas! Cuando tu cólera se desborda, nadie se atreve a decir la verdad. Eres tú quien ha perdido la partida, pero, en realidad soy yo el que sufre el jaque mate por tus golpes y me veo obligado a protegerme bajo los edredones para decirte:

¡Condenado seas!».

EL INVITADO

Un hombre recibió un día una visita inesperada. Abrazó a su invitado con fervor. Dispuso la mesa y le ofreció una hospitalidad intachable. Ahora bien, había aquella misma noche una fiesta de boda en la casa del vecino y el hombre dijo a su mujer:

«Extiende dos literas. Pon la mía a un lado de la puerta y la de mi invitado al otro lado.

—¡Oh, luz de mis ojos! respondió la mujer. ¡Cumpliré con alegría lo que me pides!».

Preparó ella, pues dos lechos y después se fue a casa del vecino para participar en la fiesta de la boda. El hombre y su invitado pasaron la velada saboreando frutos y contándose las extrañas aventuras que les habían sucedido en el curso de su existencia.

Cuando se hizo tarde, el invitado, ya con sueño, se dirigió al lecho situado cerca de la puerta y el amo de la casa no se atrevió a indicarle el lugar que le había asignado.

Al volver de la fiesta, la mujer se desnudó y se acostó en el lecho del invitado. Tomándolo por su marido, le abrazó diciendo:

«¡Oh, sabio! Mis temores se han realizado. Fuera cae una lluvia torrencial y eso va a retrasar la partida de nuestro invitado. ¡Se va a quedar pegado a nosotros como una lapa! Porque ¿cómo podría irse con semejante lluvia? ¡Ah! ¡Puedes estar seguro! ¡Va a quedarse y será como un estorbo para nuestras dos almas!».

A estas palabras, el invitado se levantó como una flecha de su lecho y reclamó su calzado diciendo:

«No temo ni el barro ni la lluvia. Estoy listo para partir. ¡Muy buenas noches! El alma que viaja no debería concederse el menor instante de descanso o de distracción. El que no está más que de paso debe volverse a su casa lo más aprisa posible».

La mujer intentó hacerle creer que sólo se trataba de un juego, pero ni siquiera sus lágrimas lograron hacer ceder al invitado y ella y su marido se pusieron a lamentarse tras la partida de su huésped.

Tristes y avergonzados por esta aventura, transformaron su casa en albergue pero, en todos los instantes, la imagen de su invitado les decía en su corazón:

«Yo era amigo de Elías. Había venido para haceros compartir los tesoros de la misericordia. ¡Ay, era vuestro destino que las cosas sucedieran así!».

EL INSTANTE SECRETO

Un comerciante muy rico tenía una hija de mejillas brillantes como Venus. Su rostro era hermoso como la luna y daba buena suerte. Cuando alcanzó la edad de la madurez, su padre la confió a un marido. Pero este marido apenas era digno de ella. Sin embargo, si las sandías maduras no se cogen, se pudren. Así, por temor a los sobornadores, el padre se vio obligado a cometer este error. Dijo, sin embargo, a su hija:

«Pon mucha atención para no quedarte embarazada. Sólo por necesidad te caso con este pobre hombre. Es un solitario y no hay que esperar mucha constancia por su parte. Si te abandona cualquier día, la carga de un hijo sería demasiado pesada para ti.

—¡Oh, padre! dijo la bella, ¡tu consejo es bien intencionado y lleno de razón y obraré siguiendo tu parecer!».

Cada tres días, el comerciante reiteraba sus consejos a su hija para protegerla del peligro de la procreación. Pero ella era joven y su marido también, tanto que no tardó en quedar embarazada. Ocultó a su padre la noticia durante cinco meses, hasta el momento en que la cosa se hizo evidente en exceso.

«¿No te había dicho yo que tuvieras cuidado? exclamó el comerciante. ¿Se han desvanecido mis consejos como humo? ¿Alguna vez han influido en ti?

—¡Oh, padre! respondió la hija, ¿cómo habría podido protegerme? La mujer y el hombre son como del fuego y el algodón. ¿Cómo podría el algodón protegerse del fuego y evitar inflamarse?».

El comerciante replicó:

«No te aconsejé que no te acercaras a tu marido, sino sólo que te protegieras de su semen. ¡No tenías más que alejarte de él en el momento fatal!

—Pero ¿cómo hubiera yo podido reconocer un instante tan secreto?

—Es evidente, sin embargo. ¡Es el momento preciso en que los ojos del hombre se ponen en blanco!

—¡Querido padre! exclamó la hija, ¡cuando los ojos de mi marido se ponen en blanco, los míos se quedan ciegos!».

EL PRISIONERO

Había un sufí que acompañaba a un ejército en guerra. Cuando llegó el momento del combate, los jinetes partieron como flechas, pero el sufí permaneció en su tienda. Pues las almas densas permanecen en tierra mientras que las almas ardientes se elevan hasta el cielo.

Los soldados volvieron victoriosos, en posesión de un inmenso botín. En el momento del reparto, quisieron que participara el sufí, pero él se negó alegando su tristeza por no haber asistido al combate. Como nada lograba calmar su pesar, los soldados le dijeron:

«Hemos traído una gran cantidad de prisioneros. ¡No tienes más que matar a uno de ellos y, de este modo, habrás participado en el combate!».

Esta solución devolvió la alegría al sufí y, apoderándose de uno de los prisioneros, lo condujo detrás de su tienda, para haber suprimido al menos a un enemigo.

Transcurrió un largo rato y los soldados acabaron por preguntarse la razón de este insólito retraso. Uno de ellos, por curiosidad, fue a buscar noticias. Pues bien, detrás de la tienda, descubrió al prisionero con las manos atadas. Había mordido al sufí en el cuello y éste, con la cara ensangrentada, yacía en tierra vencido.

Lo mismo sucede contigo. Ante tu ego, que tiene, sin embargo, las manos atadas, te desvaneces como el sufí. Sientes vértigo desde lo alto de una pequeña colina, pero miles de montañas te esperan.

Los soldados mataron inmediatamente al prisionero y lavaron el rostro del sufí con agua de rosas para calmar su dolor. Cuando recobró el conocimiento, le preguntaron:

«¿Es posible ser tan débil? ¿Cómo has podido dejarte vencer por un hombre que tenía las manos atadas?».

El sufí respondió:

«En el momento en que me disponía a cortarle la cabeza, me lanzó una extraña mirada y perdí el conocimiento. De su mirada surgió un ejército para atacarme. ¡Eso es lo único que recuerdo!».

Los soldados replicaron:

«Es inútil participar en la guerra cuando se tiene semejante valor. ¡Un prisionero maniatado ha podido más que tu paciencia! ¡El ruido de una espada que corta una cabeza no es el ruido de una paleta para lavar la ropa! Tú no estás familiarizado con el combate de los hombres. ¿Cómo podrías pretender nadar en un océano de sangre? Muchas cabezas sin cuerpo ruedan por tierra, porque no se trata de una invitación a sentarse a la mesa. No te remangues como si se tratase de tomar una escudilla de sopa. ¡Esto es un asunto de hombres y no de timoratos!».

¿Cómo podría la razón que se asusta de un ratón desenvainar la espada ante el enemigo? Un combate semejante no está hecho para los que van buscando refugio de

ilusión en ilusión.

LA GUERRA CONTRA EL EGO

Un sufí llamado Ayazi decía:

He participado en noventa guerras, con el cuerpo desnudo, sin protección alguna. He recibido así heridas múltiples, lanzazos o heridas de espada, esperando saborear la muerte de los mártires, pero ninguna flecha me ha tocado en un punto vital. Esto no es más que una cuestión de suerte y mi esfuerzo era inútil. No habiendo podido saborear la dicha del martirio, me retiré a una celda. Ahora bien, oí el ruido de los tambores y comprendí entonces que los soldados volvían a la guerra. Sentí como un lamento de todo mi ser que decía:

«Ha llegado el momento de combatir. ¡Levántate y realiza tus deseos en la guerra!».

Yo le respondí:

«¡Oh! ¡Maldito inconstante! Dime la verdad. ¿Qué escondes detrás de tu trapacería? Yo sé muy bien que no hay en ti ninguna inclinación por el combate. ¡Si no me respondes en serio, te haré sufrir las angustias del ascetismo!».

Y mi ego respondió:

«En estos lugares no hay día en que no me martirices. ¡Mi estado es peor que el de tus enemigos y nadie lo sabe! Me matas por falta de descanso y de alimento. ¡Si muero en el combate, entonces, al menos el pueblo verá quién soy yo!

—¡Pobre ego! le respondí. No eres más que un hipócrita. No eres más que vanidad. No sólo vives en la calumnia, sino que, además, quieres morir en la calumnia».

Y así fue como me prometí no dejar nunca más la celda. Pues todo lo que hace el ego en semejante circunstancia sólo puede ser pomposidad. Semejante combate es el único verdadero combate. La otra clase no es sino un pequeño combate. ¡No es para quien se asusta de un ratón! Nuestro hombre era un sufí como el de la historia anterior. Pero uno muere por un pinchazo de alfiler, mientras que ninguna espada resiste al otro. El primero tiene la apariencia de un sufí, pero no tiene su alma. Esta especie es la que empaña la reputación de los sufíes.

CUARENTA MONEDAS DE PLATA

Un hombre poseía cuarenta monedas de plata y, todos los días, echaba una de ellas al mar para penitencia de su ego. Este hombre era un gran guerrero y no conocía el miedo frente al enemigo. Cuando recibía una herida se la vendaba y volvía al combate. Durante una guerra, después de haber recibido una veintena de lanzazos y otras tantas flechas, perdió sus fuerzas y cayó a tierra. Su alma se reunió entonces con la de los fieles.

No consideres esta muerte como formal. Pues el cuerpo es como un instrumento para el espíritu. Cuando su caballo ha muerto, ya no puede avanzar. Mucha gente ha vertido su sangre en apariencia, pero se ha reunido en el otro mundo con su ego muy vivo. La herramienta está rota, pero el bandido sigue viviendo. El cuerpo está ensangrentado, pero el ego irradia salud.

Muchos egos de mártires han muerto en este mundo y se pasean, sin embargo, vivos. El espíritu ha atacado, pero el cuerpo carecía de espada. La espada es desde luego, la misma espada, pero el hombre no es el mismo hombre y esta apariencia es lo asombroso. Cuando cambias tu ego, sabe que la espada del cuerpo está en la mano de Dios.

EL MIEMBRO DURO

Un día un espía de poca monta vino a decir al *sha* de Egipto:

«¡El *sha* de Mosul posee una esclava tan hermosa como las huríes! Su belleza es tal que en vano se buscaría equivalente en la tierra. ¡Su belleza infinita es indescriptible, pero aquí tienes un retrato suyo!».

Al ver el rostro pintado de la hermosa esclava, el sultán quedó tan sorprendido que la copa de vino se le escapó de las manos. Lleno de admiración, se puso a lamentarse. Después, designó a un valiente guerrero, le confió innumerables soldados y lo envió hacia Mosul:

«Si alguien, le dijo, te impide apoderarte de ella, destrúyelo a él y sus bienes. Pero, si te la dan, tráemela aprisa para que yo pueda unirme con esta luna».

Precedido de tambores y banderas, el ejército tomó el camino de Mosul con gran estruendo. Los soldados cayeron sobre la ciudad como una nube de langosta. Lluvias de flechas y de piedras se abatieron sobre la ciudad y las centelleantes espadas hicieron correr mucha sangre durante semanas.

Un día el *sha* de Mosul envió al jefe del ejército un emisario, portador del siguiente mensaje:

«¿Por qué haces correr la sangre de tantos fieles? Los cadáveres forman montañas en nuestro lado. Si es Mosul lo que deseas conquistar eso puede hacerse sin derramar sangre. Yo me iré y te dejaré entrar en nuestra ciudad. Pues sólo una cosa me importa ya: que no se vierta más sangre. Si son piedras preciosas lo que codicias, eso es aún más sencillo».

El jefe del ejército mostró al emisario el retrato de la hermosa esclava diciendo:

«¡Esto es lo que quiero! Y más vale que la obtenga enseguida porque no dudo en alcanzar la victoria».

Cuando fue informado de ello, el *sha* de Mosul exclamó:

«¡No soy un idólatra! ¡Nada me importan las apariencias, pues lo que yo busco es la verdad!».

Así, para evitar el derramamiento de la sangre de los fieles, el *sha* sacrificó a su hermosa esclava. Pero, cuando el emisario condujo a esta última ante el jefe del ejército, éste se enamoró de ella al instante.

El amor es un océano y los cielos no son sino su espuma. Sabe que los cielos giran por efecto del amor. Sin él, el corazón del universo se convertiría en un bloque de hielo. ¿Cómo, sin él, se transformaría en vegetal una cosa inanimada y cómo, sin él, sería sacrificado ese vegetal por un ser animado? Sin él ¿cómo sería el espíritu, el secreto de aquel aliento que fecundó a Myriam (María)?

Nuestro valiente guerrero tomó, pues, ese pozo por un camino. Esta tierra árida le gustó y empezó la siembra. Pero cuando un hombre fornica en sueños con una mujer, al despertar comprende y empieza a lamentarse diciendo: «¡Ay, he derramado mi agua en la vanidad!».

Nuestro héroe según la carne no era, pues, un verdadero héroe y disipaba su semilla en el desierto. El caballo del amor ha tomado el bocado entre los dientes y no teme a la muerte. Va diciendo: «¡Ya no reconozco sultán, pues mi obra es el amor!».

Cuando un león ve su reflejo en un pozo, lo ataca y acaba por caer en el pozo. Es preciso que el hombre no esté en intimidad con la mujer, pues el hombre y la mujer son como el fuego y el algodón. Para que un fuego semejante siguiera siendo inocente, sería preciso que, como el de José, fuese regado con el agua de la verdad.

En el camino de regreso, el valiente guerrero estableció su campamento en un bosque. Estaba tan dominado por el fuego del amor que no distinguía ya la tierra del cielo. Entrando de nuevo en su tienda, se precipitó al encuentro de la hermosa esclava.

En un instante así ¿qué es de la razón? ¿Qué es del miedo al sultán? Cuando el deseo carnal redobla el tambor, la razón se derrumba. Y nuestros ojos ofuscados consideran al sultán como si fuese un mosquito.

Así pues, el valiente guerrero se aligeró la ropa y se tendió al lado de la bella esclava. En el mismo instante en que su miembro alcanzaba su forma acabada, estalló un gran ruido en el exterior. Nuestro héroe se levantó apresuradamente, se apoderó de su espada y salió de su tienda. Allí vio un león que provocaba el pánico entre los soldados. Los caballos huían derribando las tiendas a su paso. El guerrero se puso sin temor ante el león y le cortó la cabeza de un solo tajo con su espada. Después, se volvió a la tienda junto a la bella esclava, que estaba llena de admiración por su valor. Pero el miembro del guerrero, que había permanecido en erección durante su combate con el león, se ablandó de pronto cuando la tomaba en sus brazos.

Nuestro héroe ha perdido el camino recto a causa de una falsa aurora. Como un mosquito, se ha ahogado en una olla de leche. Bastaron unos días para que experimentara remordimientos: por temor al sultán, hizo jurar a la hermosa esclava que no revelaría su secreto.

Cuando el sultán vio a la esclava, quedó enajenado.

«¿Se ha visto nunca algo semejante? exclamó. ¡No puedo creer lo que veo! ¡Esto supera todo lo que me habían referido!».

¿De qué sirve poseer el Oriente y el Occidente si todo esto es tan efímero como el relámpago? El sultán, lleno de deseo, condujo a la hermosa esclava a su habitación con el fin de consumar el acto de amor. Pero, mientras que estaba sentado entre las piernas de esta última, un incidente vino a cortarle el camino del placer. Se oyó el ruido de un ratón y su miembro se ablandó de repente sin que pudiese remediarlo. Temía, en efecto, que fuese alguna serpiente disimulada en la paja del lecho.

A la vista de esta repentina debilidad, la bella esclava se echó a reír, pues recordaba al valiente guerrero cuyo miembro había permanecido firme durante el combate con el león. Fue así presa de una risa irreprimible. Y su risa era como una marejada que hizo entrar al sultán en una violenta cólera. Desenvainó la espada:

«Dime la verdad, exclamó. Tu risa ha puesto la duda en mi corazón. Si me ocultas

algo, te cortaré la cabeza. Si hablas, serás libre y feliz».

La esclava se vio, pues, obligada a contar su unión con el guerrero durante su viaje y también la causa de su risa: ¡la comparación entre el miembro del guerrero frente a un león y el del sultán frente a un ratón!

No siembres mala semilla pues, un día, germinará y aparecerá a plena luz. El sultán comprendió de golpe todas las injusticias que había cometido con el único fin de poseer a esta esclava y se arrepintió ante Dios diciendo:

«He deseado a la mujer del prójimo. ¡He forzado la puerta del prójimo y alguien ha forzado mi puerta! Lo que he querido hacer a otros, eso me ha sucedido a mí como castigo. He robado la esclava del *sha* de Mosul y me la han robado a mí. He traicionado y he sido traicionado. Si me vengo, dominado por la cólera, eso recaerá sobre mí, pues soy la fuente de todo lo que acaba de suceder. ¡Oh, Dios mío, perdóname! ¡Perdóname!».

Después, dijo a la esclava:

«Que todo esto quede entre tú y yo. Te daré a ese valiente guerrero pues, con su mala acción me ha hecho un bien inmenso».

Hizo venir al guerrero y le dijo:

«Esta esclava ha dejado de complacerme, pues su presencia entristece a la madre de mi hijo. ¡Como has arriesgado tu vida por ella no puedo hacer otra cosa que entregártela!».

La entregó, pues, al guerrero y decapitó así su ira y sus deseos.

LA PERLA DEL SULTÁN

Un día estaba el sultán en su gabinete, rodeado de su corte. Sacó de un cofrecillo una perla preciosa y la puso en la mano de su visir preguntándole:

«¿Cuál es su valor?

—¡Cien bolsas de oro! respondió el visir.

—¡Aplástala! ordenó el sultán.

—¿Cómo me atrevería? dijo el visir. ¡Esta perla es el florón de tu tesoro!

—¡Me alegra tu respuesta!» dijo el sultán. Y le ofreció regalos y honores.

Un poco después, cuando se agotaron otros temas de conversación, el sultán dio esta misma perla a su chambelán diciéndole:

«¿Cuál es su valor a los ojos de aquéllos en los que habita el deseo?

—Esta perla vale la mitad de tu reino, dijo el chambelán. ¡Dios la proteja de todo peligro!

—¡Aplástala! ordenó el sultán.

—¡Oh, sultán! respondió el chambelán, eso sería una lástima.

Mira esta luz y esta belleza. ¡Aplastarla sería atentar contra el tesoro de mi sultán!».

El sultán quedó satisfecho de esta respuesta y lo colmó de regalos elogiando su sabiduría.

Después, varios beyes o emires sufrieron la misma prueba y, por imitación, todos dieron la misma respuesta para obtener el favor del sultán. Finalmente el sultán hizo la misma pregunta a Eyaz:

«¿Qué vale esta perla?

—¡Ciertamente, vale más de lo que se dice! respondió Eyaz.

—¡Aplástala!» ordenó el sultán.

Ahora bien, Eyaz, prevenido en sueños de esto, tenía dos piedras en el bolsillo. Tomó una y aplastó la perla sin vacilar.

El que pone su esperanza en la unión con el Amado no teme ser aplastado. El hombre piadoso vive en el temor por su suerte en el día del juicio. Pero el sabio no se inquieta. Sabe lo que ha sembrado y, por tanto, lo que va a cosechar.

Cuando Eyaz hubo aplastado la perla, los cortesanos dijeron:

«¡El que ha aplastado una perla tan luminosa sólo puede ser un blasfemo!

—¿Qué es más precioso, preguntó Eyaz, la orden del sultán o la perla? A vosotros os interesa la perla y no el sultán. A mí no me atraen las piedras, como sucede a los infieles. Sólo el sultán me preocupa. ¡El alma que está prisionera de una piedra coloreada ignora la orden del sultán!».

A estas palabras, los beyes, los emires, el chambelán y el visir inclinaron la cabeza lamentándose. El sultán hizo una seña al verdugo.

«¡Véngame de estos miserables! dijo, puesto que han preferido una piedra a mis órdenes.

—¡Oh, sultán! Tú eres aquél ante quien encuentran los generosos la fuente de su generosidad. Los más generosos se avergüenzan ante la munificencia de tus favores. La insolencia y la ignorancia de los blasfemos proviene de la abundancia inagotable de tu clemencia. En el momento del saqueo el pueblo vela para proteger sus bienes. Si el temor de perder sus bienes le impide dormir ¿cómo podría dormir sin el temor de perder la vida? El olvido nace de la inadvertencia y de la relajación. Déjales la vida pues han visto tu rostro y no soportarán ser apartados de él. Aunque la muerte es amarga no puede serlo tanto como la separación. Es agradable morir con la esperanza de reunirse contigo, pero es amargo vivir en los tormentos de la separación. En el infierno, los infieles se dicen: “¡No estaríamos tan tristes si él nos hubiese honrado con una sola mirada!”. Para que los envilecidos por la insolencia puedan ser lavados por el Éufrates de tu misericordia, ¡deja correr el río de tu perdón!».

ESTATURAS

Un día, alguien preguntó al predicador:

«¡Oh, tú, gloria de la predicación! Responde a esta pregunta: Si un ave se posa sobre la torre de una fortaleza, ¿estará su cabeza más alta que su cola?».

El predicador respondió:

«Si el ave está vuelta hacia la ciudad, sabe que su cabeza está más alta que su cola. Pero, si está vuelta hacia las afueras, entonces es lo contrario».

Si un halcón caza ratones, entonces es superado por un murciélago atraído por el sultán. La estatura de Adán no es mayor que la de un tonel y, sin embargo, sobrepasa los cielos.

EL ESCLAVO ENGAÑADO

Un hombre poseía un esclavo indio. Lo había educado con mucho cuidado y había encendido en su corazón la luz del saber. Este hombre generoso había educado a este esclavo desde su más tierna infancia en las maneras más refinadas. Tenía también una hija, tan brillante en su belleza como una estrella. Cuando esta última llegó a la edad de la madurez, muchos hombres vinieron a pedir su mano a su padre, ofreciendo, en compensación, su peso en oro. Pero el padre se decía:

«Todos los bienes que se me proponen son efímeros. Llegados hoy, pueden desaparecer esta misma noche. La belleza de los rostros tampoco es algo a tomar en consideración, pues el menor pinchazo de una espina la hará palidecer. La nobleza no es tampoco un buen criterio, pues muchos nobles son orgullosos y muchas veces su familia se avergüenza de ellos. En cuanto a los sabios, están lejos de ser perfectos. Tienen el saber, pero no el amor de la fe y sus ojos no ven más que la fama».

Así, tras mucha reflexión, confió a su hija a un hombre de fe amado del pueblo. Dos mujeres le dijeron:

«Este hombre no es ni rico ni noble. ¡Y ni siquiera es hermoso!».

Pero él replicó:

«Es un hombre piadoso y, en este bajo mundo, ¡eso vale más que todos los tesoros!».

La noticia de este matrimonio se extendió y ofrecieron regalos y tejidos preciosos. Ahora bien, en esta misma época, el esclavo indio cayó enfermo. Empezó a adelgazar y a perder sus fuerzas. Los médicos no conseguían descubrir el secreto de su enfermedad y, sin embargo, la simple razón decía:

«Es del corazón de lo que está enfermo y no se cura el corazón con las pomadas del cuerpo».

El esclavo no podía, naturalmente, confesar la causa de su enfermedad. Una noche, su amo dijo a su esposa:

«Pregúntale la razón de su estado. ¡Después de tantos años, eres como una madre para él y no hay duda de que te desvelará su secreto!».

Al día siguiente, la mujer fue a la cabecera del esclavo y, con mucha ternura, le acarició la cabeza como una madre afectuosa. Le hizo la pregunta y el esclavo respondió:

«Nunca había pensado que confiaríais vuestra hija a un extraño. ¿No es lamentable que la hija de mi amo sea confiada a otro, mientras que el fuego consume mi pecho?».

A estas palabras, la mujer sintió una gran cólera, pero logró contenerse.

«¿Cómo es posible se decía, que un bastardo indio pueda aspirar a la hija de su amo? ¡Y decir que confiábamos en él! No era muy digno de ello».

Cuando su esposa lo hubo informado de este estado de cosas, el amo de la casa dijo:

«Dile que tenga paciencia. Dile que ese matrimonio será anulado y que nosotros le confiaremos a nuestra hija. Yo me encargo de hacerle cambiar de opinión. No dudes en disipar sus temores. Excúsate ante él diciéndole que ignorábamos todo de su amor por nuestra hija y que, a buen seguro, la merece. Así vivirá en un sueño agradable y los sueños agradables hacen engordar a los hombres. ¡Los animales engordan con paja y los hombres con honores!».

La mujer dijo:

«Será una gran vergüenza para mí decirle tal cosa, pues no sale mentira de mi boca. ¿Por qué esto? ¡Deja perecer a ese maldito!

—¡No! ¡No! replicó el esposo. Procúrale ese placer para que se cure. ¡Déjame el cuidado de sacar el amor de su corazón una vez que su cuerpo esté curado!».

Cuando la mujer hubo transmitido esas promesas al esclavo, éste sintió desbordarse su alegría y se puso a engordar de nuevo. Su cara recobró su color y dio gracias a Dios. Sí que se preguntaba de vez en cuando si todo aquello no ocultaba alguna trampa, pero su amo, para completar la escenografía, invitó a unos amigos para que vinieran a felicitar al esclavo y desearle buena suerte en su matrimonio. Fue suficiente para quitarle toda duda y hacer desaparecer los últimos síntomas de su enfermedad.

Ahora bien, para su noche de bodas, le tendieron una celada. Vistieron a un joven de mujer y lo adornaron con alheña. Este joven tenía apariencia de pollo, pero era en realidad un impetuoso gallo.

En el momento de la unión, apagaron las velas y el joven indio se encontró en el lecho con el joven, mientras que la multitud hacía redoblar el tambor en el exterior. El indio lanzó gritos y pidió socorro, pero el ruido de la fiesta ahogaba sus llamadas. Hasta el amanecer, el pobre esclavo fue como un saco de harina lacerado por un perro. Después, lo llevaron al baño, como se acostumbra con los recién casados. Se protegió vivamente con sus dos manos y exclamó:

«¡Que Dios proteja al que quiera desposarte, pues, durante el día, eres fresca como la más bella de las mujeres, pero, por la noche, tu miembro es como el de un asno!».

¡Eso es! Sucede eso con los bienes de este mundo. Son agradables desde lejos y siniestros de cerca. Como una recién casada, este mundo está lleno de remilgos, pero, de cerca, no es más que una vieja consumida.

LA MECHA

Un hombre oyó una noche que alguien andaba por su casa. Se levantó y, para tener luz, intentó sacar chispas del pedernal para encender su mechero. Pero el ladrón causante del ruido, vino a colocarse ante él y, cada vez que una chispa tocaba la mecha, la apagaba discretamente con el dedo. Y el hombre, creyendo que la mecha estaba mojada, no logró ver al ladrón.

También en tu corazón hay alguien que apaga el fuego, pero tú no lo ves.

LOS BEYES

Un día, los beyes, dominados por los celos, dijeron al sultán:

«Eyaz no es más inteligente o más dotado que cualquiera de nosotros. ¿Cómo es que tus favores hacia él son tan grandes?».

Algún tiempo después, el sultán salió de caza, acompañado de sus treinta beyes. Llegados a una montaña desértica, vieron a lo lejos una caravana. El sultán dijo a uno de sus beyes:

«Ve a ver a esas gentes y pregúntales de dónde vienen».

El bey partió a toda prisa y volvió poco después para decir al sultán:

«¡Vienen de la ciudad de Rey!

—¿Y adónde van?» preguntó el sultán.

El bey no supo qué responder. Así que el sultán despachó a otro de sus beyes para que fuese a informarse. Cuando éste volvió, dijo:

«¡Van en dirección al Yemen!

—¿Cuál es la naturaleza de su carga?» preguntó el sultán.

El bey no pudo responder y el sultán envió a otro de sus beyes para que lo preguntase. Cuando volvió, dijo al sultán:

«¡Transportan tazones de barro cocido, fabricados en Rey!

—¿Y cuándo salieron de la ciudad?» inquirió el sultán.

Así, por turno, cada uno de los treinta beyes volvió ante el sultán con informaciones incompletas. Entonces el sultán les dijo:

«Un día, con el fin de probarlo, pedí a Eyaz que fuese al encuentro de una caravana para saber su procedencia. Y él, sin que yo hubiese tenido que hacerle treinta preguntas, ¡volvió con todas las respuestas que os han costado treinta idas y venidas!».

Los beyes dijeron al sultán:

«Una cosa así es un don de Dios y no puede adquirirse por el trabajo. El color y el perfume de la rosa son también dones de Dios».

El sultán replicó:

«El hombre es responsable de sus pérdidas y de sus ganancias. Si no, ¿por qué habría pedido perdón Adán a Dios al reconocer su falta? Habría dicho simplemente: “Esto es mi destino. ¡Si he cometido un pecado, es que tú me has impulsado a ello!”. Quien tiene los pies y las manos atados ¿podría pensar en lanzarse al océano o en salir volando? ¿Podría dudar entre un viaje a Mosul o a Babel? ¡No invoquéis al destino para disculparos!».

No cargues a otro con tu propia falta. ¡Cuando comes demasiada miel, no es otro el que sufre convulsiones y cuando trabajas toda la jornada, no es otro el que cobra la paga por la noche!

EL CAZADOR Y EL AVE

Un pájaro sobrevolaba un prado. Allí, un cazador, oculto en la hojarasca, había tendido una trampa con unas semillas como cebo. El pájaro se posó muy cerca y dijo al cazador sin verlo:

«¿Quién eres? ¿Qué haces, cubierto de hojas, en este prado lleno de animales salvajes?».

El cazador respondió:

«Soy un hombre piadoso que ha abandonado el mundo y se satisface con algunas plantas que lo rodean. La muerte de mis vecinos ha sido una lección para mí. He abandonado todos mis bienes. Puesto que en el último día estaré solo y estoy destinado a la tumba, he pensado que valía más consagrarme a buscar la cercanía del Dios único. Siempre han sido nuestros padres los cuatro elementos naturales, pero nosotros sentimos inclinación por los padres efímeros.

—Es un error retirarse a la soledad, dijo el pájaro. Es preferible tomar con paciencia los tormentos que os inflige la gente de mal carácter. ¡Hay que hacerse útil al prójimo, como una nube!

—¡Tu discurso no tiene sentido! dijo el cazador, pues la soledad vale más que una mala compañía. El que no piensa más que en su subsistencia no vale más que un cadáver y su compañía es la verdadera soledad».

El pájaro:

«Sólo puede haber combate si te cierran el camino. Y el valor se manifiesta cuando se cruza uno con sus enemigos».

El cazador respondió:

«Eso es verdad si se es bastante fuerte para evitar la maldad. ¡Si no, más vale retirarse!

—¡Te falta la fidelidad del corazón! dijo el pájaro. Si eres amable, tus amigos son numerosos. Si la oveja se aleja del rebaño, es una ocasión para el lobo. Aunque te hayas resguardado del lobo, no te creas seguro si no estás rodeado de amigos. Si las paredes no estuvieran unidas unas a otras, ninguna casa tendría techo. Si la pluma no fuera amiga del papel, no se transmitiría palabra alguna».

Millares de secretos fueron intercambiados así entre el pájaro y el cazador. Finalmente el ave preguntó:

«¿De quién son estos granos de trigo?

—Me los ha confiado un huérfano, dijo el cazador. Soy, en efecto, protector de los huérfanos.

—Estoy en un trance difícil, dijo el pájaro. Tengo tanto apetito que me comería un cadáver. ¡Oh, hombre virtuoso! ¡Permíteme comer algunas de esas semillas!

—¡Si las comieras sin necesidad, sería entonces un pecado! dijo el cazador. Si realmente estás en un estado de necesidad suprema, entonces tienes que entregar una prenda».

El pájaro, lleno de deseo, se lanzó sobre las semillas y fue capturado al instante por la trampa. Ante su impotencia, se puso a llorar.

¡Oh, tú, que lloras! ¡Llora antes de tu muerte y no después!

El pájaro exclamó:

«¡Esta es la recompensa de los que se dejan seducir por los sortilegios de los ascetas!».

El cazador le replicó:

«¡No! ¡Esto es más bien lo que sucede a los que se comen el pan de los huérfanos!».

El pájaro se lamentó y sus lamentaciones hicieron temblar al cazador y su trampa.

«¡Oh, Amado! decía, mi corazón está roto por todas estas paradojas. Acaríciame la cabeza. ¡Aunque sea indigno de ello, dígnate venir a preguntar por mi estado!».

ROBADO

Un hombre llevaba su carnero por un camino, sujetándolo con una brida. Unos ladrones, llegando por detrás, cortaron la brida y se llevaron el animal. Cuando se dio cuenta de su desaparición, el hombre se puso a buscar por todos lados. Encontró a un hombre que se lamentaba al borde de un pozo.

«¿Qué te pasa? preguntó.

—Mi bolsa llena de oro acaba de caer al pozo. ¡Si consigues recuperarla, te daré una quinta parte de ella, es decir, veinte monedas de oro!».

El hombre dijo:

«Esta suma es exactamente el valor del carnero que he perdido. ¡He perdido un carnero, pero Dios me ofrece un camello!».

¡Se desnudó y bajó al pozo mientras que el otro huía llevándose sus vestidos!

El ladrón ávido aparece ante ti a cada instante bajo una nueva imagen.

EL GUARDIÁN

Una noche, mientras que el guardián de la caravana dormía, unos ladrones vinieron a saquear los bienes de los mercaderes. Al despertar, vieron éstos que sus riquezas y sus camellos habían desaparecido y fueron a pedir cuentas al guardián. Éste les dijo:

«¡Han venido unos ladrones, disimulados bajo unas mantas y se han apoderado de todo!

—¿Pero por qué no has intervenido?

—¡Yo estaba solo y ellos eran numerosos y armados hasta los dientes!

—¡Pero si no tenías fuerza suficiente para rechazarlos, tenías que habernos llamado!

—Ellos me amenazaron con su espada diciendo: “¡Cállate o eres hombre muerto!”. Tuve tanto miedo que no pude gritar. ¡Pero, si queréis, puedo gritar ahora!».

De nada sirve recitar oraciones una vez que el maldito Satanás ha arruinado ya tu existencia.

LA AMADA

Había una vez un enamorado notable por su constancia. Había pasado años con la esperanza de reunirse con su amada. Ahora bien, un día, su amada le dijo:

«¡Ven a reunirte conmigo esta noche, que he preparado una gran fiesta para ti!».

Lo citó en un lugar convenido y añadió:

«Espérame hasta medianoche y vendré sin que tengas que llamarme».

El enamorado se alegró tanto que distribuyó limosnas, carne y pan entre los pordioseros. Después corrió al lugar que su amada le había indicado y se puso a esperar…

Cuando cayó la noche, llegó su amada, fiel a su palabra. ¡Descubrió a su amado dormido! Recortó un trozo de tela de su vestido y lo puso en el bolsillo de su enamorado con unas cuantas nueces.

Cuando, al amanecer, el enamorado descubrió las nueces y la tela en su bolsillo, exclamó:

«¡Mi amada es fiel y constante! ¡Si estoy afligido, sólo yo tengo la culpa!».

EL TESORO EN LA CENIZA

Bilal era esclavo de un infiel. Un día le dijo su amo:

«¿Por qué no dejas de invocar el nombre de Mahoma? ¿Cómo te atreves a provocarme así?».

Y, bajo el ardiente sol, lo azotaba con un bastón espinoso. Bilal, sin protestar, se contentaba con proclamar la unicidad de Dios.

Un día, Abu Bekr, compañero del profeta, pasó por allí y oyó las palabras murmuradas por Bilal. Su corazón quedó inmediatamente conmovido y, en aquellas palabras de unicidad, presentía el perfume de un amigo. Dijo a Bilal:

«¡Oculta tu fe a los infieles, pues es Dios el que conoce los secretos!».

Bilal le prometió actuar según sus consejos y se arrepintió de su actitud, pero, unos días más tarde, al pasar de nuevo por allí, Abu Bekr oyó de nuevo el ruido de los bastonazos y la voz de Bilal repitiendo la unicidad de Dios. Su corazón quedó como lleno de fuego. Renovó sus buenos consejos y Bilal volvió a prometer no reincidir. Todo esto continuó así durante mucho tiempo, pues, cuando el amor hacía su aparición, las resoluciones de Bilal se esfumaban. Y, al expresar su fe, sometía su cuerpo a una dura prueba. Decía entonces:

«¡Oh, mensajero de Dios! ¡Todo mi cuerpo y mis venas están llenos de tu amor! ¿Cómo podrían penetrar en ellos esas resoluciones? Ante la tempestad del amor, soy como una brizna de paja y no puedo saber dónde me detendré. ¿Es posible a una brizna de paja resistirse al viento del apocalipsis y elegir su dirección?».

Los que aman se han dejado apresar por un diluvio. Son como las muelas de un molino y giran día y noche rechinando. Eso es un testimonio para los incrédulos de que el río sigue corriendo.

Abu Bekr describió la situación de Bilal al profeta y le dijo:

«Este hombre es un halcón que se ha dejado coger en la trampa por tu amor. Es un tesoro oculto en la ceniza. Unos miserables murciélagos torturan a este halcón. Pero su único pecado es el de ser un halcón. Sucede con él como con José, al que calumniaban sólo a causa de su belleza. Los murciélagos viven en las ruinas y ésa es la razón de su rencor hacia los halcones. Esos murciélagos le dicen: ¿Por qué recuerdas constantemente el palacio y el puño del sultán? ¡Nosotros estamos aquí en el país de los murciélagos! Así que ¿por qué tanta presunción? ¡El cielo y la tierra están celosos de nuestra guarida y tú la tratas de ruinosa! ¿Acaso tienes intención de convertirte en sultán de los murciélagos? Acusándolo así, lo atan bajo el ardiente sol y lo flagelan con ramas espinosas. Mientras que corre su sangre, él no hace sino repetir: “¡Dios es único!”. Yo le he aconsejado muchas veces que oculte su fe y su secreto, pero él ha cerrado la puerta a estas resoluciones».

Ser enamorado, resuelto y paciente al mismo tiempo es imposible. Pues la resolución y el arrepentimiento son como el lobo y el amor como un dragón. El arrepentimiento es atributo de los hombres y el amor es atributo del Creador.

El mensajero de Dios preguntó a Abu Bekr:

«¿Qué propones hacer?».

—¡Voy a comprarlo! dijo Abu Bekr, ¡Sea cual fuere su precio!

El profeta le dijo:

«Deseo que me asocies a esta compra».

Así pues, Abu Bekr se volvió hacia la casa del amo de Bilal. Se decía:

«Es fácil quitar una perla de la mano de un niño, pues los niños del deseo cambian fácilmente su fe y su razón por unos pocos bienes de este mundo. Estos cadáveres están tan bien decorados que los cambian por centenares de jardines de rosas».

Abu Bekr llamó a la puerta de la casa y lleno de cólera, preguntó al amo de Bilal:

«¿Por qué maltratas a este amado de Dios? Si tú eres fiel a lo que crees, ¿por qué guardas rencor a alguien que es fiel a su fe?».

El propietario de Bilal respondió:

«Si sientes piedad por él, sólo tienes que pagar su precio. ¡Cómpramelo!».

Abu Bekr dijo:

«Poseo un esclavo blanco que es un infiel. Su color es blanco, pero su corazón es negro. ¡Cámbiamelo por este esclavo que tiene la piel negra, pero el corazón luminoso!».

Hizo venir a su esclavo, que provocó la admiración del amo de Bilal, de tan hermoso como era. Sin embargo, no cedió inmediatamente y aumentó sin cesar sus pretensiones. Abu Bekr se rindió a todas sus exigencias y compró a Bilal. Cuando el trato quedó cerrado, el hombre se echó a reír.

«¿Por qué te ríes?» le preguntó Abu Bekr.

El hombre respondió:

«¡Si no hubieses mostrado tanto deseo de comprar a este esclavo, habrías podido obtenerlo por la décima parte! ¡No tiene gran valor, pero tu cólera ha hecho subir su precio!

—¡Oh, imbécil! replicó Abu Bekr, ¡Unos críos cambian una perla por una nuez! Para mí, este esclavo vale como los dos universos, pues yo veo su alma y no su color. ¡Si hubieras pedido más, habría sacrificado todos mis bienes! Si eso no hubiera bastado, habría contraído deudas. ¡Tú no le has concedido valor alguno y lo has vendido barato! Por tu ignorancia, me has dado un cofrecillo lleno de esmeraldas sin saber lo que contenía. Acabarás lamentándolo, pues nadie habría desperdiciado semejante oportunidad. Te he entregado un esclavo de hermosa apariencia, pero idólatra. Conserva tu fe. Yo conservo la mía».

Y tomando a Bilal de la mano, lo condujo ante el profeta. Al ver el rostro de este último, Bilal perdió el conocimiento y se puso a llorar. El profeta lo tomó en sus brazos y le reveló sabe Dios cuántos secretos. Un pez acababa de encontrar de nuevo el océano y es difícil describir tal acontecimiento.

El profeta preguntó a Abu Bekr:

«Te había pedido que me asociases a esta compra. ¿Por qué no lo has hecho?».

Abu Bekr respondió:

«¡Los dos somos esclavos tuyos! Yo no he hecho más que liberarlo en tu nombre. ¡Considérame como esclavo tuyo, pues yo no querría que me liberasen de ti! Mi libertad es ser esclavo tuyo. Cuando yo era joven, tenía un sueño: el sol me saludaba y me consideraba como amigo suyo. Me decía yo que ese sueño no era más que una ilusión, pero, al verte, me he visto y, desde entonces, el sol ha perdido para mí todo su atractivo».

El profeta dijo a Bilal:

«¡Sube a lo alto del minarete para entonar la llamada a la oración! ¡Ve a gritar lo que habrías debido ocultar a tus enemigos! No tengas miedo, pues ellos son como sordos. Se oye el ruido ensordecedor de los tambores y ellos dicen: ¿pero dónde oís tambores?».

Los ángeles hacen a los ciegos el favor de llevarlos de la mano, pero los ciegos consideran este favor como una tortura. Dicen:

«¿Por qué nos lleváis de acá para allá? ¡Quisiéramos dormir un poco!».

Los santos sufren todavía más tormentos, pues el Amado es muy caprichoso con sus enamorados.

Ahora que has oído la historia de Bilal, sabe que su estado nada tiene que ver con el tuyo. Él avanzaba y tú retrocedes. Tu estado es comparable al de aquel hombre a quien preguntaban su edad. Él respondió:

«Tengo dieciocho años. Bueno, diecisiete. Quizá dieciséis o incluso quince…».

Su interlocutor lo interrumpió:

«¡Si continúas, vas a encontrarte de nuevo en el vientre de tu madre!».

EL CABALLO BLANCO

Pidió alguien a un bey que le prestase un caballo. El bey respondió:

«¡Con mucho gusto! Toma mi caballo blanco.

—¡No! ¡No! dijo el otro.

—¿Y eso por qué?

—Ese caballo es un animal extraño: marcha al revés, es decir, que, cuando se desplaza, ¡su cola lo precede!

—¿Y qué? ¡No tienes más que volver su cola hacia tu casa!».

Puesto que el deseo es la cola de tu ego, tú progresas andando hacia atrás. Así que vuelve esa cola hacia el apetito del otro mundo. Cuando el deseo del sueño o la glotonería se debilitan, el deseo de tu razón se encuentra reforzado. Es como cortar las ramas de un árbol. En su lugar rebrotan ramas más vigorosas. Vuelve, pues, la cola de tu ego en esa dirección y llegará a su meta, ¡aunque sea andando hacia atrás! Es verdad, sin embargo, que los caballos obedientes son más cómodos. No retroceden cuando se les dice que avancen.

EL PERFUME DEL PROFETA

Una caravana llegó un día a un pueblo. Allí, los viajeros vieron una puerta entreabierta. Uno de ellos propuso:

«Descarguemos y quedémonos aquí durante algunos días hasta que cese el frío».

En aquel momento, se oyó una voz, procedente del interior de la casa, que decía:

«¡Dejad vuestras cargas fuera antes de entrar!».

No cargues con lo que debe quedar en el exterior puesto que se te convida a una reunión importante.

El hombre que acababa de hablar era un esclavo que tenía a su cargo el cuidado de los caballos. Tenía nombre de esclavo, pero, en realidad, era un sultán. El bey, su amo, no conocía su valor real y lo consideraba como Satanás consideraba a Adán. Un día, este esclavo cayó enfermo y su estado fue revelado al profeta. Pero su amo, el bey, se ocupaba tan poco de él que no sabía nada de su enfermedad. Durante nueve días, el esclavo, que se llamaba Hilal, sufrió sin que nadie se diera cuenta.

El profeta recibió una revelación diciéndole que fuera a visitar a alguien llamado Hilal, que era un hombre atraído por él.

Cuando el bey fue advertido de que iba a tener el honor de recibir la visita del profeta, creyó que era a él a quien venía a ver y su alegría no tuvo límites. Estaba dispuesto a colmar de regalos al mensajero venido a traerle la noticia. Besó la tierra con fervor y exclamó:

«¡Sed bienvenidos! ¡Vuestra presencia honra mi casa! ¡Que estos lugares se conviertan en un paraíso! ¡Que mi palacio se enorgullezca de recibiros bajo su techo!».

Pero el profeta le dijo:

«¡No es a ti a quien vengo a visitar!

—¡Sea mi alma sacrificada por ti! exclamó el bey. ¿A quién deseas ver? ¿Cuáles son tus órdenes? ¡Sea yo transformado en polvo bajo los pasos de aquél a quien haces este favor!».

El profeta le dijo:

«¿Dónde está Hilal? ¡El que está tendido en el suelo a causa de su enfermedad! ¡Querría tener noticias suyas!

—No sabía que estuviese enfermo, dijo el bey. No lo he visto desde hace algunos días. Pasa el tiempo con los caballos y las mulas. Es mi palafrenero y se aloja en la cuadra que puedes ver allí».

El profeta se dirigió hacia la cuadra.

El instante de su visita hace desaparecer la sombra y el polvo. Hilál había notado el perfume del profeta como Jacob había notado el de José. Pero los milagros no son necesarios para el hombre de fe. No sirven más que para destruir a los enemigos y no están hechos para los amigos. Así pues, mientras que dormía, Hilal fue despertado por un perfume. Se dijo:

«¿De dónde procede ese perfume? ¿Qué es este olor tan agradable en la cuadra?».

Y de repente, vio, entre dos caballos, la túnica del profeta. Se precipitó para besarle los pies. El profeta acercó su rostro al de él y lo besó.

«¡Oh, solitario en este mundo! ¿Cómo estás?».

Hilal respondió:

«Cuando el sol nace en la boca del insomne, ¿en qué estado podría estar éste? Cuando el agua sumerge al que tiene tal sed que hasta comería tierra, ¿cuál puede ser el estado de este hombre? Cuando un perro que sueña que es un león se despierta de pronto, ¿en qué estado puede estar?».

EL ROSTRO PINTADO

Había una anciana de noventa años cuya cara arrugada era amarilla como el azafrán. Sus mejillas estaban plegadas como una cortina, pero el deseo de encontrar esposo era aún vivaz en ella. Ya no tenía dientes y su pelo era blanco como la leche. Su silueta estaba tan encorvada como un arco y sus sentidos estaban debilitados. En una palabra, ¡era vieja! Sólo el deseo del amor y la gana de marido subsistían en ella. Tenía muchos deseos de cazar, pero su trampa estaba en ruinas. Era como el gallo que canta demasiado tarde, como un pasajero extraviado. Se alimentaba su fuego, pero su marmita estaba vacía. Tenía deseo de cantar, pero ya no tenía labios.

Cuando pierde sus dientes, el perro deja de importunar a la gente. Ya no ataca a nadie y se pasea por el estercolero. Pero mirad a esas perras de más de sesenta años: ¡sus dientes están más acerados que los colmillos de los perros! Cuando envejece, el perro pierde su pelo, pero esta vieja perra se viste de piel y de seda. Si le dicen: «¡Que tu vida se prolongue!», ella quedará encantada y tomará esta maldición por una bendición. Tal deseo se concebiría si ella supiera algo del otro mundo, pero esta perra ignora todo de él. Cuando el hombre se gasta sin haber conocido la madurez, no es más que viejo. No tiene ninguna forma ni clase de belleza. Huele a cebolla. No tiene ni favor, ni generosidad, ni sentido, ni esencia.

Con la esperanza de convertirse en una hermosa novia, esta vieja se depiló las cejas y se puso ante el espejo para maquillarse. Por mucho que se recubrió de polvos, no por eso dejaron de persistir sus arrugas. Como último remedio, imaginó recortar unas ilustraciones del Corán y adornarse la cara con ellas, esperando situarse así en el rango de las bellezas. Cuando se puso el vestido, cayeron al suelo las ilustraciones y ella volvió a pegarlas con saliva. Como seguían sin adherirse a su vestido, acabó por ponerse nerviosa y exclamó:

«¡Maldito sea Satanás!».

En aquel instante, Satanás se le apareció y le dijo:

«¡Vieja ramera! ¿Qué es ese maquillaje? Ni siquiera yo he llegado nunca a semejante aberración. ¡Lo que haces no tiene precedentes! ¡Ni siquiera has dudado en recortar las ilustraciones del Corán! ¡Tú vulgar, como ejércitos satánicos! ¡Déjame en paz, tú que, para adornar tu cara, has tomado los adornos del Corán!».

Para venderte y hacerte apreciar, has robado la palabra de los hombres. Pero una obra teatral relatada carece de valor, igual que una rama atada a un árbol no da fruto. Cuando la muerte te desnude, todo lo que te has añadido, se desprenderá.

¡Oh, mujer vieja! ¡No luches contra el destino! ¡Mira tu estado! No te vuelvas hacia el pasado. No hay esperanza de que puedas embellecer tu cara. Y, lo pintes de rojo o de negro, nada cambiará.

PALABRAS

Un día, un mendigo en busca de pan dedicó una plegaria a un extranjero de paso que lo había socorrido:

«¡Oh, Dios mío! dijo, este hombre me ha dado pan. ¡En recompensa, concédele volver a su país sin dificultades!».

El extranjero replicó:

«¡Ya he visto lo que tú llamas mi país! ¡Que Dios te dé a ti más bien la gracia de llegar al tuyo!».

Los hombres viles envilecen la palabra. E, incluso cuando sus palabras son elevadas, ellos las rebajan. Igual que los vestidos están cosidos para el cuerpo, lo mismo las palabras se pronuncian para los que las oyen. Si unos hombres de corazón vil participan en una reunión, ¡ay! ¡la palabra también resulta envilecida!

NADA

Un día, un mendigo llamó a la puerta de una casa y suplicó al amo del lugar que le diese un poco de pan, aunque fuese duro.

«¿Cómo quieres que yo te encuentre pan? replicó este último. ¿Me tomas por un panadero?

—Entonces, ofréceme un poco de gordo de carne.

—¡Esto no es tampoco una carnicería!

—Dame al menos un puñado de harina.

—¿Se parece mi casa a un molino?

—¿Entonces, un vaso de agua?

—¡Aquí no hay río!».

Así, cada petición del mendigo fue rechazada del mismo modo. Finalmente, éste se quitó el pantalón y defecó en el umbral.

«¿Qué haces? preguntó el amo de la casa escandalizado.

—Esto es una ruina propicia a la defecación, dijo el mendigo. No hay nada que beber y nada que comer. ¿Cómo podría nadie vivir aquí? ¡Manifiestamente, este lugar no puede servir más que como letrina!».

EL ENFERMO Y EL SUFÍ

Un enfermo visitó un día al médico y le dijo:

«¡Oh sabio! ¡Tómame el pulso! Pues el pulso es el testigo del estado del corazón. La vena de mi brazo se prolonga hasta mi corazón y como no se ve el corazón, ¡es a la vena a la que hay que interrogar!».

Puesto que el viento no se ve, miremos el polvo y las hojas que vuelan. La embriaguez del corazón está oculta, pero las ojeras son testigos. Pero volvamos a nuestra historia…

El médico tomó el pulso del enfermo y se dio cuenta de que la esperanza de curación era muy pequeña. Le dijo:

«Si quieres que cesen tus tormentos, haz lo que tu corazón te inspire. No dudes en realizar cada deseo de tu corazón. De nada serviría prescribirte un régimen o recomendarte paciencia, pues, en este caso, eso no haría sino empeorar tu estado. Realiza, pues, tus deseos y actúa según el Corán, que dice: “¡Haced lo que deseáis hacer!”».

Tales fueron, pues, los consejos que el médico prodigó a su paciente y éste le respondió:

«¡La salvación sea contigo! ¡Corro al río para vaciar en él mis penas!».

Al llegar al borde del río, nuestro hombre vio allí a un sufí que, sentado a la orilla, se lavaba las manos y la cara. Le vino entonces el deseo de darle un golpe en la nuca. Recordando los consejos del médico, que le prescribía seguir su deseo, alzó la mano, cuando se dijo:

«No debo hacer tal cosa, pues se dice en el Corán: “No os pongáis conscientemente en peligro”. Y sin embargo, si no satisfago este deseo eso será peligroso para mi salud».

Abofeteó, pues, al sufí con un golpe muy sonoro. Éste se volvió y gritó:

«¡El muy cochino!».

Y se lanzó sobre él con intención de darle unas patadas y tirarle de la barba. Pero, al ver que se trataba de un hombre enfermo, cambió de idea.

El pueblo, inducido al error por Satanás, da igualmente bofetadas. Pero también está enfermo y debilitado. ¡Oh, tú, que abofeteas al inocente! ¡Sabe que esa bofetada se volverá contra ti! ¡Oh, tú, que tomas tus deseos como remedio y golpeas a los débiles! ¡Sabe que tu médico se ha burlado de ti! Es el mismo médico que aconsejó a Adán que comiese trigo. Dijo a Adán y a Eva:

«Comer estas semillas es para vosotros el único medio de acceder a la vida eterna».

Al decir esto, daba una bofetada a Adán, pero esta bofetada le fue devuelta.

Así pues el sufí lleno aún del fuego de la cólera, comprendió la finalidad del incidente, y el que ha visto la trampa ya no presta atención a las semillas que son su cebo.

Si deseas evitar problemas preocúpate de la sucesión de los acontecimientos más bien que de lo inmediato. De ese modo, lo inexistente se te revelará y lo visible quedará envilecido a tus ojos. Todo hombre razonable busca lo inexistente noche y día. Si fueras pobre, te pondrías a buscar la generosidad del prójimo. Todos los artistas buscan lo inexistente y el arquitecto busca una casa cuyo techo se ha derrumbado. El aguador busca una cántara vacía y el carpintero una casa sin puerta.

Puesto que tu única esperanza reside en lo inexistente y lo inexistente está en tu naturaleza, ¿por qué temerlo continuamente?

El sufí dijo entonces:

«De nada serviría devolverle la bofetada. Eso es lo que haría un ignorante. Para mí, que estoy revestido del manto de la sumisión, es cosa fácil aceptar una bofetada».

Y pensando en la debilidad de su adversario, se dijo además:

«Si lo abofeteo, lo derribaré y tendré que dar cuenta de ello al sultán. De todos modos, el mástil está roto y la tienda se viene abajo. Sería estúpido acabar ante la justicia por un hombre que tiene ya toda la apariencia de un cadáver».

Así, decidido a no replicar, condujo al enfermo ante el juez, que es la balanza de la verdad, lejos de todas las trampas de Satanás. Como por arte de magia encierra a Satanás en una botella y cura la calumnia con el remedio de la ley. Así, el sufí tomó a su adversario por su túnica y lo arrastró ante el juez.

—¡Mira a este asno reacio!, dijo al juez. ¡Ponlo sobre un asno y hazle dar la vuelta a la ciudad! ¡O hazlo azotar si lo prefieres! ¡Pues si alguien muere por la ley, no se pedirá cuenta alguna por su muerte!

—¡Oh, hijo mío! dijo el juez. ¡Tensa tu lienzo para que yo pueda ejecutar mi pintura! ¿Quién ha golpeado? ¿Él o tú? Si ha sido él, está tan enfermo que casi no es ya más que una ilusión. Y el juicio de la ley se aplica a los vivos y no a los muertos. No existe ley que autorice a ponerlo sobre un asno, pues ¿quién pondría un leño sobre un asno? ¡Sería como ponerlo en un ataúd! Sabe que la tortura consiste en prohibir a la gente el lugar al que merecen ir.

—¿Es justo, preguntó el sufí, que este asno me haya abofeteado sin razón alguna?

Entonces el juez preguntó al enfermo:

—Cualquiera que sea tu riqueza, dime cuánto dinero llevas encima.

—¡No poseo más que seis monedas! respondió el enfermo.

—Conserva tres y dame el resto sin replicar. También él me parece débil y en mal estado. Podrá así buscar pan y algo para acompañarlo.

En ese instante, el enfermo vio la nuca del juez y pensó que ésta merecía una bofetada tanto como la del sufí. Después de todo, pagar tres monedas por una bofetada no le parecía un precio exorbitante. Aparentó, pues, querer hablar al oído del juez y le asestó una ruda bofetada diciendo:

«¡Repartíos estas seis monedas y dejadme en paz con esta historia!».

El juez se encolerizó, pero el sufí le dijo:

«Debes sentenciar según la justicia y no bajo el imperio de la cólera. Acabas de

caer en el pozo que me invitabas a visitar. Un hadiz pretende que quien excava un pozo, cae dentro. Actúa según tu saber. La bofetada que has recibido es la recompensa de tu buen juicio. Te has compadecido del verdugo y me has dicho: “¡Llena tu estómago con estas tres monedas!”. ¿Puedes imaginar el valor de las demás sentencias que has podido pronunciar?».

El juez respondió:

«Hay que aceptar cada tormento y cada bofetada que nos cae encima. Mi cara se ha amargado, pero mi corazón acepta el veredicto del destino, pues sé que la verdad es amarga. En el período de sequía, el sol sonríe, pero los jardines agonizan. ¿De qué sirve sonreír como una sandía pasada? ¡No conoces ese mandamiento del profeta: “Llorad abundantemente!”».

El sufí le preguntó:

—¿Por qué el oro, que es un metal es tan precioso mientras que los demás metales no lo son? Dios dijo: “He aquí mi camino”. Entonces ¿cómo es que El haya llegado a ser el guía y el otro se haya convertido en un bandido? Existe un hadiz que dice: “El hijo es el secreto del padre”. Entonces, ¿por qué nacen del mismo vientre un esclavo y un hombre libre?

—¡Oh, sufí!, dijo el juez. No temas nada. Voy a citarte un ejemplo a propósito de esto. El Amado es estable como la montaña, pero los que aman tiemblan como hojas. En su ser y en sus actos no existe ni opuesto ni semejante. Lo que existe no encuentra existencia sino en Él. Ahora bien es imposible que un opuesto pueda ver a su opuesto. Más bien se aleja de él. Cada cosa, buena o mala, tiene su contraria. ¿Puede una cosa crear otra cosa a imagen suya? ¿Puede tener dos caras la verdad? ¿Cómo podría ser la espuma diferente de sí misma? ¿Cómo podrían ser únicas las hojas de un árbol, que se parecen todas? Considera el océano como si no tuviese límites, pues ¿cómo fijar límites a la existencia del océano? ¡Oh, sufí! ¡Escúchame! Si el cielo te envía un tormento, sabe que de él se seguirá una dicha. Si el sultán te abofetea, está seguro que te ofrecerá el trono. El mundo entero no tiene el valor del ala de una mosca. Pero por una bofetada semejante se han sacrificado millares de almas. Todos los profetas fueron alabados por Dios a causa de su paciencia en la adversidad. Permanece en la casa para que la llegada del favorecedor no te sorprenda desprevenido. Si no, retirará la felicidad que traía diciendo: “¡No hay nadie aquí!”.

—¿Qué sería el mundo, prosiguió el sufí, si la misericordia y el reposo fueran eternos? ¿Si Dios no nos enviase un tormento en cada instante? ¿Si la alegría estuviese lejos de la tristeza? ¿Si la noche no robase la luz del día? ¿Si el invierno no destruyera los jardines? ¿Si nuestra salud no fuera blanco de las enfermedades? Su misericordia no se encuentra disminuida si el menor de sus dones va siempre acompañado de su cortejo de inquietudes.

A este ignorante, desprovisto de razón y con el corazón cerrado, respondió el juez:

»—¿Conoces la historia de aquel hombre que era un elocuente hablador?

Discurseaba un día sobre los sastres y describía cómo robaban éstos al pueblo y citaba numerosas anécdotas sobre este tema. Como se trataba de historias de ladrones, la gente se reunió alrededor de él.

»Las palabras agradables procuran placer al auditorio y el interés de los niños aumenta el deseo de enseñar en el maestro. En un hadiz, el profeta dice: Ciertamente, Dios inspira sabiduría en la lengua del predicador igual que la inspira en la comprensión del auditorio”.

»Si un músico toca diferentes makams ante un auditorio ignorante, su instrumento se transforma en plomo. Olvida toda melodía y sus dedos se inmovilizan. Si no existiesen ojos para comprender las artes, el cielo y la tierra dejarían de existir. Si no existiesen los perrillos, no llenarías su escudilla con los restos de tu comida.

Así contaba nuestro narrador las fechorías de los sastres cuando un Turco, que había seguido sus palabras, le preguntó lleno de cólera:

—¿Cuál es el sastre menos honrado de esta ciudad?».

El narrador respondió:

—Es Pur Usüs. ¡Ha arruinado a toda la ciudad con sus trapicheos!

—¡Apuesto, dijo el Turco, que, a pesar de toda su astucia, a mí no podría robarme ni siquiera una hebra de hilo!

Le dijeron:

«Otros más astutos que tú se han dejado engañar por sus artimañas. No seas presuntuoso. ¡Seguro que te engañará!».

Pero el Turco insistió en su apuesta y fijaron los términos de ella. El Turco dijo:

«Si consigue robarme, os doy mi caballo y si no lo consigue, yo os tomaré un caballo a vosotros».

Aquella noche, el Turco no concilió el sueño. Se debatió hasta el amanecer con el fantasma del sastre estafador. Por la mañana, tomó una pieza de tejido de seda bajo el brazo y se trasladó al almacén del sastre. Éste lo acogió con gran deferencia. Tanto lo honró que sus palabras despertaron el afecto en el corazón del Turco. Ante aquel ruiseñor que cantaba, éste extendió su tejido diciendo:

«Hazme un traje de guerra con esta tela. Hazlo ancho por abajo y estrecho por arriba. Pues la estrechez arriba proporciona descanso al cuerpo, mientras que la anchura debajo libera las piernas».

El sastre le respondió:

«¡Oh, encantador cliente! Para mí es un honor servirte».

Y empezó a medir el tejido mientras charlaba. Contó anécdotas sobre la generosidad de los beyes, sobre las particularidades de los avaros y sobre muchas otras cosas. Después, mientras que su boca seguía vertiendo su palabrería, sacó sus tijeras para cortar la tela. El Turco se reía mucho de todo lo que oía y sus ojos se fruncían de tanto reír. En aquel instante, el sastre recortó rápidamente un trozo de tela y lo disimuló entre sus piernas. Lo hizo tan aprisa que nadie lo vio, excepto Dios. Pero Dios ve las faltas y las oculta hasta el momento en que el pecador hace

desbordar la copa.

Embriagado por la agradable perorata del comerciante, el Turco había olvidado completamente su apuesta. Dijo al comerciante:

«¡Por favor! ¡Cuéntame otra historia pues tus historias son alimento para el espíritu!».

Entonces, el comerciante contó una historia tan graciosa que el Turco se revolcaba de risa. Mientras reía, el sastre cortó otro trozo de tela y lo escondió en su casaca. El Turco reclamó otra historia y el sastre le contó una, más graciosa todavía. El Turco, con los ojos cerrados, perdió la noción de las cosas, ebrio de su risa y un tercer trozo de tela fue de nuevo birlado.

El Turco suplicó una vez más que le contase una historia, pero el sastre sintió piedad y se dijo:

«¡Qué hombre tan apasionado por las historias! ¡El pobre no se da cuenta de nada!».

«¡Por piedad! imploró el Turco. ¡La última!».

—¡Oh, imbécil! ¿Hay algo más peregrino que tú?

»¡Ya basta, añadió entonces el sastre, pues si te cuento otra historia, tu tela será demasiado corta para que yo pueda hacerte un traje con ella!

»Tu vida es como ese tejido. El sastre del orgullo la corta con las tijeras de las palabras y tú le ruegas que te haga reír.

Tal fue, pues, la respuesta del juez al sufí. Entonces dijo este último:

—Dios podría fácilmente realizar todos nuestros deseos y saciar todas nuestras pasiones. ¿No puede transformar el fuego en rosas y la pérdida en ganancia? Hace salir la rosa de la espina y transforma el invierno en primavera. ¿Qué perdería no haciendo perecer a aquéllos a los que ha dado el espíritu y la vida? ¿En qué le afecta que caigamos en las redes de Satanás?

—Si no existieran lo dulce y lo amargo, respondió el juez, lo feo y lo hermoso, el guijarro y la perla, el ego, Satanás y el deseo, la prueba, la dificultad y la guerra ¿cómo podría Dios llamar a sus servidores? ¿Cómo podrías decir tú mismo: «¡Oh, hombre bueno! ¡Oh, hombre piadoso! ¡Oh, sabio!? Si el maldito Satanás no existiera para cerrarnos el camino, ¿cómo sería posible distinguir a los fieles que están en los caminos de la verdad? Si así no fuera, la ciencia y la sabiduría se confundirían con la vanidad. La ciencia y la sabiduría se encuentran en el camino de la perversidad y si el camino fuera siempre recto, la sabiduría sería inútil. Bien sé, ¡oh, sufí! que no careces de madurez. Me haces esas preguntas para que los demás comprendan. Es más fácil soportar las pruebas de este mundo que, por ignorancia, quedarse lejos de la verdad. Pues estas pruebas son efímeras, mientras que semejante desgracia es eterna. La oportunidad se ofrece al que tiene el alma despierta».

LA MADRE

Attar refiere esto: Cuando hubo ganado la guerra contra la India, el sultán Mahmud recibió un esclavo como parte del botín. Lo adoptó y lo hizo hijo suyo, lo honró más que a nadie y lo nombró su sucesor. Si quieres detalles de esta historia, echa una ojeada al libro del sheij Attar.

Resumiendo: este niño, sentado en un trono de oro al lado del sultán vertía todos los días lágrimas amargas. El sultán le preguntó:

«¡Oh, niño afortunado! ¿Por qué lloras? Todos tus deseos son complacidos y estás cerca del sultán. Te sientas en el trono y los soldados, como el visir están a tu servicio».

El niño replicó:

«Lloro porque me acuerdo de mi madre. Cuando ella quería reprenderme, decía maldiciéndome: “¡Que el sultán Mahmud te lleve!” y mi padre se lo reprochaba diciéndole: “¿Por qué lo maldices así? ¿No tienes más maldiciones que esas imprudentes palabras?”. Y acusaba a mi madre de no tener corazón por tratar así a su hijo. Esta disputa entre ellos no hacía más que aumentar mi pena y mi temor. Yo me decía: “¡Qué arrebatado carácter debe de tener ese Mahmud para representar así el temor y la calumnia!”. Yo vivía entonces temiéndote, ignorando todo de tus favores. ¿Dónde está ahora mi madre, ¡oh sultán del universo!? ¡Ojalá pudiera ella verme ahora sentado en este trono!».

¡Oh, ignorante! Tu estado de pobreza es como el sultán Mahmud. Tu naturaleza lo teme. Si conocieses su misericordia, rezarías a cada instante para que tu fin fuera Mahmud. No escuches, pues, a tu madre Naturaleza que te induce a error. Si buscaras la pobreza, llorarías hasta el fin del mundo. En lo que toca a la subsistencia, seguramente tu cuerpo es para ti como una madre. Sin embargo, es más enemigo tuyo que millares de enemigos.

EL CAMINO DE LA ORACIÓN

Una mañana, al llegar un comerciante ante su tienda, vio que su entrada estaba interceptada por un grupo de mujeres. Le ardían los pies a causa del largo camino que había recorrido, pero no podía pasar, tan atestado estaba el lugar de mujeres, todas más hermosas las unas que las otras. Se dirigió a una de ellas y le dijo:

«¡Oh, hija mía! ¡Qué numerosas sois!

—¡No te irrites por eso! replicó la mujer. En realidad, nuestro número es aún insuficiente ¡y la penuria de mujeres engendra la homosexualidad!».

No te preocupes por los sucesos de tu tiempo. No tomes en consideración las indigestas obras del destino. No te preocupes por tu subsistencia. Si estás necesitado o en la sequía, si tiritas, ¡qué importa! Considera estas amargas pruebas como un signo de misericordia y el poder sobre nuestras ciudades como una tortura.

El camino de la oración está lleno de huellas de herradura. ¡Pero éstas están vueltas hacia atrás!

MALES

Una mujer dijo un día a su marido:

«¡Oh, tú, que has abandonado el camino de la generosidad! ¡Mírame! ¿Cuánto tiempo seguiré estando así, maltratada y andrajosa?».

El marido respondió:

«Yo trabajo para asegurar tu subsistencia. Soy pobre, sin duda, pero mis manos y mis pies son sólidos. ¡Es deber mío vestirte y alimentarte y nunca he dejado de hacerlo!».

La mujer mostró entonces el cuello de su camisa, que estaba sucio y hecho de una tela basta.

«Este cuello me tortura la piel. ¿Por qué me obligas a llevar semejante vestido?

—¡Oh, mujer! respondió el hombre, responde a mi pregunta: ¿qué es preferible, divorciarse o soportar uno la rudeza de su cuello? ¿Cuál es el peor de esos dos males?».

¡Oh, tú, que te quejas! Las dificultades la pobreza, las pruebas y la adversidad son así. Es amargo, sin duda, renunciar a un deseo, pero lo es aún más alejarse de la verdad. Ayunar es difícil, ciertamente, pero menos que apartarse dé la verdad. Si Dios te dice: «Oh, enfermo ¿Cómo estás?». ¿Crees que persistirá tu enfermedad? Aunque no oigas su voz, su pregunta te complace. Hace mucho tiempo, ¡oh reseco! que hierves en tu marmita. ¡Y ni siquiera has alcanzado la mitad de la cocción!

EL SABIO Y EL SACERDOTE

Un sabio preguntó un día a un viejo sacerdote:

«¿Quién es más viejo, tu barba o tú?».

El sacerdote respondió:

»—Nací antes que mi barba y conocí el universo antes que ella.

»Tu barba es blanca, siguió el sabio; ha abandonado su estado original. Pero tú no has cambiado todavía tu mala naturaleza. Aunque tu barba haya nacido después que tú, te ha adelantado. Tú estás aún en la sequedad del deseo, en la sequedad del “yo” y del “nosotros”. Sigues estando en la misma disposición de espíritu que en tu nacimiento. No has avanzado ni un paso. Toda tu vida has permanecido en un horno ardiente, pero tú te has quedado en tu estado de barro. Eres movido por el viento de tus deseos, pero estás sujeto al suelo como una paja reseca. Como el pueblo de Moisés, te has quedado en el desierto durante cuarenta años. Corres de la mañana a la noche pero siempre vuelves al mismo punto. Mientras estés enamorado del becerro de oro, tu salvación será imposible, aunque te dedicaras a ella durante tres siglos. Dios te ha colmado de favores, pero, como tu naturaleza es la de un buey, el amor al becerro ha reemplazado en tu corazón al amor a la verdad. ¡Interroga, pues a tu cuerpo y no creas que carece de lengua! ¡Quizá tenga a su disposición centenares de lenguajes! Tú buscas día y noche una leyenda, pero tu cuerpo ya te cuenta una. Sucede como con el verano. Gracias a él brota el algodón, pero el algodón permanece cuando el verano ha sido olvidado. Sucede como con el hielo. Surge del invierno. El hielo, permanece cuando el invierno ha desaparecido. Del mismo modo, cada uno de tus miembros te cuenta los favores de Dios. Si la embriaguez y los juegos del amor no existieran, ni una mujer habría quedado embarazada. Sin primavera, ningún huerto da frutos. Las mujeres embarazadas y los niños que sostiene uno en las rodillas son signos de la primavera y testigos de los juegos del amor. Cada árbol amamanta a su hijo pues, como María, ha quedado encinta de un sultán desconocido.

»¡Oh, sacerdote! Manda a tu pena que no sea tan olvidadiza con los favores que ha recibido. Si no hubiese en ti una eterna primavera, ¿qué contendría el granero de tu cuerpo? Tu cuerpo es un montón de rosas y tus ideas son el agua de estas rosas. Pero ¡qué cosa tan extraña! ¡El agua de rosas reniega de las rosas!

»La obstinación y la blasfemia son lo propio del chimpancé, pero la gratitud y la contemplación forman el camino del profeta. Si este nacimiento no se hubiera producido con ocasión del eclipse de luna, habría menos filósofos extraviados en esta noche. ¡Muchos hombres sensatos fueron víctimas de este extravío y vieron una montaña en su nariz!».

JAQUE MATE

Un pobre había caído en una extremada indigencia. Los tormentos de la miseria envenenaban su corazón. Un día dirigió esta plegaria a Dios:

«¡Oh, Tú, que oyes toda oración! Tú me has creado sin esfuerzo. Entonces, concédeme mi subsistencia sin que yo necesite preocuparme por ella. Tú has colocado cinco perlas en mi cabeza y cinco sentidos ocultos. Es imposible para mí enumerar los favores que me has concedido. ¡Concédeme también mi subsistencia!».

Rezaba así, sin cesar, esperando que Dios lo escucharía. Pero, viendo transcurrir el tiempo, empezaba a dudar. Como se cansaba de rezar y se hundía en la desesperanza, Dios le sugirió:

«Dios es El que rebaja y El que eleva. Todo lo que El emprende procede de eso. Mira la bajeza de la tierra y la altura del cielo. Mira los años, la mitad en la sequía y la mitad en el verdor. Mira el tiempo que se alarga de día y disminuye de noche. El mundo vuela con sus dos alas. Los hombres son de todos los colores pero, en la tumba, todos se vuelven del mismo color».

Nuestra subsistencia es un vino escanciado en una copa de oro. La subsistencia del perro es su comida en su escudilla. Hemos hecho que la multitud de los hombres se aficione al pan. Pero existen hombres que están ebrios del Amado. Puesto que tú estás satisfecho con tu naturaleza, ¿por qué intentas sustraerte a ella?

Un día nuestro pobre tuvo un sueño mientras dormía. Pero los sufíes pueden soñar sin dormir. En su sueño oyó una voz de lo desconocido que le decía:

«¡Oh, hombre infortunado! Ve a la papelería y busca allí un papel disimulado entre otros, de tal forma y de tal color. Ve a leerlo en un lugar apartado y evita cuidadosamente que alguien esté allí en el momento de esta lectura. Pero, si este secreto fuera desvelado alguna vez, no temas nada pues ningún otro, aparte de ti, podría aprovecharse de él. Y si sobreviene un retraso, ten paciencia y repite el versículo: “¡No perdáis la esperanza de la misericordia!”».

El pobre quedó tan contento con este mensaje que el mundo le pareció como encogido. Y si Dios no hubiese velado por él, no hay duda de que habría muerto por efecto de la emoción.

Se trasladó apresuradamente a la papelería y se puso a seleccionar los papeles. Acabó, efectivamente, por encontrar el papel que se le había descrito en su sueño. Y se retiró a un lugar tranquilo para leerlo. Y esta lectura lo sumergió en el asombro: ¿cómo podía encontrarse el plano de semejante tesoro entre los artículos de la papelería? El pobre dijo entonces:

«Dios es el protector de todo».

Aunque Él colmase los valles de oro y de plata, nadie podría aprovecharse de eso sin su permiso. Aunque leyeses millares de páginas, nada de ellas te quedaría sin Su voluntad. Sabe que el universo celeste es lo opuesto a la comprensión humana. Pues la mosca no puede intimar con la abubilla.

En el papel se había escrito:

«Fuera de la ciudad existe un edificio coronado por una cúpula. De espaldas a la ciudad, mira en dirección al lucero del alba. Ve allí, vuelve la espalda a la ciudad y eleva tu mirada hacia La Meca. Desde allí, tira una flecha y excava en el lugar en el que caiga».

Lleno de ardor y alegría, nuestro hombre se apresuró a ejecutar puntualmente todo esto. Pero desgastó su pala y su pico sin que apareciese tesoro alguno. Lanzaba cada día una nueva flecha y excavaba un hoyo nuevo. Aquello se había convertido en su trabajo diario y la gente de la ciudad se puso a hablar de estas curiosas actividades. Algunos, celosos, fueron a avisar el sultán.

Cuando el pobre supo que el sultán había sido informado sobre su estado, decidió aceptar su destino y presentarse ante el sultán. Fue al palacio y, antes que lo torturasen, entregó el papel diciendo:

«¡Tomad! No hay rastro alguno de tesoro. Es mucho mejor que sea un ocioso como el sultán el que se ocupe de este asunto. ¡Si encuentra un tesoro, que se lo guarde! El camino de la desesperanza es peligroso para la razón y se necesita amor para emprender ese camino».

Y liberado así de sus enemigos celosos, se concentró más en su única pasión.

El perro se cura su herida lamiéndose. Para quien conoce los tormentos del amor, no existe ningún otro amigo. Nadie más loco que un enamorado, pues la razón es ciega y sorda ante el amor. Es un tipo de locura muy particular y el médico nada puede hacer aquí. Si un médico cayese un día en semejante locura, lavaría sus libros de medicina con su propia sangre.

Cuando rezaba, el pobre se volvía hacia su corazón y decía:

«El hombre cosecha el equivalente de su esfuerzo».

Aunque había rezado mucho tiempo sin recibir, perseveraba en sus plegarias pues, aunque no fuese escuchado, percibía una respuesta. Como tenía confianza en la generosidad divina, sus oídos oían: «¡Sí!».

No llames a ese pájaro, porque vuela hacia ti. Su subsistencia está junto a ti. Aunque sube muy alto en el cielo, su pensamiento sigue estando vuelto hacia tu trampa. Yo estoy enfermo y Tú eres el hijo de María que me devolverá la salud. Esto es el grito que Él ha puesto en evidencia. ¡Oh, Dios mío! ¡No hagas aparente lo que está oculto! Como la flauta, tenemos dos bocas. Una de ellas está situada entre los labios y la otra se lamenta. Pero, si la flauta no conociera el favor de los labios, este universo no conocería el azúcar. Es preferible que José se quede en el fondo del pozo, pues sus hermanos están celosos. Yo estoy ebrio y querría lanzarme en medio de las querellas. ¿Qué es un pozo? Acabo de plantar mi tienda en medio del Sáhara. Ofréceme una copa de vino y mira el tamaño de mi embriaguez. Deja ahí a ese pobre que espera su tesoro, pues nosotros estamos ahogados en el océano de placer. ¡Oh, pobre! Refúgiate ante Dios, pero no esperes nada de un ahogado.

¡Oh, escanciador! Sirve una gran copa a ese hombre que me mira con

reprobación. Yo conozco todo su juego: ¡Está jaque mate!

PACIENCIA

Un discípulo deseaba entrevistarse con el sheij Ebu'l Hasán Harkaani. Dejó, pues, la ciudad de Talkán por la ciudad de Harkán. Atravesó muchas montañas y valles rezando a Dios para que le permitiese un día contemplar el rostro del sheij. Después de muchas tribulaciones acabó por descubrir la casa del sheij. Lleno de respeto llamó a la puerta. Desde el interior la mujer del sheij le respondió gritando:

«¿Qué quieres? ¿Qué vienes a hacer aquí?».

El discípulo respondió:

«¡He venido a visitar al sheij!».

La mujer se echó entonces a reír:

«¿Realmente no tienes nada mejor que hacer? ¡Has atravesado todo el país para ver el rostro de un imbécil! ¿Acaso estabas harto de tu país?».

Así, sin vergüenza, vilipendió esta mujer a su marido. Pero no es mi propósito referir sus palabras. Lo seguro es que sus palabras ahogaron en el pesar el corazón del discípulo. Con lágrimas en los ojos, preguntó:

«¿Dónde está ese hermoso sheij?

—¡Es un hipócrita! dijo la mujer. ¡Una trampa para los idiotas! ¡Un lazo para los extraviados! ¡Cuántas personas como tú han venido así y se han puesto en peligro por culpa suya! ¡Vale más que te vuelvas sin verlo!».

El discípulo se puso a gritar:

«¡Ahora ya basta! La luz de los hombres de Dios ha cubierto el Oriente y el Occidente. Tus palabras satánicas no me arrancarán de aquí. No he venido aquí como una nube, empujada por el viento, para abandonar este umbral como polvo. ¡Oh, mujer! Tú soplas para apagar la antorcha de la verdad. Pero no lograrás más que quemarte la cabeza. ¿Puede apagarse el sol de un soplo? Si no vivieses en esta casa, te rompería la cara. ¡Da gracias al cielo por ser el perro dé esta casa!».

— Después, el discípulo preguntó a su alrededor dónde podría encontrar al sheij. Y alguien le respondió:

«¡Ha ido al bosque a buscar leña!».

Satanás, que pretende ocultar la luz bajo el polvo sembró la duda en el corazón del discípulo, que se dijo:

«¿Cómo puede conservar este sheij a esta mujer en su casa y vivir con ella? ¿Cómo pueden unirse estos dos opuestos?».

Pero, al mismo tiempo, se decía:

«No debo juzgar al sheij pues sería un pecado».

Entonces, su ego le hacía esta pregunta:

«¿Cómo puede vivir Gabriel con Satanás? ¿Cómo puede vivir el guía con el que extravía a la gente?».

Mientras era asaltado por todos estos pensamientos, vio al sheij, montado en un león, que venía a su encuentro. El león tiraba de una carga de leña y una serpiente

servía al sheij como látigo. Cuando éste vio al discípulo, se puso a sonreír. Pues la luz de su corazón le había hecho descubrir sus pensamientos. Se los describió y le contó sus aventuras como si hubiera asistido a ellas.

«Si yo no mostrara paciencia con ella, dijo, ¿cómo podría este león arrastrar mi fardo? Soy feliz, ebrio y fiel, como un camello bajo la carga que Dios le ha ofrecido. No tomo demasiado en consideración las críticas del pueblo. Podemos soportar el fardo de esta idiota y de millares de gentes como ella. Este destino es una lección para nuestros alumnos».

Todas estas palabras se te dirigen para que soportes con paciencia a las personas de mal carácter.

SUCESORES

Dios se dotó de un sucesor para que éste reflejase Su perfección en su corazón. Lo colmó de favores ilimitados. Luego creó a su opuesto a partir de la oscuridad. Fabricó dos estandartes, uno blanco, otro negro. ¡Y cuántos combates han tenido lugar bajo esos estandartes! La segunda generación de esta oposición estuvo formada por Caín y Abel. Esto continuó con Abraham y Nemrod, hasta Moisés y el Faraón. Después, hasta el tiempo de Mahoma, al que intentó torturar Ebu-Cehil.

¿Qué es la fe? Es hacer correr el agua de un arroyo. Cuando el alma se desprende del cuerpo, corre. El sabio es el que libera su alma en lugar de la carne y la envía hacia la pradera. Para explicar el orden divino, la rosa, a veces, se convierte en espina.

EL CÍRCULO

El viento se puso a soplar y los fieles se sentaron, protegidos, en medio de un círculo. La tempestad hacía estragos, pero la misericordia de Dios era como un barco. Dios no ha creado los barcos para ser sultán de ellos. Su fin no es hacer de sultán, sino asegurar la seguridad de sus criaturas.

Si el buey avanza no es para llevar su fardo, sino para evitar los latigazos. Dios le ha enseñado este temor para que sirva a Sus servidores. El que trabaja no se esfuerza para mejorar el mundo, sino para sí mismo. Cada uno busca un remedio a sus propios tormentos y así es como el universo acaba por encontrar un orden. Dios ha hecho del temor el pilar del universo. Todos experimentan temor hacia las cosas buenas y hacia las cosas malas. Pero ninguno siente temor hacia sí mismo. Pues cada uno de nosotros tiene un adversario. Aunque está muy cerca de nosotros, nos es difícil apoderarnos de él. En realidad, es fácil apoderarse de él, pero no con los sentidos de este mundo. Para eso los sentidos no sirven de nada. Si el sentido animal bastase, el asno y el buey serían los Beyazid de su tiempo.

Es Dios quien ha casado el cuerpo y el espíritu. Es El quien hizo de un barco el caballo de Noé. Si Él quisiera, ese mismo barco sería para ti un huracán. Debes saber que el pesar y el gozo que llevas en tu corazón son el barco y la tempestad que Dios te ofrece en cada instante.

Como los ojos no ven el origen del temor, se espantan ante cada imagen. Si un hombre fuerte da un puñetazo a un ciego, éste cree que se trata de un camello que le ha dado una coz. Si, por casualidad, oye en el mismo instante el grito de un camello, sus oídos serán para él como ojos. Si no, habría podido decir: «Quizá sea una piedra que me cae en la cabeza». Pero, en realidad, se equivoca en los dos casos. Estas situaciones son cosa del que ha creado el temor. El sabio llama «inquietud» al temor pero su comprensión está pervertida. ¿Cómo experimentar inquietud sin conocer la verdad?

Las mentiras derivan de la verdad. ¡Oh, mentiroso! ¡No niegues la verdad! Cada hombre de Dios es el Noé del corazón o el marinero de Noé. Debes saber que la frecuentación del pueblo es peor que el huracán, pues, cuando está contigo, te hace perder el tiempo. Y si está lejos de ti, murmura de ti. Sus sueños se beben el jugo de tus ideas como un asno sediento. Te resecan. Un tallo fresco obedece a la dirección que quieres darle, pero eso es cosa difícil para una rama seca.

Si los bosques se transformaran en lápices y el océano en tinta, este Matnawi nunca terminaría. Y si los bosques no bastasen, brotarían árboles en el fondo del mar. Más vale abandonar el océano e ir hacia las tierras. Es más agradable hablar de juguetes con un niño. Pues el niño se sumerge en el océano de la razón a través de sus juegos. Aunque éstos parecen disparatados, la razón del niño se desarrolla con ellos. A un niño que estuviese loco no le gustaría jugar. Se necesitan fragmentos para dar testimonio de la globalidad.

DESPIERTO EN EL SUEÑO

Durante un viaje un judío, un musulmán y un cristiano se hicieron amigos. Igual que la razón se hace amiga del ego de Satanás, lo mismo un fiel puede hacerse amigo de dos extraviados. El cuervo, el búho y el halcón han caído en la misma jaula. Un Oriental y un Occidental que pasan la noche en un mismo lugar se hacen amigos. Pero cuando los barrotes de la jaula se rompen, cada ave vuela en diferente dirección.

Al llegar estos tres compañeros al final de una etapa, alguien vino a traerles dulces y este presente alegró a nuestros tres solitarios. Las gentes de la ciudad son sabios refinados en su comportamiento. Pero el campesino es un maestro de generosidad.

Aquel día, el judío y el cristiano no tenían hambre, mientras que el musulmán había ayunado. Era para él la hora de romper el ayuno y era grande su apetito. Pero los otros dos le dijeron:

«Dejemos esto aquí. ¡Los comeremos mañana!

—¡Comámoslos esta noche! replicó el musulmán. ¿Por qué esperar a mañana?

—¿Tienes acaso intención de comerlos tú solo? preguntaron los otros.

—Somos tres, dijo el musulmán. Dividamos estos dulces en tres partes iguales y que cada uno se tome su parte como quiera.

—¡El que divide merece el infierno! Tú eres patrimonio de Dios y todas las partes de los dulces le pertenecen. ¿Cómo te atreverías a hacer ese reparto?».

El musulmán se resignó y dijo:

«¡Oh, amigos! ¡Sea según vuestros deseos!».

Y fueron a acostarse. Por la mañana, cada uno se puso a rezar según su religión. Después de la oración, uno de ellos propuso que cada uno contase su sueño de la noche. Y que el que hubiese tenido el sueño más hermoso, recibiese la parte de dulces del que hubiese tenido el sueño menos hermoso…

El judío contó su sueño:

«En mi camino me crucé con Moisés. Lo seguí a la montaña de Sinaí. Allá arriba nos rodeó la luz. Después, vi que, por voluntad divina, la montaña se dividía en tres partes. Un trozo de la montaña cayó al mar. Y el agua del mar se volvió dulce al instante. Otro pedazo cayó en la tierra y brotaron arroyos como remedios para los afligidos. El trozo tercero voló hacia la Kaaba para convertirse en la montaña de Arafat. Cuando hubo pasado mi asombro, comprobé que la montaña del Sinaí seguía estando en su sitio, pero que su suelo como hielo, se fundía bajo los pies de Moisés. Se fundió hasta tal punto que acabó por allanarse. Cuando este nuevo motivo de asombro se agotó para mí, vi de nuevo a Moisés y el Sinaí en su sitio. Divisé a una multitud en el desierto que rodea la montaña. Cada uno llevaba una caña y un manto y todos se dirigían hacia la montaña. Elevaron las manos para la oración y desearon ver el rostro de Dios. Cuando hubo pasado mi extrañeza, vi que cada uno de aquellos hombres era un profeta de Dios. Vi también ángeles magníficos. Sus cuerpos estaban

hechos de nieve inmaculada. Más lejos, vi a otro grupo de ángeles pero, esta vez, hechos de fuego…».

El judío siguió así contando su sueño.

¡Oh, tú! ¿Tienes certidumbre en lo que a ti se refiere? ¿O en lo referente a tu existencia? ¿Cómo te permites burlarte así del prójimo? ¿Quién sabe quién tendrá la suerte de morir como un musulmán?

A su vez, el cristiano contó su sueño:

«Fue el Mesías quien se me apareció. Con él, subí tan alto como el sol. Era extraño. No puedo comparar lo que he visto con las cosas de este mundo y no puedo, pues, contaros este sueño».

El musulmán dijo entonces:

«¡Oh, amigos míos! Mi sultán Mustafá se me apareció. Me dijo: “Uno de tus amigos se ha ido al Sinaí. Allí se pasea con la palabra de Dios, colmado de amor y de luz. Jesús se ha llevado a tu otro amigo al cielo. ¡Levántate! ¡Al menos, aprovecha los dulces! Tus amigos han sido favorecidos. Aprovechan la compañía de los ángeles y del conocimiento. ¡Pobre idiota! ¡No pierdas el tiempo! ¡Cómete los dulces!”».

A estas palabras, el judío y el cristiano exclamaron:

«¿Te has tomado realmente todos los dulces?

—¿Cómo habría podido desobedecer una orden del profeta? Tú, que eres judío, ¿no harías lo mismo con una orden procedente de Moisés? Y tú, que eres cristiano, ¿te atreverías a desobedecer a Jesús?».

Los otros dos le dijeron:

«Ciertamente, tu sueño es más justo que el nuestro. Tu sueño consiste en estar despierto en tu sueño. ¡Qué hermoso sueño!».

Deja a un lado las pretensiones referentes al conocimiento y al misticismo. La cosa más hermosa es comportarse con respeto y servir al prójimo.

EDADES

Un carnero, un camello y una vaca encontraron en su camino una gavilla de paja. El carnero dijo:

«Si dividimos esta gavilla en tres partes, ninguno de nosotros quedará satisfecho. Es preferible que el de más edad de nosotros tres la aproveche él solo. Porque nuestro deber es respetar a los ancianos».

El carnero propuso que cada uno dijese su edad y empezó por él mismo:

«Yo estaba en el mismo prado que el carnero sacrificado por Abraham».

La vaca dijo entonces:

«Yo estaba junto a Adán cuando él labraba. Pues yo era la hembra de su toro».

A estas palabras, el camello se apoderó de la gavilla de paja y se puso a comérsela:

«De nada sirve deciros mi edad. Pues, como todo el mundo sabe, mi estatura es la prueba de mi antigüedad. Así, los cielos son más antiguos que la tierra».

LÓGICA

Un día el sultán fue a la mezquita. Sus guardas le abrían paso golpeando a la multitud con bastones. Golpeaban a la gente en la cabeza y desgarraban sus camisas. Un hombre no pudo escapar a tiempo y recibió así una decena de bastonazos. Se dirigió entonces al sultán:

«¡No te ocupes de las torturas ocultas! Mira mejor las torturas aparentes. Mira lo que haces para ir a la mezquita, es decir para llevar a cabo una buena acción. ¿Quién puede decir de qué serías capaz el día en que decidieses cometer una mala acción?».

LOS PREGONEROS

Seyid era el sultán de la ciudad de Tirmiz. Y Delkak era su bufón. Un día, el sultán tuvo que tratar un asunto urgente en Samarkanda, que estaba muy lejos. Se puso, pues, a buscar un mensajero y envió a sus pregoneros por las calles para difundir este mensaje:

«¡Colmaré con mis favores al que consiga traerme noticias de Samarcanda de aquí a cinco días!».

Cuando oyó a los pregoneros, Delkak montó enseguida a caballo para ir a Tirmiz. Condujo su caballo a tal velocidad que éste estuvo a punto de perecer. Apenas llegado a la ciudad, Delkak, sin arreglarse siquiera, pidió audiencia ante el sultán.

Toda la corte se sobresaltó, igual que los ciudadanos. Todos se decían:

«¿Qué catástrofe habrá sobrevenido?».

Algunos pensaban que el enemigo estaba a la vista. La multitud se reunió ante el palacio y toda la ciudad se sobresaltó. Todos temblaban por temor a una calamidad.

El sultán permitió a Delkak presentarse ante él. Y Delkak besó el suelo ante el sultán, que le preguntó:

«¿Qué pasa, Delkak?

—¡Oh, sultán! dijo Delkak. ¡Te pido perdón pero déjame un instante recobrar mi aliento!».

La inquietud del sultán no hizo sino aumentar. Nunca había visto a Delkak en tal estado. Era normalmente el más alegre de sus íntimos. Cuando hablaba, todos reían tan fuerte que él sudaba. La gente se revolcaba por el suelo. Mientras que, ahora, su rostro era grave y su dedo estaba puesto sobre su boca. El sultán de Tirmiz le dijo:

«Dime enseguida lo que sucede. ¿Quién te ha puesto en tan exagerada inquietud?».

Delkak respondió:

«Estaba yo hace poco en la ciudad y he oído a tus pregoneros que difundían tus órdenes relativas al viaje a Samarkanda. Decían que colmarías de favores al que lo consiguiese. Por eso es por lo que he venido, para decirte que yo no tengo fuerza suficiente para llevar a cabo un viaje semejante, de modo que no esperes que te haga tal servicio.

—¡Maldito seas! dijo el sultán, ¡has revolucionado a toda la ciudad!».

En ese instante, intervino el visir:

«¡Oh sultán! Si lo permites diré esto: Está fuera de toda duda que Delkak ha venido de su pueblo por una razón muy distinta. Acaba de cambiar de opinión hace un instante. Pretende disfrazar sus palabras y ésa es la razón de sus bromas. Del mismo modo que hay que romper las nueces para obtener su aceite, igual pienso yo que hay que forzarlo a decir lo que tiene en su corazón. Mira cómo tiembla y ve el color de su rostro».

Delkak imploró piedad al sultán, pero éste ordenó que lo encerrasen en prisión

diciendo a sus guardias:

«¡Golpead su vientre como si fuera un tambor! Pues sólo golpeando el tambor puede saberse si la caja está llena o vacía».

Muchos hombres se llaman maestros, pero no tienen más discípulo que ellos mismos. El recién casado está sobresaltado, pero la esposa nada sospecha.

EL RATÓN Y LA RANA

Un ratón que se paseaba a lo largo de un arroyo se hizo amigo de una rana. Se reunían ambos, todos los días, a una hora fija, en el lugar de su primer encuentro con el fin de contarse historias y divertirse.

Un día, el ratón dijo a la rana:

«¡Oh, tú, el más noble de los animales! Desde hace mucho tiempo, deseo confiarte un secreto. Vienes del agua y a ella vuelves. Y yo, cuando te llamo desde la orilla del arroyo, no obtengo respuesta porque tú no me oyes. Mi corazón no se satisface con nuestros encuentros diarios. Me siento extraviado cuando no veo tu rostro. Para mí, eres la luz del día y la paz de la noche. Mi corazón desea estar contigo en todo instante. Pero tú ignoras todo de mi estado. ¡Oh, hermana mía! Yo vengo de la tierra y tú vienes del agua. Me es imposible sumergirme en el agua. Es preciso que encontremos un medio para que te lleguen mis llamadas».

Y propuso esta solución:

«Vamos a tomar un hilo muy largo y cada uno de nosotros atará una de sus patas a uno de sus extremos. Así, cuando quiera verte, me bastará con tirar del hilo».

Esta solución no gustó mucho a la rana y se negó.

Si la rana del alma está atada al ratón del cuerpo, es importunada sin cesar por este último, que tira del hilo.

El ratón insistió tanto que la rana acabó por ceder. Se ataron, pues, por medio de un largo hilo y, cada vez que el ratón tiraba de él, la rana subía del fondo del agua para conversar con su amigo. Ahora bien, un día, un enorme cuervo atrapó al ratón y alzó el vuelo. Arrastró al ratón y a la rana tras él, el ratón en su pico y la rana al extremo del hilo. La gente que vio este espectáculo dijo:

«¡Qué cosa tan asombrosa! ¡Una rana, criatura acuática, cazada por un cuervo!».

La rana, por su parte, se decía:

«¡Quien se hace amigo de una criatura que no es de su clase merece ciertamente el castigo que yo sufro!».

EL RICO Y EL DERVICHE

Un día, un hombre rico y generoso preguntó a un derviche:

«¡Oh, sufí! dime: ¿prefieres que te dé enseguida una moneda de oro o que te dé tres, pero mañana?».

El derviche respondió:

«¡Si me hubieses dado ayer media moneda de oro, habría quedado más satisfecho que con una moneda de oro hoy o con cien monedas mañana!».

Una bofetada dada al instante vale más que un favor esperado. He aquí mi cuello: ¡Dame una bofetada si quieres, pero hazlo enseguida!

TALENTOS

Un día, el sultán Mahmud, que iba por las calles disfrazado, se cruzó con un grupo de ladrones. Ellos le preguntaron:

«¿Y tú quién eres?».

El sultán respondió:

«¡Soy uno de vuestros colegas!».

Entonces, uno de los ladrones propuso que cada uno de ellos explicase a los demás qué talento particular poseía para ejercer su arte. Él empezó:

«¡Oh, amigos míos! Yo poseo un don rarísimo. Son mis oídos. Hasta el punto de que, cuando un perro ladra, consigo entender lo que quiere decir.

—¿Y eso para qué sirve?» preguntaron los demás.

Un segundo ladrón siguió:

«¡Oh, amigos míos! Yo poseo una mirada penetrante. Si veo a alguien, aunque sea en plena noche, lo reconoceré sin vacilar al día siguiente en pleno día».

Otro:

«En mi caso, son mis brazos y mis manos los que me hacen superior, ¡pues son realmente musculosos!».

Otro:

«En lo que a mí se refiere, estoy dotado de un olfato muy sutil, Todos los secretos de la tierra se manifiestan a mi nariz. Todo lo que se oculta bajo tierra, oro, plata o piedras preciosas, lo huelo. Puedo descubrir así una mina de oro».

Otro más:

«Yo soy diestro con mis manos y un verdadero maestro en el arte de lanzar el lazo».

Finalmente, todos se volvieron al sultán y le dijeron:

«¿Y tú, amigo? ¿Cuál es tu talento?».

El sultán respondió:

«Yo estoy dotado por mi barba. Moviéndola, puedo evitar los castigos. Si un verdugo se dispone a castigar a un culpable, no tengo más que mover mi barba y, al instante, se desvanecen el miedo y la muerte».

A estas palabras, los ladrones exclamaron:

«¡Desde luego, eres el amo de todos nosotros! Pues día vendrá en que recurriremos a tus servicios».

Después se dirigieron juntos hacia el palacio del sultán. De repente se puso a ladrar un perro. El especialista del oído dijo entonces:

«Ese perro nos advierte de que el sultán está entre nosotros».

El especialista del olfato husmeó el suelo y dijo:

«¡Esta es la vivienda de una viuda!».

El lanzador de lazo lanzó el suyo sobre el caballete de un muro. Todos treparon tras él. El que sabía oler dijo entonces:

«¡Aquí es donde está escondido el tesoro del sultán!».

El ladrón de los brazos atléticos derribó el muro que encerraba el tesoro y, así, cada uno de los ladrones pudo servirse. Había tejidos ricamente decorados, monedas de oro, joyas…

Al amanecer, el sultán dejó a sus compañeros, teniendo cuidado de memorizar sus rostros, así como el emplazamiento de su guarida. Después, envió a sus soldados para detenerlos.

Los ladrones fueron así conducidos ante el sultán, con las manos y los pies atados. Temblaban de miedo. El que sabía reconocer a la gente en la oscuridad dijo a los demás:

«¡Ese hombre estaba con nosotros ayer noche! Él es el especialista de la barba. ¡Dondequiera que estemos, el sultán sigue estando con nosotros y ese hombre es el verdadero sultán! Ha visto lo que hacíamos y oído nuestros secretos. ¡En nombre de todos nosotros, imploro su perdón!».

Cada uno de nosotros posee algún talento. Pero muy a menudo esos talentos no hacen sino aumentar nuestros tormentos. A la hora del castigo, todos esos talentos son inútiles. Sólo se salva el que ha sabido reconocer al sultán en plena noche, pues el sultán no castiga al que lo ha visto.

HISTORIA DE CABALLO

Había un bey que poseía un caballo de rara belleza. Ni siquiera el sultán tenía uno tan hermoso en su cuadra. Un día, entre los jinetes del sultán, el bey montó en su caballo, y el sultán, Harezmsha observó el caballo. Viendo aquella gran belleza y aquella extraordinaria agilidad, el sultán se dijo:

«¿Cómo es posible? Yo, que estoy colmado de bienes y de riquezas, que tengo millares de caballos en mis cuadras, estoy atónito. ¿Habrá en esto algo de magia?».

Recitó unas plegarias, pero la atracción que su corazón sentía por el caballo no hacía sino aumentar. Comprendió entonces que aquello le sucedía por voluntad divina. Tras el paseo, desveló su secreto a sus visires y ordenó que le trajeran el animal lo más pronto posible.

Nuestro bey quedó muy apenado por la situación. Pensó enseguida en recurrir a Imadulmulk, pues era un sabio respetado por el sultán. Aquel hombre tenía la naturaleza de un derviche y la apariencia de un emir. El bey, pues lo visitó y le dijo:

«¡Poco me importa si pierdo todas mis riquezas! ¡Pero, si me quitan mi caballo, me moriré!».

Imadulmulk se apiadó de él y se trasladó a la corte del sultán. Ocupó su lugar en la sala de audiencias sin decir nada. Después rezó a Dios desde el fondo de su corazón. Aparentemente escuchaba lo que decía el sultán, pero, en realidad, decía a Dios:

«¡Oh, Dios mío! Compadécete de ese joven porque eres su único refugio».

El sultán admiraba su nuevo caballo. Dirigiéndose a Imadulmulk, dijo:

«¡Oh, amigo mío! ¿No se diría que este animal viene directamente del paraíso?».

Imadulmulk respondió:

«¡Oh sultán! ¡Vuestro entusiasmo os hace tomar a Satanás por un ángel! Encontráis admirable ese animal, pero, si prestáis atención, pronto advertiréis sus defectos. ¡Por ejemplo, su cabeza, que se parece a la de un buey!».

Estas palabras influyeron en el corazón del sultán. Es cierto que la palabrería del vendedor es útil para la buena marcha del comercio. Pero por cosas así fue por lo que vendieron a José por un precio vil.

El entusiasmo es como la luna. Pasa por fases de plenitud y de vacío. Quien conoce los dos estados de la cosa, se inclina a la desconfianza. El sultán veía su caballo desde su lugar, pero el sabio se había situado a más distancia.

Así, gracias a estas palabras, el entusiasmo del sultán se desvaneció. Las palabras son el chirriar de la puerta del secreto, pero es difícil saber si los chirridos proceden del abrir o del cerrar la puerta. Pues esta puerta es invisible, aunque se oigan sus chirridos.

Resguarda tus ojos del espectáculo de los hombres viles. Pues los buitres te conducirán hacia los cadáveres.

Pero la vista del sabio fue benéfica para el sultán y éste ordenó:

«¡Devolved este caballo a su propietario para que yo no le cause daño!».

LOS TRES HIJOS

Dios había concedido tres hijos a un sultán, dotado cada uno de corazón y ojos alerta y que rivalizaban en más hermosura, valor y generosidad.

Un día los tres hijos se presentaron ante su padre para pedirle permiso a fin de partir al descubrimiento del reino. Porque, para gobernar mejor el país, dijeron, conviene conocer cada una de sus ciudades y cada uno de sus castillos.

Cuando besaban las manos del sultán para despedirse, este último les dirigió esta advertencia:

«¡Id, hijos míos! Visitad cada lugar al que vuestro corazón os lleve. Confiad en Dios para este viaje. Pero desconfiad de dos fortalezas: Hushruba (que aleja la razón) es la primera de los dos. Toda persona que entra en ella ve encogerse sus vestidos hasta que le quedan demasiado estrechos. La segunda, Zatusuver (iluminado), es aún más peligrosa. ¡Pues sus torres, sus techumbres y sus muros están totalmente cubiertos de representaciones humanas!».

Zuleija había adornado su habitación con pinturas para atraer la atención de José. Porque José no sentía interés por ella fue por lo que aquella habitación se había convertido en un lugar de fiesta.

Cuando bebe agua, el sediento ve la verdad. Por el contrario, un imbécil que contempla el agua no ve más que su reflejo. ¡Un enamorado comprueba la belleza de Dios en la faz del sol, pero un imbécil encuentra emoción artística en el reflejo de la luna sobre el agua!

«¡Oh, hijos míos! concluyó el sultán, ¡desconfiad de esa fortaleza recubierta de pinturas!».

Es probable que los tres hijos ni siquiera habrían pensado en visitar esos lugares si su padre no les hubiese hecho aquella advertencia. Pues se trataba de una fortaleza completamente abandonada. Pero esta prohibición no hizo sino aumentar en su corazón el deseo que tenían de descubrir aquel lugar. Todo hombre desea hacer lo prohibido. Y mucha gente se ha descarriado por culpa de prohibiciones.

Los tres príncipes tranquilizaron a su padre, pero omitieron decir: «Insh'Alá». Después tomaron la dirección de aquella fortaleza.

La fortaleza de Zatusuver tenía cinco grandes poternas y encerraba millares de pinturas. Su encanto cautivó a los tres hermanos.

La apariencia es como una copa que contiene vino. Pero no está en el origen del vino.

Entre estos miles de imágenes, estaba el retrato de una bellísima joven. Su vista hizo caer a nuestros tres jóvenes en un océano. Los hoyuelos de esta joven belleza traspasaron su corazón con sus flechas. Cada uno de ellos sintió el corazón como desgarrado y las lágrimas inundaron su cara. Recordaron el consejo de su padre y se dijeron:

«¿A quién puede representar esta pintura?».

Se pusieron a preguntar a todas las personas que encontraban en su camino. Después de largas búsquedas, encontraron a un anciano que les dijo que aquella pintura representaba a la hija del sultán de China.

«Es una joven que nunca ve a nadie, ni hombre ni mujer. Pues su padre la oculta en su palacio tras unas cortinas. Es invisible como el alma. El sultán está tan celoso que ni siquiera soporta que se pronuncie su nombre. Ni los pájaros se atreven a acercarse al techo que protege a esta belleza. ¡Quien se enamore de ella será un hombre muy desdichado!».

Los tres príncipes enamorados, perseguidos por el mismo sueño derramaron muchas lágrimas. La queja de su corazón hizo subir un humo como de incienso quemado. El mayor dijo entonces:

«¡Oh, hermanos míos! Hasta hoy hemos pasado el tiempo dando consejos a los demás, diciéndoles: “No os rebeléis ante las dificultades. ¡Pues la paciencia es la clave de la alegría!”. Y ahora, ¿dónde está esta paciencia? ¿Dónde está esta alegría? ¡Nos ha llegado el turno de ser probados!».

Su amor los arrastró pronto a decidir partir de viaje al país de su amada. La posibilidad de verla estaba, desde luego, excluida, pero la sola idea de acercarse a ella les bastaba. Así, habiendo elegido abandonar a su madre, a su padre y su país, tomaron el camino de la amada desconocida.

El hermano mayor dijo:

«¡Oh hermanos míos! ¡La paciencia me abandona! Estoy cansado de la vida. Estoy muerto de pena. ¡Cortadme la cabeza y que el amor me haga crecer otra! ¡Pues la espada no hace más que sacudir el polvo del enamorado!»…

EBRIO

Un día, en el curso de una reunión, el sultán abusó de la bebida. En su estado de embriaguez, divisó a un sabio que pasaba por allí. Dio orden a sus guardias de que se lo trajeran y lo invitasen a beber vino. Los guardias obedecieron inmediatamente, pero el sabio rechazó el vino que se le ofrecía, diciendo:

«¡Ignoro lo que es el vino! Prefiero el veneno a esta bebida. ¡Traedme, pues, veneno para que yo quede liberado de vos!».

Entonces el sultán se volvió hacia uno de sus escanciadores y le dijo:

«¿Y bien? ¡No te quedes plantado ahí! ¡Muéstrame cuáles son tus recursos y alegra a este hombre!».

El escanciador golpeó entonces al sabio tres o cuatro veces y, con amenazas, logró hacerle beber la copa de vino. El sabio se embriagó inmediatamente y se abrió un jardín ante él. Se puso a bromear alegremente con los que lo rodeaban. Y cada una de sus alegrías le hacía descubrir otras.

De pronto, una necesidad urgente lo obligó a abandonar la reunión y se dirigió apresuradamente hacia los aseos. En su camino, se cruzó con una de las sirvientas del sultán. Era la mujer más hermosa que hubiese visto nunca. Se quedó con la boca abierta y su cuerpo se puso a temblar. Había pasado toda su vida en castidad, pero, bajo el imperio de la bebida, intentó besar a aquella hermosa mujer. La sirvienta se puso a gritar e intentó en vano desembarazarse de él.

En esos momentos de excitación, la mujer se vuelve como la pasta en la mano del panadero. Unas veces la amasa violentamente, otras está lleno de dulzura con ella. La anima.

En resumen el sabio había olvidado, en su embriaguez, todo su ascetismo y su dignidad. Él y la sirvienta se estremecían como aves recién degolladas. Ya no pensaban en el sultán, en su escanciador, en la fe ni en la piedad.

No viendo regresar al sabio, el sultán se impacientó. Partió, pues, en busca suya y se quedó pendiente de la tempestad de la que eran escenario los aseos. Se encolerizó de tal modo que se hubiera dicho que salían centellas de su boca. Al verlo el sabio en aquel estado, palideció como un hombre que acaba de absorber un veneno.

Advirtiendo al escanciador al lado del sultán, le dijo:

«¿Y bien? ¡No te quedes plantado ahí! ¡Muéstrame cuáles son tus recursos y alegra a este hombre!».

Estas palabras hicieron reír al sultán y declaró:

«Tú me has ofrecido la alegría. Pues bien, ¡yo te ofrezco la vida!».

FORTUNA

Un hombre había heredado una importante fortuna. Pero la dilapidó rápidamente para encontrarse de nuevo en una extremada penuria. Pues la fortuna es cambiante para los herederos.

Se paseaba como un buitre entre las ruinas, sin recursos, sin vivienda. Dirigió un día esta oración a Dios:

«¡Oh, Señor! ¡Los bienes con los que me habías colmado se han agotado rápidamente! ¡Renueva tus favores para mí o toma mi vida!».

Porque el profeta ha dicho:

«¡El fiel es como la caña! Su canto es más fuerte cuando está vacía en su interior».

Así, nuestro heredero pasaba los días en oración, con el rostro lleno de lágrimas.

¿Pero existe alguien que haya llamado a la puerta de la misericordia sin recibir nada? El heredero arruinado oyó, pues, en su sueño, una voz que le decía:

«¡Deja Bagdad y trasládate a Egipto! Atenderemos a tus necesidades allí y te harás rico. ¡Pues tus lágrimas y tus plegarias han sido aceptadas!».

Aquella misma voz le describió con precisión una ciudad, un barrio de aquella ciudad y un lugar de aquel barrio. Dijo además:

«Ve allí y encontrarás un tesoro hecho de cosas preciosas».

Esperanzado, el heredero se trasladó, pues, a Egipto. Llegó en un estado de gran agotamiento, al no haber comido nada desde varios días antes. Se le ocurrió la idea de mendigar, pero se lo impidió la vergüenza. Sin embargo, al cabo de un rato, su paciencia lo abandonó y decidió pedir limosna, una vez caída la noche, para que la oscuridad cubriese su vergüenza. Se dijo:

»Voy a gritar el nombre de Dios y quizá la gente me dé algo de comer.

Pasó un tercio de la noche mientras que aún dudaba, preguntándose:

«¿Debo dormir con el vientre vacío o mendigar?».

Pero, de pronto, fue capturado por un guarda que hacía la ronda de noche y éste se puso a golpearlo con un bastón. Porque sucedía que, en aquella época, la población estaba exasperada por las fechorías de los ladrones nocturnos y el sultán había dado a los guardas unas severas consignas:

«¡No os dejéis engañar por sus mentiras y no tengáis piedad de ellos! Si encontráis a un hombre en la calle en plena noche, cortadle la mano, ¡aunque se trate de un familiar vuestro!».

El heredero imploró piedad y pidió ser escuchado para que pudiese contar su historia. Cuando lo hubo apaleado a conciencia, le dijo el guarda:

«¡Adelante! Te escucho. ¿Qué haces a estas horas en la calle? Eres extranjero. ¿Cuáles son tus intenciones? ¿Sabes que el sultán nos ha recomendado no tener piedad con ladrones como tú?».

El heredero juró por todo lo más sagrado:

«Yo no soy un ladrón ni amigo de los ladrones. Sólo soy un pobre solitario que viene de Bagdad».

Y contó todo: su historia, su sueño y su esperanza de encontrar un tesoro. Y de sus ojos brotó un río de lágrimas. El guarda se conmovió ante sus palabras y le dijo:

«No pareces un ladrón. Seguramente eres un hombre honrado, pero realmente eres demasiado estúpido. ¡Has hecho todo ese camino a causa de un sueño! Algo es seguro: no tienes la menor pizca de inteligencia. Me ha sucedido centenares de veces tener sueños semejantes. Una voz me decía: “Ve a Bagdad. Ve a tal barrio, a tal lugar y encontrarás allí un tesoro”. Pero no por eso me he desplazado».

Describió al heredero el lugar que le indicaba la voz de sus sueños y el heredero reconoció en su descripción el lugar exacto en que vivía él. Entonces exclamó:

«¡El lugar del tesoro era el lugar mismo en el que yo vivía! ¿Por qué he soportado todos estos tormentos?».

Después, dio gracias a Dios y se dijo:

«Todas mis penas y mis tormentos me han conducido hacia el tesoro que estaba en mi casa. ¿Qué importa que me tomen por un sabio o por un idiota? ¡He encontrado el tesoro!».

EL IDIOTA

Un idiota dijo un día a un pobre que pasaba:

«¡En esta ciudad nadie te conoce!».

El pobre respondió:

«¿Qué puede importar que los ciudadanos no me conozcan? Me basta con conocerme yo mismo. Si se produjese lo contrario, mi sufrimiento sería mucho peor. ¡Soy un idiota, pero un idiota lleno de suerte y mi suerte socorre a mi inteligencia!».

EL JUEZ EN EL BAÚL

Había un hombre llamado Yuha que era muy pobre. Un día, cansado de su penuria, dijo a su mujer, que era muy hermosa:

«Tus cejas son como un arco y tus hoyuelos como flechas. Es preciso que vayas a cazar. Ceba al pájaro con grano, pero no lo dejes apoderarse de él. Se te ha dado tu belleza con el fin de que la utilices para cazar».

La mujer fue directamente a casa del juez y se quejó a él de su marido y de sus proposiciones. El juez, al ver aquella bella demandante, tronó:

«¡Hay demasiado ruido aquí! ¡Que despejen la sala!».

Cuando se encontró solo con ella, dijo a la mujer:

«¡Oh, mujer! Más vale que vengas a mi casa, en un momento propicio. Podrás así explicarme cómodamente las torturas a que te somete tu marido».

La mujer dijo entonces:

«¡Oh, noble juez! Vuestra casa es un lugar demasiado frecuentado. En mi casa hay mucha más tranquilidad. Venid mejor a visitar a vuestra servidora en su casa. Mi marido se ha ido al pueblo. Si os es posible, venid ya de noche y así evitaremos a los curiosos».

Por la noche, el juez fue a la casa de Yuha. Éste había preparado una mesa con velas, platos variados y bebidas. Pero, apenas hubo el juez penetrado en la casa, se oyeron unos golpes en la puerta. El juez buscó un lugar para esconderse y sólo encontró un viejo baúl en el que se encerró. Yuha entró y dijo a su mujer:

«Nunca he dejado de satisfacer la menor petición tuya. ¡Por ti he sacrificado todo! ¡Y tú sigues quejándote de mí! ¡Cuando pienso que he dilapidado todos mis bienes por ti! ¡Mira! Sólo me queda este viejo baúl. ¡Sospechas que oculto en él oro y plata, pero está vacío! Mañana, lo llevaré al mercado. ¡Lo romperé ante todo el mundo y lo quemaré!».

La mujer intentó razonar, pero Yuha se mostró inflexible. Por la mañana hizo venir a un mozo que tomó el baúl para llevarlo al mercado. Durante el trayecto, el mozo oyó una voz que parecía salir del baúl y que decía:

«¡Oh, mozo! ¡Mozo!».

El mozo se dijo:

«¿De dónde puede venir esta voz? ¡Sin duda son los genios los que así me llaman!».

Pero, como la voz insistía, el mozo acabó por comprender que había alguien en el interior. Y el juez, desde el interior del baúl, le dijo:

«Ve al tribunal. Busca en él a mi suplente y dile en qué situación estoy. Dile que venga a comprar este baúl. ¡Que lo haga llegar a mi casa sin abrirlo!».

Tan pronto como fue avisado, el suplente fue al mercado y preguntó a Yuha:

«¿Cuánto vale este baúl?».

Yuha respondió:

«¡He tenido una oferta de novecientas monedas de oro, pero yo pido mil!».

El suplente del juez replicó:

«¿No te da vergüenza pedir ese precio? ¡El valor de este baúl es demasiado evidente!».

Yuha le dijo:

«¿Cómo puedes decir semejante cosa si ni siquiera lo has visto?

¡Espera! Voy a abrirlo y así lo veréis. Y si estimas que no vale la pena, ¡no lo compres!

—¡No! ¡No! dijo el suplente ¡quiero comprarlo cerrado!».

El suplente, por fin, tuvo que pagar muchas monedas de oro para conseguir el baúl.

Un año más tarde, Yuha pidió a su mujer que emplease de nuevo la estratagema:

«¡Ve a casa del juez y quéjate de mí y de nuestra pobreza!».

Su mujer fue pues a casa del juez, acompañada de algunas otras mujeres, pues ella había pedido a una de ellas que contase su historia en su lugar, para que el juez no reconociese su voz.

Es verdad que las cejas y los hoyuelos de una mujer pueden ser otros tantos arcos y flechas. Pero, sin el socorro de la voz, estas armas no alcanzan la pieza de caza. Y el juez dijo a la mujer:

«Tráeme a tu marido si quieres que resuelva tu problema».

Yuha fue pues, al tribunal. El juez no lo reconoció puesto que se encontraba en un baúl la única vez en que habían coincidido. En cambio, conocía su voz por haberlo oído regatear con su suplente. Le dijo:

«¿Por qué maltratas así a tu mujer?».

Yuha respondió:

«¡Que mi alma y mi cabeza sean sacrificadas ante la ley! ¡Si muriese en este instante, ni siquiera me quedaría con qué pagar un sudario! Además, ¡pierdo cada vez que juego a los dados!».

Al oír esta voz el juez la reconoció inmediatamente y le dijo:

«¡Ah, el juego de dados! ¡Ya has jugado una vez conmigo a eso! Ya no es mi turno. ¡Ve a jugar con algún otro!».

ALIENTO, PACIENCIA, SILENCIO

Antes de morir, un hombre reunió a sus tres hijos y les dijo:

«Que el más sabio de vosotros herede todos mis bienes, oro o plata».

Después de haber pronunciado estas palabras en presencia de sus hijos y del juez, bebió la pócima de la muerte. Los tres hijos se volvieron entonces hacia el juez y le dijeron:

«¡Somos tres huérfanos dispuestos a respetar las últimas voluntades de su padre!».

El juez reflexionó un instante y dijo:

«¡Que cada uno de vosotros me cuente una historia para que yo pueda juzgar sobre su madurez! O, si no, decidme qué virtud particular tenéis».

El primero dijo:

«¡Yo conozco a un hombre tan pronto como habla y, si se calla, me bastan tres días para formar juicio sobre él!».

El segundo dijo:

«Si alguien me habla, comprendo lo que dice y si no habla, ¡lo obligo a hacerlo!

—Sí, dijo el juez, pero ¿y si es testarudo y se obstina en callar?».

El tercer hijo dijo entonces:

«Yo observo mi aliento y permanezco silencioso. ¡Utilizo la paciencia como una escala para subir a la cima de la dicha!».

Yalal ad-Din Muhammad Rumí, también conocido como «Mawlana», «Mavlana» o «Mevlânâ», que significa «Nuestro Señor» en árabe (con sus adaptaciones fonéticas al persa y turco, respectivamente) fue un célebre poeta místico musulmán persa y erudito religioso que nació el 30 de septiembre de 1207 en Balj, en la actual Afganistán aunque en aquella época pertenecía a la provincia del Gran Jorasán de Persia y murió en Konya en aquella época parte del Sultanato de Rüm, de la dinastía de los turcos selyúcidas, un 17 de diciembre de 1273, razón por la cual se conmemora cada año el fallecimiento de este ilustre pensador y místico sufí del Islam en dicha ciudad de la Anatolia turca. También es conocido como Rumí, que significa «originario de la Anatolia romana» ya que la Anatolia era denominada por los turcos selyúcidas como la «tierra de Rum (los romanos)», en referencia al Imperio Romano de Oriente más conocido como Imperio bizantino. La importancia de Rumí trasciende lo puramente nacional y étnico. A través de los siglos ha tenido una significativa influencia en la literatura persa, urdú y turca. Sus poemas son diariamente leídos en los países de habla persa como Irán, Afganistán y Tayikistán y han sido ampliamente traducidos en varios idiomas alrededor del mundo. Luego de su muerte, sus seguidores fundaron la orden sufí Mevleví, mejor conocidos como los «Derviches Girávagos», ya que realizan una meditación en movimiento llamada «semá» donde hombres (y actualmente, mujeres) giran sobre si mismos acompañados por flautas y tambores.

Notas

[1] Sentimientos e inteligencia. <<